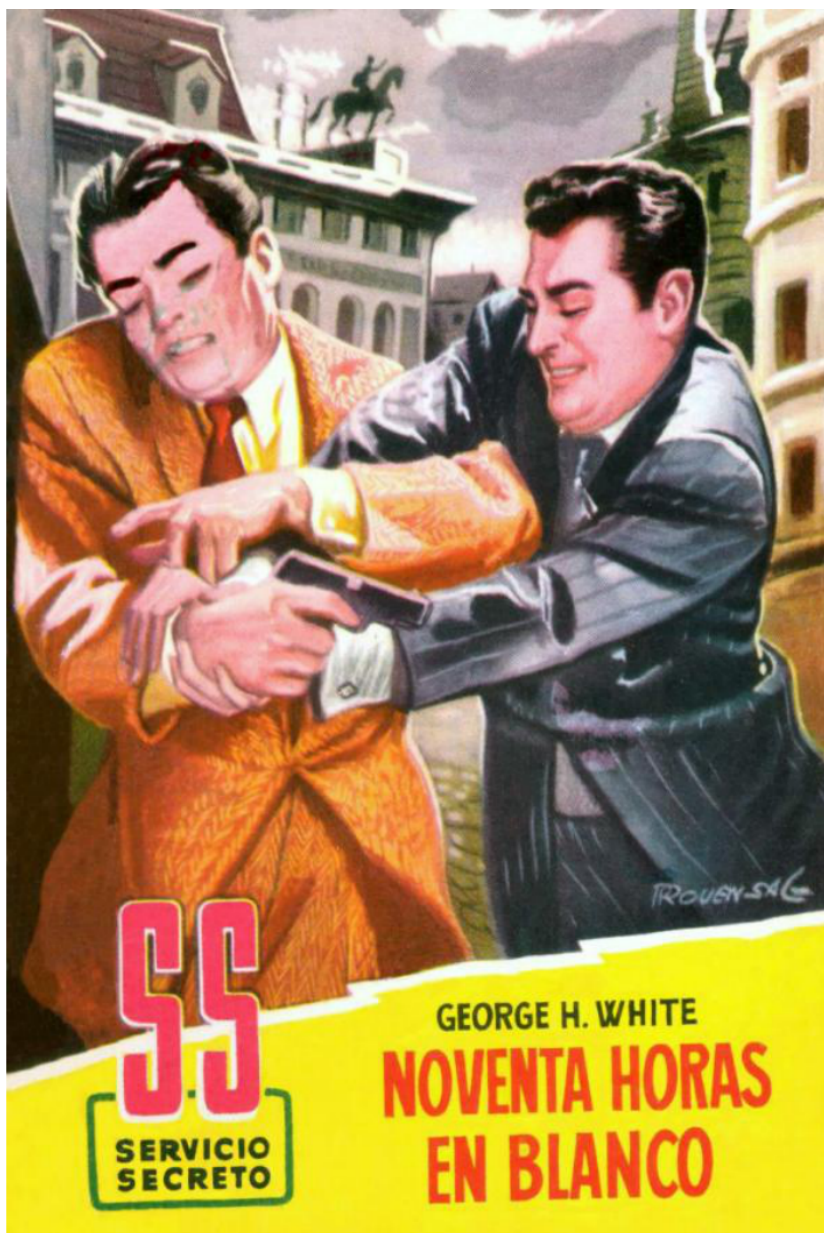




SS

**SERVICIO
SECRETO**

GEORGE H. WHITE

**NOVENTA HORAS
EN BLANCO**

GEORGE H. WHITE

90 HORAS EN BLANCO

1ª EDICIÓN
FEBRERO - 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

**90 HORAS EN
BLANCO**

por
GEORGE H. WHITE

CAPÍTULO PRIMERO

VIENA, ENCRUCIJADA

Paul B. Ryder se acodó en el antepecho de la ventana y entornó sus inteligentes ojos oscuros. Olfateó el aire y las finas aletas de su nariz romana vibraron gozosas. Auras de primavera agitaron las negras guedejas de su cabellera bronca, trayendo fragancias de árboles reverdecidos, de tiernos prados, de nieves fundidas, de tierra húmeda...

Ante él, Viena palpitaba bajo la caricia de un sol adolescente y amarillo. A sus pies, la Kärniner Ring extendíase amplia y soleada, limpia y luminosa, con dobles filas de árboles que reventaban los dorados botones de sus brotes en nuevos y lustrosos pámpanos. Por las anchurosas aceras transitaban los vieneses, sin prisas, casi indolentemente, como gente desocupada cuya más apremiante necesidad fuera la de tomar el sol.

A Paul B. Ryder, procedente del dinámico y epiléptico Nueva York, con sus estridencias, sus zumbidos de colmena gigante, sus olores y sus nieblas permanentes, la vista de esta Viena pacífica, sensata y tranquila, causábale infinito asombro. Calle arriba y abajo transitaban trepidantes tranvías y rodaban automóviles y camiones con el escape abierto. El murmullo de la circulación y el grito estridencia de las bocinas ascendía como un incienso hasta la ventana del hotel en que Paul se hallaba, pero comparado con el estrépito callejero de Nueva York, el palpitante de esta ciudad era para el joven inglés como un tenue arrullo que cooperaba con la tibieza del sol en adormecerle y amodorrarle, sintiendo en sus músculos una lasitud perezosa y en los poros un dilatamiento agradable al absorber luz y sol, perfume y arrullo.

Ésta era la Viena ocupada por los rusos, franceses, ingleses y

americanos, la Viena del «Tercer Hombre», de los bandidos y las zonas, tierra de promisión para los negocios ilícitos, sima de iniquidades, semillero de discordancias políticas y actual centro de espionaje de todo el planeta. Una Viena fraccionada y convaleciente, apenas salida de hambres y corruptas miserias donde, sobre la marea subterránea de conspiraciones de toda especie, sus sobrios ciudadanos trataban de reconstruir el espíritu y la belleza de la capital, combinando las eternas notas imperiales con las necesidades de la generación presente, manteniendo fija su esperanza en el día que los «cuatro grandes» que se repartían Austria iniciaran su definitiva partida tras la firma del tratado de paz, ya demorado durante cinco años.

Cuando Paúl H. Ryder llegó a la capital austríaca, ésta procedía apasionadamente a borrar las cicatrices de la destrucción causadas en los edificios lujosos y en las tiendas elegantes, a cuyos escaparates volvía la Viena «chic», aunque todavía, eran muy pocos los que podían proporcionarse caprichos caros.

A consecuencia de la presencia soviética, Austria no podía controlar lo que entraba y salía por sus fronteras orientales. Esto daba la ocasión propicia para grandes y sucios negocios y creaba el clima en que medraban los contrabandistas y bandidos, los raptos y, finalmente, el más adecuado para la lucha invisible, continua y feroz, entre los hombres de la rusa

N. K. W. D.,

el británico S. S, y la

C. I. A.,

norteamericana.

También Paul era un pescador, venido a Viena para lanzar sus redes en este río revuelto donde no todos los pescadores salían gananciosos. Paul era un enviado especial del «Intelligence Service» y podía perder en la empresa algo tan estimable como su propia vida, o la no menos estimable reputación que habíase forjado en el veterano centro de espionaje británico, a fuerza de perseverar en su carrera y cosechar resonantes triunfos en distintos países extranjeros.

Viena había sido hasta este momento una promesa para Paul. La capital, entrevista en la película «El Tercer Hombre» con las notas emotivas del tema «Harry Lime», interesábale bajo los diferentes

aspectos de espía y turista. Viena, a la luz del sol y fuera del marco estrecho de una pantalla cinematográfica, era mucho más bella y alegre de cuanto él creyera. El tema «Harry Lime» todavía no lo pudo escuchar; y el bandidaje, la confabulación y el crimen, estaban infinitamente lejos de estas escenas de luz y colorido que alcanzaba a ver desde la ventana del hotel.

Apenas instalado en su habitación, Paul habíase apresurado a llamar a cierto número de teléfono; el del Cuartel General de las Fuerzas de Ocupación Británicas. Limitóse a decir:

—Mi nombre es Juan Fischer Zerrisch. Desearía que me inscribieran en la lista de visitantes del Comandante Militar de la plaza.

—¿Nacionalidad? ¿Profesión? —había preguntado una voz al otro extremo de la línea.

—Austriaco, industrial.

—Sírvese indicarnos el número de su teléfono y su domicilio para mandarle aviso el día que le corresponda audiencia.

—«Hotel Alserbarch», Avenida Kartnerring.

—Nada más, gracias.

Con tan breve e intrascendental conversación, Paul acaba de apretar el botón invisible que echaría a andar los bien lubricados engranajes de la División Europea del Servicio Secreto británico.

El mayor A. D. Newman, jefe de la División, leería el nombre falso de Paul con la dirección anotada al margen y sabría dónde buscar y hallar al enviado especial. Paul, cuyos documentos de identidad acreditaban ser efectivamente Juan Fischer Zerrisch, no tenía que hacer otra cosa que aguardar. Y aguardando estaba en este mediodía cuando, asomado sobre la avenida Kartnerring, holgazaneaba al sol y contemplaba con pupilas golosas el paso de las bellas vienas por las amplias aceras.

Paul, al tiempo que miraba a las elegantes austríacas, vigilaba la puerta principal del hotel, aunque suponía que el Mayor Newman utilizaría otra para llegar hasta esta habitación. Un «jeep» pasó por la calle promoviendo gran estrépito con su tubo de escape. Cuando el petardeo del cochecillo se perdió por el fondo de la avenida, llegó hasta Paul el sonido del timbre de su propia habitación.

Dejando la ventana atravesó el, aposento y abrió la puerta. Ante él había un caballero de mediana edad, recias espaldas y rostro

enérgico. Poseía un par de ojos muy azules y penetrantes que examinaron a Paul de pies a cabeza. Era el Mayor A. D. Newman.

—¿El señor Juan Fischer? —interpeló el recién llegado.

—Pase, tenga la bondad —sonrió Paul dejándole paso.

El Mayor entró y se detuvo en mitad de la habitación mientras el joven cerraba la puerta y echaba el pestillo. Luego, Paul fue a reunirse con él y le estrechó la mano al tiempo que señalaba un sillón.

—Supongo que llegó esta tarde —dijo el oficial sentándose y dejando su sombrero sobre una silla inmediata.

—Sí.

—Trae usted dos días de retraso. ¿Qué ocurrió?

—Los trenes de Europa son desesperadamente lentos y están catastróficamente organizados. Perdí un día por una confusión en los empalmes y, luego, otro día en la frontera. Ocurrió que los rusos dieron sin vacilar el visto bueno a mi pasaporte, mientras que los ingleses me entretuvieron con demoras estúpidas... Desconfiaban de mí —rió Paul.

El Mayor profirió un gruñido sin expresión y mordisqueó el extremo de su cigarro. Paul prosiguió:

—El sello de caucho de nuestra Embajada en Washington debe ser defectuoso. En cambio, nuestro sello falso de los soviets es perfecto, a lo que parece...

El Mayor sonrió, y al hacerlo, su rostro pareció iluminarse y cobrar un aspecto totalmente distinto.

—Sería una buena anécdota... si pudiera referirla —dijo.

—Supongo que no habré llegado demasiado tarde —insinuó Paul.

—No, pero sí con el tiempo, justo.

—Menos mal. Siento grandes deseos de saturarme de Viena. Siempre deseé...

—Tendrá que darse mucha prisa, entonces —dijo el Mayor consultando su reloj de muñeca—. Le quedan escasamente nueve horas para «saturarse» de Viena.

Paul adelantó contrariado el labio inferior. El mayor acabó:

—Petiot se adelantó un día.

—¿Es esta noche la de la cita con él?

—Sí, esta noche.

Paul maldijo mentalmente al misterioso personaje que se ocultaba bajo tan estrafalario nombre.

—¿Quién es el tal Petiot, en resumen? —preguntó.

—Creí que usted lo sabría.

—No lo sé. Me lo «presentaron»... por fotografía.

—Tampoco yo le conozco, ni siquiera en fotografía —rezongó el Mayor—. Es, desde luego, un ruso que va a entregarnos unos papeles muy importantes a cambio de sólo Dios sabe qué fortuna en libras esterlinas. Que disfrute de sus libras en paz y felicidad...

—Amén —dijo Paul.

—... pero —prosiguió el Mayor— que el diablo se lo lleve a él y a su ridículo nombre si luego resulta ser uno de nuestros agentes situados tras el «telón de acero». Me llevaría una espantosa desilusión.

—Y yo.

—Sin embargo, debe ser alguien muy importante en la Unión Soviética, pues que tan cuidadosamente oculta su verdadera identidad. Alguien de nuestra embajada en Moscú le conoce y me avisó de su llegada a Viena, arreglando, además, esta entrevista con usted. Tanto misterio me ha picado la curiosidad. Creí que usted aportaría alguna luz a mi confusión y sorpresa por tanto y tan exagerado misterio.

—Siento que voy a defraudarle —sonrió Paul—. Estando en Nueva York, me llamaron a Washington con urgencia. Tenían un trabajo especial para mí. Debía trasladarme a Viena donde el Mayor Newman, o sea, usted, me señalaría el lugar en que debía encontrarme con un hombre llamado Petiot. Me enseñaron varias fotografías del tal Petiot, hasta que estuve seguro de reconocerle en cualquier lugar, circunstancia y hora. Me recomendaron que recién llegado me inscribiera en la lista de los que solicitan audiencia del comandante militar de la zona británica de Viena... y que esperara.

—Cada día examino esas listas para informar —dijo el Mayor—. Se me había facilitado una fotografía de usted, con su verdadero nombre de Paul Baldwin Ryder y el falso de Juan Fischer Zerrisch. Apenas hace una hora vi su nombre supuesto en la lista de hoy, con la dirección anotada según costumbre, y me apresuré en acudir en su busca.

—El asunto era de tanta importancia —prosiguió Paul— que yo

entraría en Austria con nombre falso y si ningún documento encima que pudiera delatarme como enviado especial ni ordinario del «Intelligence Service». Aquí, en Viena, usted me llevaría al lugar de la cita con el fabuloso Petiot. Éste me entregaría una cartera con llave sellada, que yo había de llevar luego a nuestro Cuartel General de Londres con el sello intacto.

—Así, que una cartera sellada... —murmuró pensativamente Newman.

—El sello será examinado por usted, Mayor, para que de fe de su estado al partir yo hacia Inglaterra. Dichos sellos parece que garantizan la inviolabilidad del documento que guardan de mi propia curiosidad, al mismo tiempo que me excluyen de culpa si, llegada la cartera a Londres y abierta, resultara estar vacía o no contener lo debido.

—Bien planeado —gruñó Newman—. ¿Qué es lo que debe contener esa cartera?

—Lo ignoro. Tengo terminantemente prohibido abrirla excepto el caso «garantizado como improbable», de que tuviera que poner a salvo ese documento, fraccionándolo para esconderlo o enviarlo por distintos conductos a Londres. Espero que no llegue ese caso.

—Se han tomado toda clase de precauciones para que no llegue —sonrió el Mayor—. Esta noche, a las nueve treinta, vendré solo en un automóvil y le llevaré al lugar de la cita. Yo esperaré, usted se encontrará con el individuo y ambos subirán en mi coche. Allí recibirá usted la cartera y yo certificaré el estado de los sellos. Petiot se apeará en cierto momento. Nosotros seguiremos hasta el aeródromo donde le estará aguardando un avión «Stirling» de la R. A. F.

Por el camino nos escoltarán dos coches de nuestro servicio y cuando el aeroplano llegue a Londres estarán esperándote otros agentes que le acompañarán hasta nuestro Cuartel General.

—Entonces —dijo Paul— ¿esta misma noche saldré de Viena?

—De Viena y de Austria. Lamento causarle esta desilusión, sin embargo, le aconsejo que no se aflija demasiado. Viena es, actualmente, la capital más ingrata del mundo para los hombres de nuestra profesión.

El Mayor Newman púsose en pie, tomó su sombrero y se encaminó hacia la puerta. Se detuvo en mitad de la habitación y

volvióse hacia Paul para añadir:

—Liquide su cuenta en el hotel y prepare sus maletas. Anuncie que se traslada a casa de un amigo y que mandará a alguien para que recoja su equipaje. Después que usted y yo nos hayamos encaminado hacia el lugar de la cita un agente llevará su equipaje hasta el aeródromo.

Paul asintió con un movimiento de cabeza.

—Vendré a buscarle a las nueve y media —recordó el Mayor.

—Estaré esperándole —dijo Paul abriendo la puerta.

—Le llamaré desde abajo por teléfono. Adiós.

—Hasta luego.

El Mayor Newman salió. Paul cerró la puerta y exhaló un suspiro.

—Bueno —murmuró—: éste ha sido un buen chasco. No voy a conocer de Viena otra cosa que esta habitación y la vista que se domina desde la ventana.

CAPÍTULO II

«YO SOY PETIOT»

Un largo automóvil negro, con luces y faros apagados, esperaba a Paul ante la puerta del hotel. Su único ocupante era el Mayor Newman, quien abrió la portezuela y correspondió con un gruñido al saludo del joven agente.

Tres segundos más tarde el automóvil rodaba por la amplia avenida con el Mayor al volante.

—¿Liquidó su cuenta? —preguntó.

—Sí.

—Supongo que no irá armado.

—No.

—En ese estante del salpicadero hay una pistola, tómela, nadie sabe lo que puede ocurrir —indicó el Mayor.

Paul abrió el estante y tomó una automática de gran calibre. Estaba cargada.

—¿A dónde vamos? —preguntó el joven guardando el arma en el bolsillo trasero del pantalón.

—A un *cabaret*. Y no me pregunte quién ha elegido ese lugar para la cita, porque lo ignoro. De todos modos, es en esos antros donde se citan los ladrones, contrabandistas y «gangsters» de esta Viena actual, y si el sitio es bueno para las reuniones de esa gentuza también será bueno para nosotros... —hizo una pausa, miró al espejo retrovisor, donde brillaban los faros de un «auto» que les seguía, y añadió—. Al menos, así lo espero.

El coche, provisto de un motor de enorme potencia y casi completamente silencioso, siguió rodando por las amplias avenidas vienesas. Al cubo de diez minutos, Paul preguntó:

—¿Esta muy lejos?

—No. En cuanto lleguemos usted entrará en el *cabaret* y yo le esperare en la puerta. Aunque vea entre la gente a Petiot no se aproxime a él ni de muestras de haberle reconocido. No le mire más de una vez, no siga sus movimientos. Espere a que él se le acerque y se dé a conocer.

—¿Me conoce, entonces?

—Eso parece. Supongo que le habrán mostrado una fotografía de usted. Cuando él lo diga saldrán ustedes por separado a la calle y se acercarán a este coche. ¿Comprendido?

—Sí.

—Bien, ahí está el «Auserlesen».

El automóvil se detuvo ante un portal profusamente iluminado, sobre cuyo dintel, con letras azules de tubo neón, campeaba el nombre del local. Paul salió a la calle, el coche continuó rodando lentamente y se detuvo unos metros más abajo. El enviado especial cruzó la acera, empujó las puertas y entró en el *cabaret*. Una preciosa muchacha con las piernas desnudas le salió al encuentro, tomó su sobretodo y su sombrero y se lo llevó al guardarropía.

Por una arcada, Paul llegó hasta el sitio donde una multitud bailaba al son de una orquesta situada sobre un tablado. En el local imperaba un penetrante perfume a esencias femeninas y a tabaco americano del que había una nube cernida sobre la gente que danzaba, a modo de dorada neblina entre la que brillaban las luces y los espejos del «Auserlesen».

El bar estaba situado en un rincón. Paul fue allá, tomó asiento en una esbelta banqueta y pidió un combinado. Una muchacha, alta y rubia, vistiendo un traje de noche que dejaba al desnudo sus hermosas espaldas, vino a sentarse junto a él y pasó familiarmente un brazo bajo el de Paul.

—¿Me convidas, buen mozo? —preguntó melosamente.

Paul se encogió de hombros. La muchacha pidió un combinado al hombre del bar y agitó su melena dorada. Un embriagador perfume a jazmín envolvió a Paul.

—¿Tienes cigarrillos? —preguntó ella.

Paul tiró sobre el mostrador un paquete de tabaco y un encendedor automático.

—¿Estás de mal humor? —le preguntó la mujer.

—No.

—Yo puedo acompañarte si te sientes solo. ¿Quieres que bailemos?

Paul miró a su alrededor. Había mucha gente en el «Auserlesen» de modo que tendría que exhibirse, dando así oportunidad al fabuloso Petiot para que le viera y examinara a su gusto antes de abordarle y dirigirle la palabra. Aceptó la sugerencia de la descocada muchacha, la llevó hasta la pista sorteando las mesas Y allí la enlazó del talle.

Bailaron dos piezas seguidas. Paul escuchaba distraído la intrascendental conversación de la joven. Finalmente consideró que había dado bastantes ocasiones a Petiot para que le viera, si realmente estaba en el local, y empujó a la muchacha hacia el bar.

Se apoyó de codos en la barra, encendió un cigarrillo y sonrió con desgana a su nueva amiga. Alguien fue a situarse junto a él. Le rozó ligeramente en un codo, pero no se volvió. Una voz de bajo murmuró:

—Yo soy Petiot.

Paul se volvió sin prisas. Un hombre de mediana estatura, recio de espaldas y con cuello de toro, estaba pidiendo algo al mozo del bar. Petiot tenía unas facciones sanguíneas y brutales, con unos ojillos azules, penetrantes y pequeños, que se posaron un segundo en los de Paul y huyeron luego como acobardados.

—Vete —dijo Paul a la muchacha. Y le puso en la mano algunos billetes.

—Pero... —balbució la muchacha.

—Vete —repitió Paul sin alzar la voz—. Volveremos a vernos más tarde —y dando un golpecito cariñoso en la mejilla de la muchacha, añadió—: Es decir, si tú quieres...

—Hasta luego —murmuró la joven. Y se fue con paso ondulante.

Petiot estaba entonces apurando una copa. Era, desde luego, el mismo hombre que Paul conocía por fotografía. Aprovechando un momento que el mozo servía a una pareja de oficiales británicos Paul murmuró, sin mirar a Petiot:

—Voy a salir. Afuera hay un automóvil negro y largo. Yo estaré esperándole en él.

—Saldré yo primero —rezongó Petiot, tirando sobre el mostrador algún dinero—. Sígame un minuto después.

Paul pidió otro combinado. Oyó levantarse a Petiot y sus pasos

recios sobre el piso mientras se encaminaba hacia la puerta. Esperó un minuto, pagó su consumición y le siguió. La muchacha de las piernas esculturales y desnudas le tendió su sobretodo y su sombrero. El joven lo tomó apresuradamente y salió a la calle.

Vio al automóvil unos metros más abajo y a Petiot, con un abrigo al brazo, a medio camino entre el coche y el portal profusamente iluminado del «Auserlesen». Sin mirar a ninguna parte ni apresurar el paso, Paul se dirigió hacia Petiot.

—¿Es ése el automóvil? —preguntó el hombre.

Paul asintió con la cabeza y seguido de Petiot, llegó hasta el coche abrió la portezuela posterior y le invitó a subir. El Mayor, sentado ante el volante, no hizo ningún movimiento ni volvió la cabeza, pero arrojó su cigarrillo a la calle, donde levantó un surtidor de chispas, y puso el motor en marcha. Petiot se dejó caer sobre el tapizado asiento posterior y Paul junto a él, cerrando la portezuela de golpe. El automóvil púsose en marcha y rodó silenciosamente calle abajo.

De entre los pliegues de su abrigo Petiot sacó una abultada cartera de piel que puso sobre las rodillas de Paul apresuradamente, como ansioso de desprenderse de ella.

—Aquí están los documentos —dijo con voz ronca—. Temí que no acudiera a recogerlos.

—¿Qué hubiera ocurrido entonces?

—Nada. Hubiera vuelto mañana noche al *cabaret*... pero nunca más. Pudiera ser reconocido por alguien, y eso implicaría mi muerte.

El automóvil había acelerado su marcha. El resplandor de las farolas de la avenida, entrando por las ventanillas, ponía rápidos cambios de luz y de sombra sobre las facciones abultadas de Petiot.

—Voy a bajarme un par de manzanas más allá —anunció con su voz profunda—. ¿Quiere decirle a su amigo que aminore la marcha?

Paul se fijó entonces en la creciente velocidad del vehículo. El automóvil corría como una centella, tomó un cruce de calles sobre dos ruedas, con un escalofriante chirriar de frenos, y Petiot fue lanzado sobre él. Cuando pudo quitarse de encima el enorme peso de aquel corpachón, Paul se inclinó hacia delante y tocó al Mayor Newman en un hombro. Al mismo tiempo miró hacia el espejillo retrovisor. Desde el cristal un par de ojillos oblicuos, en mitad de un

rostro mongólico, le lanzaron una mirada centelleante. Paul sintió helársele la sangre en las venas.

—¡Usted no es el Mayor Newman! —gritó llevando la diestra al bolsillo trasero del pantalón.

Todo ocurrió entonces con la velocidad de un relámpago. El conductor se volvió a medias, empuñó una pistola de enorme tamaño cuyo siniestro cañón apuntó hacia atrás.

—¡Traición! —bramó Petiot abalanzándose con las manos tendidas sobre el brazo que esgrimía el arma.

—¡Tú eres el cerdo traidor! —Gruñó el hombre. Y disparó a bocajarro contra Petiot.

Paul, tirando al suelo su sobretodo y asiendo firmemente la cartera, se dejó caer de rodillas al tiempo que empuñaba su pistola automática. Vio a Petiot caer de espaldas sobre el asiento con los brazos abiertos, los ojos espantados y, entre ellos, un agujero purpúreo de significación trágica.

En aquella posición el desconocido matador de Petiot no podía disparar sobre Paul, a menos que abandonara completamente el volante para buscar al agazapado agente norteamericano. Paul habíalo comprendido así mientras tiraba de su pistola. El hombre que substituía al Mayor Newman cometió el error de perder un tiempo precioso dando media vuelta para buscar al agente especial por el otro lado.

Hízolo así, y hasta levantó su pistola sobre el hombro izquierdo, pero para entonces Paul hizo dos cosas; abrir la portezuela con la mano izquierda, alrededor de cuya muñeca había pasado el asa de la cartera, y disparar a bocajarro contra la oreja del hombre desconocido.

El disparo detonó ensordecedor, el cráneo mongólico voló hecho pedazos y, al mismo tiempo, Paul se lanzó por la portezuela a la calle.

Cayó dando vueltas sobre el pavimento y quedó a gatas, sobre pies y manos, mirando cómo el automóvil recién abandonado brincaba sobre el bordillo de la acera, embestía un poste y se estrellaba ruidosamente contra la pared de un edificio.

Aún aturdido. Paul parpadeó al herirle en los ojos la deslumbradora luz de unos faros. Púsose en pie de un brinco. Un automóvil se le echaba encima con la evidente intención de

aplastarle. Apenas repuesto de la sorpresa de la agresión por el sustituto del Mayor Newman, el cerebro de Paul hubo de trabajar rápidamente para poner a salvo nuevamente su vida en el transcurso de cinco segundos. El coche venía sobre él con el motor rugiendo. Paul dio un ágil salto de costado y cayó al suelo. Esta caída le salvó la vida por tercera vez en un minuto. Una lengua de fuego salió por la ventanilla posterior del vehículo y una «metralleta» barrió la calle con una granizada de balas que zumbaron cerca de los cabellos del joven.

Chirriaron los frenos del coche y se oyeron los gritos de pánico de algunos peatones, llegados al lugar donde el auto del Mayor ardía en ingente hoguera: Paul estaba ya demasiado lejos para que la «metralleta» pudiera disparar sobre él con buena puntería. Mientras se ponía en pie de un salto, vio que el automóvil habíase detenido y maniobraba para dar la vuelta. Paul miró a su alrededor angustiado, oprimió la cartera contra su pecho y huyó corriendo de aquel lugar.

Había una bocacalle a mano izquierda, y por esta calle llegó la providencia en forma de un «taxi» amarillo, que hizo un súbito viraje para no atropellar al joven que corría por el centro de la calzada.

El conductor asomó el rostro por la ventanilla y gritó:

—¡Majadero! ¿No tiene ojos para ver?

Paul saltó ágilmente al estribo del «taxi» y metió el brazo por la ventanilla. El «taxista» vienes debió creer que iba a darle un puñetazo como respuesta a su insulto. Su asombro fue todavía mayor al ver a dos pulgadas de su sien el círculo siniestro del cañón de una pistola firmemente empuñada.

—¡Oiga, no hay para tanto, hombre yo...! —balbució el chofer pisando los frenos.

—¡Suelte ese freno! —bramó Paul—. ¡Y pise el acelerador... corra como si el diablo le persiguiera, a menos que prefiera que le salte los sesos!

—¡Pero...!

—¡Corra, imbécil! —rugió Paul poniendo el cañón de su pistola en el cuello del chofer.

El vienes pisó a fondo el acelerador y el coche rugió avenida adelante. Paul abrió la portezuela posterior y entró en la cabina.

Miró por la ventanilla y vio al coche perseguidor que, habiendo dado ya la vuelta, venía hacia ellos con los faros encendidos y lanzando llamaradas por un costado. Aquellas llamaradas debían proceder de la «metralleta», pero las balas no las oyó Paul. Se situó a espaldas del chofer:

—¡Tuerza por la primera calle que venga a mano! —le ordenó.

El conductor hízolo así. Tomó una bocacalle entre dos ruedas, el coche saltó sobre la acera, volvió a bajar y continuó corriendo. El automóvil perseguidor hizo otro tanto.

—¡A la derecha! —ordenó Paul.

El hombre obedeció. Pareciéndole que el conductor disminuía la velocidad del vehículo puso el cañón de su arma tras la oreja y le gritó:

—¡Pise el acelerador!

Una granizada de balas hizo añicos el cristal posterior, pasó sobre la cabeza de Paul y se incrustó en la carrocería con un repiqueteo metálico.

—¡Dios mío...! —gimió el hombre—. ¡Tenga compasión de mí... señor, yo no le hice ningún daño...!

Paul saltó al asiento delantero, y se situó junto al chofer y le arrebató el volante. El «taxi» describió una «ése», se subió a una acera donde estuvo a punto de atropellar a un policía frenético, volvió a bajar la calzada y corrió como un borracho de un encintado a otro mientras, Paul, tomaba plena posesión de los mandos. El chofer le dejó hacer y fue a acurrucarse junto a la portezuela. Bajo las manos del agente el «taxi» pareció cobrar nueva vida y sostuvo la distancia que le separaba del coche perseguidor.

—¡Abra la puerta! —gritó Paul al chofer. El hombre le obedeció temblando, y el joven añadió—: ¡Salte usted a la calle!

—¡Por favor...! —gimió el hombre.

—¡Salte le digo!

El «taxista» dudaba, temiendo el porrazo. Paul metió el coche entre un camión del Ejército británico y un tranvía, vio una calle a su izquierda y viró violentamente. El «taxista» fue lanzado al arroyo por el propio impulso de la marcha. Cuando Paul volvió a verle habían transcurrido ya algunos días y los sucesos más dramáticos y extraños de toda su vida.

El «taxista» quedó atrás y la portezuela abierta. Paul sabía que

su salvación dependía de que mantuviera la distancia entre el coche perseguidor, y de que lograra despistarlos antes de que aquella maldita «metralleta» que estaba agujereándole la carrocería le metiera una rociada de balas en la nuca.

Corría a ciegas, desorientado, sin saber, en qué lugar de Viena se encontraba ni hacia qué sitio se dirigía. En vano tomó calles a derecha e izquierda. El automóvil perseguidor llevaba seguramente un conductor menos hábil que él, pues Paul observó que en los virajes les sacaba terreno de ventaja, pero apenas llegaban a una recta se acortaban las distancias. Aquel coche disponía de un motor más potente que el «taxi» y Paul comprendió que iba a ser muy difícil despegárselo. Se metió en un parque y tomó al azar todas las avenidas que le salieron a una parte y a otra. Casi de repente se vio ante una calle en la que había una barricada y un cartel. No pudo leer lo que ponía el cartel en un extraño idioma, y cuando lo comprendió había embestido un poste pintado de rojo y blanco, cruzado sobre la calle. Agachó la cabeza y el cristal del parabrisas saltó hecho pedazos al golpe del poste.

Al levantar la cabeza, Paul sintió en su rostro sofocado por la excitación el frío sople del viento que entraba libremente por el parabrisas destrozado. Y también vio, bajo el haz deslumbrante de sus propios faros, a un par de policías militares que le hicieron exclamar asombrado:

—¡Me he metido en la zona de ocupación rusa!

Miró al espejillo del «taxi». El coche perseguidor seguía pegado tenazmente a su cola. Una ráfaga de «metralleta» repiqueteó en la trasera metálica del «taxi» y sonó una formidable explosión. Acababan de reventarle un neumático y el coche se fue de lado hacia la acera.

Todavía llevaba la cartera de Petiot colgando de la muñeca. En los tres segundos que tardó en estrellarse el «taxi» contra una sólida pared de ladrillos, Paul tuvo que saltar por segunda vez desde un coche que corría locamente hacia su destrucción. Cayó entre el coche y un portal, de modo que el vehículo le ocultó mientras saltaba fuera. Vio fugazmente al «taxi» rebotar contra la pared mientras él entraba rodando en el portal. Era un zaguán oscuro. El coche perseguidor se detuvo diez metros más allá con gran estrépito de frenos y de neumáticos chillando sobre el asfalto. Paul

apresuróse a ponerse en pie y echó a correr hacia lo primero que le salió al paso. Esto fue una escalera tortuosa y húmeda, con barandilla de hierro a la que faltaban varios barrotes. La escalera estaba alumbrada débilmente por una bombilla de luz mortecina encerrada en un sucio globo amarillento.

De la calle llegaban gritos y voces de mando. Paul continuó subiendo peldaños de dos en dos, sintiendo los pulmones próximos a estallar y un latido doloroso en las sienas. Pasó varias puertas y dejó atrás muchos rellanos. Oyó voces retumbando por el hueco de la escalera y luego rumor de pasos que subían apresuradamente. Llegó a una puerta, donde acababa la escalera. La puerta tenía un cerrojo, que el agente descorrió, y por ella salió a una azotea. Cerró la puerta a sus espaldas y puso contra ella uno de los sostenes de hierro que faltaban a la barandilla de la escalera y que estaban esparcidos por el tejado.

—¡Malditos! —refunfuñó con el aliento entrecortado—. ¡Son de la

N. K. W. D.,...

debí figurármelo... éstos tienen fama de duros y tenaces... y estando en su zona podrán dedicarse a mi caza sin impedimento alguno!

De la calle llegaban voces furiosas y el agudo sonido de un silbato. El pensamiento de que llevaba tras sí a la célebre

N. K. W. D.,

rusa, descorazonó a Paul por un instante. Pero el suave golpear de la cartera contra su cuerpo le infundió nuevos ánimos.

—Todavía no me han cogido —dijo apretando los dientes—. Y si me cogen puede que no me encuentren la cartera encima...

—Bueno —rectificó rápidamente— será mejor que no me deje atrapar...

Saltó de un tejado a otro, encontró el cable de un pararrayos y se descolgó por él hasta un jardín. Éste era grande y descuidado y tenía una verja rota que daba a un callejón estrecho y pésimamente alumbrado. Por esta calleja llegó a una plazuela, en medio de la cual había una fuente con una taza de mármol. Pensando que lo mejor era alejarse de aquella manzana de casas tomó por una calle desierta y fue escurriéndose a lo largo de los oscuros portales. De pronto, un automóvil policial se detuvo en la encrucijada, frente a él, y dos agentes uniformados saltaron a la acera y echaron a correr

en esta dirección. Paul estaba entonces arrimado a un portal. El portal estaba cerrado, pero desde él podía alcanzarse una ventana situada a la izquierda.

—Entraré en esa casa —se dijo—. Puede que encuentre algún ciudadano que no simpatice con los rusos y se preste a esconderme.

Saltó por la ventana a una habitación oscura, cerró las maderas tras sí y atisbo a la calle. Vio pasar a los dos policías uniformados y el rumor de sus pasos se perdió lejos, con los pitidos del silbato. Pensó entonces que, mejor que pedir amparo a nadie, sería saltar de nuevo a la calle y tratar de salir de la zona rusa. No pudo hacerlo. Una voz gritó muy cerca:

—¡Ah, granuja, sabía que vendrías!

Y al mismo tiempo recibió un golpe en la cabeza que le dejó sin sentido fulminantemente.

CAPÍTULO III

MARÍA HELLMER

La primera sensación fue la de hallarse flotando sobre el mar. Paul sentíase mojado y mecido dulcemente como sobre las olas. Esta última impresión cesó inmediatamente, En cambio, persistió la de humedad.

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos inmediatamente cegado por el vivo resplandor de un foco que le caía sobre el rostro. Entonces sintió un agudo dolor en la nuca y se llevó las manos a la cabeza, lanzando un gemido. Alguien le dio un puntapié en los riñones. Paul emergió súbitamente de la profunda sima de la inconsciencia para caer en un no menos profundo terror.

—¡La cartera! —pensó—. ¿Dónde está la cartera de Petiot?

—¡Vamos —gruñó una voz desconocida, en alemán— levántate de una vez y déjate de comedias!

Paul abrió los ojos. Sobré él había una cara de hombre que jamás había visto. Era un rostro cetrino, anguloso, de boca cruel y ojos pequeños con unas bolsas que pendían al mirar hacia abajo.

—¿Qué tal? —le preguntó aquel hombre.

Paul quedó sentado sobre el suelo y miró a su alrededor buscando la cartera. No la encontró, pero encontró, en cambio, tres pares de ojos fijos en él, aparte del hombre cetrino había otros dos en la extraña habitación donde Paul vino a despertar. Uno de ellos estaba sentado a horcajadas sobre una desvencijada silla. Era de indefinible edad, facciones pálidas y vulgares, ojos azules y cabellos cenicientos. El tercero era un joven alto y delgado, rubio y de pupilas grises y frías. Vestía con cierta elegancia y estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y apoyado de espaldas a la pared.

A juzgar por estas paredes, las altas y estrechas ventanas por las

que se filtraba cierta lechosa claridad y los trastos, muebles rotos, cajones vacíos, polvo y telarañas que había por todas partes. Paul se hallaba en un sótano o cosa parecida. Junto a él había un cubo, y la humedad que sintiera en el rostro y el pecho no era ficticia, sino real. Debían haberle volcado el cubo de agua por encima.

—Levántate —ordenó el hombre cetrino.

—¿Dónde estoy?

—Estás en buenas manos, no te preocupes —aseguró el desconocido con zumba. El hombre de la silla rió con una carcajada desapacible y forzada. El joven rubio no se movió, ni sonrió ni despegó los labios, finos y rojos.

Paul púsose en pie. Al hacerlo se tambaleó, sintiendo un ligero mareo. Se llevó las manos a la cabeza.

—Julio suele pegar un poco fuerte —rió el hombre de las bolsas bajo los ojos, señalando al que estaba sentado.

Paul miró a Julio y entornó los párpados. Se preguntó si aquel trío de individuos serían agentes de la

N. K. W. D.,

y paseó la mirada a su alrededor buscando la cartera de Petiot. No había ni rastro de ella, y aunque sentía la imperiosa necesidad de preguntar no se atrevió a hacerlo. Había algo extraño en este despertar suyo y era algo que flotaba en el aire, pero que no podía discernir así, de repente.

—Ya ves —siguió diciendo el hombre cetrino—: cómo al fin, te cogimos. Eres tonto y caíste en la trampa.

—No soy tonto —gruñó Paul—. Y no sé de qué trampa me está hablando, al menos que se refiera al cambiazco del Mayor Newman por aquel tipo que asesinó a Petiot.

—¡Petiot! —exclamó Julio. Y dirigiéndose al joven rubio preguntó—. Oye, Fred, ¿conoces tú a alguien que se llame así?

—No —repuso secamente el joven—. Aunque me suena el nombre.

Paul se miró pensativo la puntera de sus zapatos. Dudaba de si serían estos hombres de la

N. K. W. D.,

y hubiera querido preguntarlo, más se contuvo mordiéndose los labios.

—Ahora vendrá Lanner —dijo Julio—. Traerá con él a tu

preciosa mujercita.

—No sé que tenga ninguna preciosa mujercita —gruñó Paul.

—¡Oh, la, la! ¡Ya lo creo que la tienes... una hermosa muchacha, demasiado joven y bonita para quedar viuda!

Julio rió, y el hombre cetrino también, con una risa desigual y cascada que parecía salir de los talones de su persona.

—¡Cállate, Julio! —rugió el joven—. ¡Y tú también, Oscar!

—¡Pero, Fred! —exclamó Julio—. ¿Te has enamorado de la mujer de este socio?

—No me he enamorado de nadie —aseguró Fred con sus grises pupilas centelleantes, de rabia. Pero Paul comprendió que el llamado Fred estaba muy interesado por aquella mujer desconocida que le atribuían por esposa.

La puerta se abrió entonces y por ella entró un hombrecillo rechoncho, de prominente nariz, ojillos codiciosos y cabeza completamente calva. Paul apenas le miró, porque toda su atención estaba fija en una esbelta muchacha rubia que venía tras el personaje del traje negro y raído.

Era de más que mediana estatura, alta de talle y redondeada de caderas. Sus enormes ojos pardos se fijaron inmediatamente en Paul y la roja boca se abrió para lanzar una exclamación:

—¡Juan!

Corrió atropelladamente, dando un empujón al hombrecillo que le precedía y se lanzó al cuello del asombrado Paul, besándole en la cara repetidamente mientras gemía:



...se lanzó al cuello del asombrado Paul...

—¡Juan, mi vida...! ¡Oh, temí que te hubieran matado estos canallas! ¡Oh, Juan... mi Juan...!

Paul, mudo de asombro, se dejó besar por aquella joven, aunque mal hubiera podido protestar teniendo sobre su boca la tibia y perfumada de aquella mujer que le besaba arrebatadamente.

La estrambótica escena dio fin cuando el hombrecillo asió a la muchacha por un brazo y la arrancó de un tirón de sobre el pecho del agente.

—¡Ea, se acabaron las carantoñas! —Gruñó. Y dirigiéndose a otro hombre que había entrado tras la muchacha, añadió—: Pedro, pon a ésta al otro extremo del cuarto.

La joven se debatió entre las manos de Pedro, un tipo hercúleo y brutal. Le mordió la mano y, entonces, el hombre descargó una bofetada de revés en la bella cara, llena de lágrimas, de la muchacha.

—¡Canalla! —rugió Paul abalanzándose sobre el rufián. Pero entonces alguien le dio un terrible puñetazo sobre la oreja derecha y le derribó en tierra, mientras la joven era llevada a rastras hasta el inmundo rincón, donde Pedro la obligó a sentarse sobre un agujereado asiento de automóvil, puesto sobre un par de cajones.

Paul lanzó una mirada asesina a su agresor. Era el joven Fred, que estaba plantado ante él con las piernas abiertas y los puños cerrados caídos a sus costados, en posición de reto.

—Bien —dijo Paul poniéndose en pie—. Tendré mucho gusto en romperle esa cara de hielo.

No pudo hacerlo. Julio apoyó el cañón de una pistola en su costado y Oscar le echó su garra al cuello. Paul se quitó la ignominiosa mano de la garganta de un manotazo y Julio le advirtió:

—¡Cuidado, chico, este cacharro se dispara solo!

Le empujaron sobre la vieja silla que antes ocupaba Julio. La silla crujió y los cuatro hombres quedaron de pie, formando semicírculo ante él y mirándole torvamente. Entre Oscar y el joven Fred podía ver el fondo de la estancia, donde la joven rubia sollozaba cubriéndose el rostro con sus manos trémulas bajo la mirada burlona del llamado Pedro.

—Bueno, muchacho —dijo Lanner—. No puedo perder más tiempo contigo. ¿Dónde pusiste la cartera?

—¿La cartera? —preguntó Paul como un eco. Y trató de pensar, preguntándose cómo era posible que estos rufianes desconocieran el paradero de la cartera de Petiot.

—Sí, la cartera —repitió Lanner con acento irritado—. O si lo quieres más claro, los documentos rusos. ¿Dónde están?

—Tenía una cartera conmigo al perder el sentido —murmuró el agente con cautela—. Pero no sé dónde fue a parar.

—¡Miente! —Gruñó Julio—. Le registramos. Cuando yo le golpeé no llevaba encima ninguna cartera. La hubiera visto y Fred y Oscar también, pues estaban conmigo.

Lanner miró desconfiadamente a los tres hombres, y luego a Paul.

—Te dije que si no traías los papeles ibas a pasarlo muy mal. Y tu chica todavía peor —refunfuño Lanner—. No seas cabezota, y convéncete que te conviene hablar y entregarme los papelotes.

—No sé de qué me está hablando... —aseguró Paul. Y antes de que acabara de pronunciar la última palabra, la mano pequeña y fofa de Lanner cayó sobre su mejilla en una bofetada.

—¡Pigmeo! —rugió Paul abalanzándose sobre el hombrecillo.

Le sujetaron con fuerza y volvieron a empujarle sobre la silla. Luego, a pesar de sus forcejeos, le ataron sólidamente con una áspera cuerda de cáñamo. Lanner parecía mucho más tranquilo viéndole impotente y avanzó hasta situarse muy cerca de él.

—En cierta ocasión te ofrecí partir por igual el negocio. Desdeñaste mi ayuda y quisiste arreglártelas a solas —dijo Lanner—. Bien, ahora las cosas han cambiado y quiero todo el negocio para mí solo. Habrás escondido los papeles. ¿Dónde están?

Paul permaneció mudo. Sentía en la cabeza un caos de ideas y la curiosa sensación de que acababa de salir de una borrachera. Un tenue mareo embotaba sus pensamientos, pero en medio de esta confusión le alegraba la íntima persuasión de que no eran hombres de la

N. K. W. D.,

los que estaban interrogándole. De todos modos había muchas cosas inexplicables, como eran los besos y las lágrimas de aquella preciosa muchacha rubia que le miraba implorante desde el rincón de los desvencijados asientos de automóvil. Ella, además, habíale llamado por su nombre falso. ¿Y cómo este repugnante Lanner le hablaba de los documentos y de la cartera si eran ellos, según confesaban, los que habíanle dado el golpe un rato antes?

Paul miraba pensativo la puntera de sus enlodados zapatos. Una mano, la viscosa y fría de Lanner, le alzó la barbilla de un golpe y le obligó a mirarle a los ojos.

—¡Habla! —rugió el hombrecillo—. ¿Dónde pusiste los documentos?

Paul permaneció mudo.

—¿No quieres decirlo? —Gruñó Lanner clavándole las uñas en la mejilla.

—No puedo decirlo, puesto que no lo sé. Cuando me golpearon en la cabeza llevaba conmigo una cartera. No sé qué contenía; tal vez fueran unos documentos.

—¡Pues claro que eran unos documentos, de sobra lo sabes!

—Sin embargo, cuando recobré el sentido hace un momento, no tenía conmigo esa cartera.

Lanner miró receloso a Julio. El rufián se dio a una larga serie de maldiciones y protestas, poniendo por testigos a Fred y a Oscar de que Paul no llevaba ninguna cartera consigo al caer en sus manos.

—O él o vosotros me estáis mintiendo —masculló Lanner—. ¡Y por todos los diablos del infierno no voy a tolerar que nadie se burle de mí!

—¡Este tipo es un embustero! —gritó Julio. Y se abalanzó sobre el maniatado agente descargándole media docena de furiosos puñetazos en la cara.

Paul cayó al suelo arrastrando la silla consigo. Tenía una ceja partida y la sangre cegábale cayendo sobre sus ojos. Fred apartó al encolerizado Julio de un empujón y con la ayuda de Oscar, puso derecha a la silla y a Paul, sentado y firmemente amarrado a ella. Lanner se acercó al prisionero y le obligó a levantar la cara.

—Estás en nuestras manos, muchacho —dijo conciliador—. Debieras comprender que podemos arrancarte la piel a tiras, meterte astillas entre las uñas, marcarte con hierros candentes y hacer mil cosas, hasta obligarte a soltar el pico.

—Lo comprendo —murmuró Paul con un soplo de voz.

—¿Vas a portarte bien, entonces?

Paul asintió con la cabeza.

—Bien —prosiguió Lanner con acento paternal.

—Has jugado tu juego y has perdido. Yo estoy jugando ahora mis cartas y tú debes reconocer que he ganado. Habla. ¿Qué hiciste de aquella cartera de cuero?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—No lo sé.

—¡Hijo de perra! —aulló Lanner perdiendo de golpe su ecuanimidad y descargando una lluvia de puñetazos sobre la nariz de Paul—. ¡He de hacerte hablar aunque haya de sacarte los ojos! ¡Cerdo...!

Siguió golpeando ciego de ira la cara tumefacta del agente, barbotando insultos y blasfemias. Paul volvió a caer al suelo, huyendo instintivamente a la lluvia de golpes y, ya en tierra, Lanner le pateó con furia, descargándole aviesos puntapiés en el estómago, los riñones y la ingle. Paul gimió de dolor, mas las cuerdas le impidieron esquivar los golpes.

Volvieron a ponerle sentado sobre la silla. La nariz le chorreaba sangre y también las cejas. Entre un velo de nieblas vio a la muchacha que se había puesto en pie y se revolvía como una fiera entre los brazos hercúleos de Pedro. La muchacha chillaba e insultaba a su esbirro, hasta que el hombre pareció enojado y la tiró al suelo de un empujón. Ella le mordió en una pierna.

—¡Mala bruja! —rugió Pedro asiéndola por los cabellos y arrastrándola por el suelo lleno de polvo.

—¡Yo te enseñaré a...!

El joven Fred intervino entonces a favor de la muchacha. Dio un empujón a Pedro, que fue dando traspiés hacia la pared, y ayudó a levantarse a la joven. Pedro, una vez repuesto del golpe, volvió sobre sus pasos con los puños cerrados y la mirada centelleante.

—¡Voy a machacarte la cabeza hasta convertirte en puré! —aseguró arrojándose sobre Fred.

—¡Quietos! —bramó Lanner con voz chillona, interponiéndose entre ambos con la faz purpúrea de rabia—. ¿Es que os habéis vuelto locos todos?

—¡Este tipo no me ha gustado nunca con sus aires de hombre superior! —barbotó Pedro.

—¡Es indigno de hombres golpear a una pobre mujer! —rugió Fred, lanzando lumbre por los ojos.

—¡Sal fuera! —le ordenó Lanner imperiosamente—. No debí meterte nunca en mi banda.

Fred lanzó una mirada de olímpico desdén sobre la detestable personilla de Lanner y salió cerrando a sus espaldas con un portazo

que hizo estremecer las paredes.

—Poned a la chica delante de este imbécil —ordenó Lanner.

Sentaron a la joven sobre un cajón, frente por frente a Paul.

—¿Sabes quién es ésta? —preguntó el hombrecillo al agente.

—No.

—Es María. María Hellmer, tu esposa.

—No tengo esposa, no he visto a esa mujer en mi vida.

—Es tu mujer —insistió Lanner—. Y puesto que eres tan duro de mollera que no quieres reconocer que tienes la cartera escondida vamos a hacerle algunas caricias a la chica. Puede que te hagan más daño los golpes que le demos a ella que los que demos en tu cabeza de adoquín.

—No me importa que le peguen —masculló Paul—. No la conozco, no sé dónde está mi cartera, pero aunque lo supiera no lo diría.

—¡Ah, bien, es cuanto necesitaba saber! —farfulló Lanner lanzando una mirada sobre Pedro—. Vamos, Pedro, acaricia a la chica.

El llamado descargó un bestial puñetazo sobre el busto de la muchacha. Ésta pegó un salto y cerró los ojos, palideciendo mortalmente. Lanzó un gemido y abrió sus hermosos ojos para lanzar sobre el agente secreto una mirada dolorida a través de sus lágrimas.

—¡Bestias! —rugió Paul entre sus dientes apretados—. ¡Si tuviera las manos libres...!

—Entonces, ¿te duele que le peguemos a tu mujer? Bien, pues vamos a seguir pegándole hasta que nos digas dónde tienes la cartera.

—¡No lo sé! —chilló Paul, loco de rabia y dolor.

Pedro descargó otro puñetazo sobre el túrgido busto de la joven. María dio un grito y cayó redonda al suelo. Paul creyó enloquecer de rabia y vergüenza. Sus labios, manchados de sangre y espuma, lanzaron sobre sus aprehensores los más espantosos insultos.

—¡Cállate! —rió Julio golpeándole con la culata de su pistola en la oreja.

Lanner miraba complacido el efecto destructor que estaba causando en Paul la paliza propinada a María. La muchacha fue sentada nuevamente en el cajón. Oscar le dio un puñetazo y la tiró

al suelo. Al volverla a sentar María tenía la nariz chorreando sangre y la cara manchada. Estaba llorando, pero se mordió los labios sin lanzar un solo gemido.

—¿Qué? —rió Lanner plantándose ante el agente—. ¿Empiezas a hacer memoria?

Paul no despegó los labios. Lanner acercó su cara pálida a la tumefacta de Paul y prosiguió:

—Te advierto que vamos a pegarle a ella hasta que reviente.

—No me importa —aseguró Paul—. No la conozco, pero podéis pegarme a mí cuánto queráis. De todos modos no voy a poder decir dónde está lo que buscáis, puesto que lo ignoro.

—Lo recordarás —aseguró Lanner con convicción—. Te pegaremos con una porra de goma en los riñones hasta que orines sangre. ¿Lo has hecho alguna vez? Verás como entonces recobras la memoria.

Paul palideció.

—Veo que te asustas.

—No me asusto —barbotó Paul. Y escupió en la cara de Lanner.

El hombrecillo se lanzó sobre el agente con la furia de un gato, le arañó la cara y le golpeó, profiriendo una serie de mujeriegos chillidos histéricos. Finalmente, cuando se cansó de patear sobre el joven, se apartó a un lado y secóse el rostro pálido y sudoroso con un pañuelo.

—Encerradlo en cualquier parte —ordenó a sus hombres, que habían estado mirándole hacer impasibles—. Cuando recobre el sentido volveremos a interrogarle.

Pedro y Oscar tomaron a Paul por cabeza y pies y le metieron en un pequeño cuarteto. En realidad, y aunque próximo a perderlo, Paul conservaba el sentido, si bien éste había sido reducido a su mínima expresión y se sentía impotente para hacer ningún movimiento.

Por espacio de una hora, quizá, Paul no se movió de su silla ni levantó la barbilla de sobre el pecho. Luego alzó la cara y miró a su alrededor con asombro.

No comprendía nada de lo ocurrido, y a no ser por la presencia de aquélla María que lo había, besado llamándole por su nombre austríaco, Paul hubiérase inclinado por la idea de que todos estaban locos.

—Sin embargo —dijose preocupado— éstos han visto o han oído hablar de la cartera que me entregó Petiot. ¿Qué ha ocurrido? Ellos no son de la

N. K. W. D.,...

aunque nada tienen que envidiar en cuanto a conocimientos para hacer confesar a un hombre.

Decidió que lo más urgente e inmediato era salir de allí.

Salir y ponerse en contacto con el Mayor Newman, se dijo.

Buscó con la mirada a su alrededor. En un estante, sobre su cabeza, había algunas botellas vacías. Pensó en derribarlas, romperlas, y cortar las cuerdas con los vidrios; pero aquello hubiera significado cierto estrépito y la consiguiente alarma. También había algunas latas vacías en aquel cuarto trasero. Eligió unas cuyos cantos vivos podían quizá cortar sus cuerdas. Lentamente, milímetro a milímetro, fue acercando su silla a la lata, dio la vuelta y trabajó afanosamente para entrar en contacto con el borde afilado. Estaba sudando y todo el cuerpo le dolía, Invertió media hora en quedar libre de sus ligaduras. Una vez rotas las que le sujetaban las muñecas fue cuestión de unos segundos desprenderse de las que le sujetaban los tobillos a las patas de la silla.

Para entonces, la difusa luz que había estado entrando por un alto ventano acristalado, puesto a la altura del techo, había disminuido tanto que casi estaba completamente a oscuras. Paul púsose en pie sobre el asiento de la silla para abrirlo.

Las maderas, llenas de polvo y telarañas, chirriaron al girar sobre unos goznes herrumbrosos. Esperó, conteniendo el aliento, a que algún ruido tras la puerta indicara que había sido oído y que alguno de sus aprehensores venía a indagar la procedencia del ruido.

No fue así, y Paul acabó de abrir la ventana, lanzando un suspiro de alivio al recibir en plena cara el soplo húmedo de una fresca brisa y el peculiar olor a asfalto de una ciudad.

Mientras salía penosamente a ras de la calle, Paul pensó en la muchacha y en la suerte que correría. Naturalmente, hubiera sido una locura interesarse por ella hasta el extremo de poner en peligro su propia seguridad y salvación. De todos modos, pensó, poco tardaría en volver a esta casa para averiguar el paradero de la cartera, pero entonces sería respaldado por la suprema autoridad y

poder del Mayor Newman.

Púsose en pie, se fijó en el edificio de ladrillo rojo que acababa de abandonar y se apuntó mentalmente su número, el dieciséis. En la esquina preguntó a un transeúnte por el nombre de la calle.

—La calle Holf —le dijeron.

—¿Es ésta la zona rusa?

El peatón le miró con asombro.

—La zona rusa está bastante lejos. Ésta es la británica.

Paul buscó la más inmediata cabina telefónica. Estaba en una farmacia. Al pronto, viéndole con la cara llena de sangre y magulladuras, el farmacéutico creyó que iba en busca de socorro.

—Primero necesito utilizar su teléfono —dijo Paul—, luego le agradeceré que me ponga algunos esparadrapos sobre estos cortes.

Tomó el teléfono, marcó el número del Cuartel General Británico de Ocupación y le respondió una voz de marcado acento londinense.

—Con la División Novena —solicitó Paul.

Se oyó el chasquido de una clavija. Una voz femenina preguntó:

—¿Quién llama? ¡Diga! División Novena, ¿quién llama?

—Soy Juan Fischer Zerrisch. Necesito hablar urgentemente con el Mayor Newman.

Hubo un largo silencio al otro extremo de la línea. Luego, cuando Paul iba a llamar, impacientado, la misma voz rogó:

—¿Quiere repetirlo, por favor?

Paul repitió su nombre figurado y su petición.

—Espere un momento —repuso la voz de mujer.

Paul tabaleó con los dedos sobre el aparato, mientras escuchaba confusos murmullos al otro extremo del hilo. Finalmente, una voz de hombre volvió a preguntar:

—¿Quién llama?

—Juan Fischer —repitió el joven irritado—. Necesito ponerme al habla con el Mayor Newman.

—Temo que no vaya a ser posible, señor.

—¿Por qué?

—El mayor Newman murió el sábado y fue enterrado el lunes.

—¿Qué está diciendo? —rugió Paul—. ¡Si estuve con él ayer noche! ¡Déjese de bromas y comuniqué al Mayor...!

—El Mayor Newman murió la noche del sábado —repitió la voz

—. No pudo estar con él porque está enterrado hace dos días.
¿Cómo ha dicho que se llama usted, señor?

—¡Juan Fischer! —rugió Paul aferrándose con fuerza al aparato.

—Juan Fischer murió también la noche del sábado.

—¿Qué tonterías está diciendo? —chilló Paul—. ¡Yo soy Juan Fischer y estoy vivo!

—Lo lamentamos —dijo la voz pausadamente.

—¡Oiga! —bramó Paul ante el micrófono.

Del otro extremo de la línea colgaron el teléfono. Sonó en un chasquido metálico que a Paul le pareció como el cerrarse del resorte del ataúd en que iba su propio cadáver.

CAPÍTULO IV

NOVENTA HORAS EN BLANCO

Abandonó la cabina a tientas, sintiendo una súbita flojedad en las piernas y ante los ojos una neblina que le enturbiaba las imágenes. Sabía lo que significaban las palabras de su desconocido interlocutor microfónico. Sabía que estaba condenado a muerte por sus propios camaradas, convertido en huido ante el «Intelligence Service», que poco antes fuera su fuerza y su razón de vivir. Había perdido la cartera que le fuera confiada, tal vez se le suponía traidor a su país, y los traidores sólo podían vivir contadas horas desde que el S. S., los borraba de sus listas. ¡Estaba muerto! ¡Muerto y enterrado!

Se dejó caer en una silla. El farmacéutico le miraba por encima de sus gafas, pero para Paul aquel hombre sólo era como un fantasma vestido de blanco. Apenas si podía distinguirlo entre la obscuridad que le envolvía. Estaba demasiado débil para lanzar el grito que se le estrangulaba en la garganta: «No, traidor no».

—Está usted muy pálido —oyó que le decía el farmacéutico como desde una lejanía remota—. Le daré algo para reanimarle. ¿Ha tenido malas noticias?

¡Sí tenía malas noticias! Paul sintió un comezón de risa histérica. En realidad apenas si sabía lo que estaba ocurriendo. La magnitud de la catástrofe era demasiada para poderla asimilar así, de un solo golpe. El farmacéutico le puso una copa entre los labios. El fino cristal tintineó al chocar contra los castañeteantes dientes de Paul. Tragó con dificultad un líquido ardiente, que puso lágrimas en sus ojos.

—Es «vodka» —explicó el hombre—. Legítimo de Rusia...

El hombre siguió hablando y hablando, explicando al agente

algo que éste no escuchaba. Como un autómatas se dejó lavar la cara con alcohol y poner sobre la ceja una tira de esparadrapo. Entraron varios clientes, y el buen hombre suspendió la operación de curar a Paul en repetidas ocasiones. Una mujer obesa salió de la trastienda, vio al descompuesto joven y pidió explicaciones a su marido. Aquél se las dio y mientras, Paul trataba en vano de hallar una explicación a lo que venía ocurriéndole.

—Tal vez fueran otros los que me golpearon —se dijo—. Debí perder el sentido, y mientras, alguien se llevó la cartera de Petiot... ¡Alguien! ¿Quién?

Eran demasiadas cosas extrañas para aclararlas de golpe. ¿Quién era Lanner y cómo sabía, que la cartera contenía ciertos documentos? ¿Quién era María Hellmer y cómo sabía que él se llamaba Juan? Podía saberlo por los documentos de identidad que él llevaba en los bolsillos. ¿Pero por qué había abrazado y besado mientras Lanner aseguraba que era su esposa? Y, luego, ¿era verdad que el Mayor Newman murió la noche del sábado? Era muy posible que aquel individuo que le substituyó le matara, pero ¿por qué se empeñaban en decirle que había muerto el sábado y había sido enterrado el lunes? Hoy era domingo. La noche en que fue al «Alserlesen» para encontrarse con. Petiot era el sábado día siete de abril. Luego el Mayor decían estar enterrado. ¡Mañana!

Los ojos de Paul se alzaron del suelo y quedaron fijos en un almanaque que pendía de una de las estanterías, Sintió la sangre helársele en las venas.

El taco anunciaba ser este día el miércoles, día once de abril.

—¿En qué día estemos? —preguntó con un murmullo de voz a la mujer gruesa.

—Miércoles —dijo ella. Y señalando el taco del almanaque añadió—. Día once.

—¡No es posible! —gritó Paul saltando en pie.

El farmacéutico y su esposa le miraron como se mira a un loco. Paul, anonadado, miraba fijamente aquella cifra negra.

—¡Miércoles, once de abril! —repitió—. Entonces... ¿dónde estuve desde el sábado por la noche? ¿Qué hice en estos cuatro días?

Se dejó caer sobre la silla y continuó mirando obstinadamente, al calendario. Al alzar los ojos hasta los dos personajes, que le

contemplaban moviendo la cabeza, sorprendió en aquellas caras una mueca de duda. Les explicó lo ocurrido:

—El sábado, día siete, aproximadamente sobre la medianoche, recibí un golpe en la cabeza. Recobré el sentido esta tarde, serían sobre las seis... ¿Es posible que hayan transcurrido... ¡noventa horas!, desde que me golpearon?

El hombre de la bata blanca le miraba impertérrito.

—¿No me cree? —preguntó Paul, bañado en un sudor frío.

—Es posible que estuviera noventa horas sin sentido... aunque me parece muy extraño que usted lo recobrara y se sintiera como si acabara de recibir el golpe un momento antes. Puede haber ocurrido otra cosa...

—¿Qué? —inquirió Paul anhelante.

—¿Sabe lo que es amnesia?

—¡Amnesia! —Paul saltó en pie y se asió trémulo a la manga del hombre—. ¿Quiere decir que pude haber estado noventa horas con la memoria perdida?

—Es muy posible...

Los ojos espantados del agente pasaban del rostro magro del hombre al rubicundo y coloradote de la mujer. La verdad abríase paso en su mente con velocidad vertiginosa. Si Julio habíale golpeado en la cabeza, como aseguraba, pudo haber recobrado la memoria en aquel instante. Sabía, había oído hablar de casos semejantes. Uno podía recibir un golpe, recobrar el sentido y no recordar nada de su pasado. Otro golpe era lo único capaz de devolverle la memoria... y entonces solía ocurrir que quedaban olvidados, completamente en blanco, las horas vividas bajo la influencia de la amnesia.

—¡Eso es! —exclamó horrorizado—. ¡He vivido noventa horas con la memoria perdida... irresponsable de mis actos...! ¡Cielos...!

Se cubrió la cara con sus manos trémulas.

—¡Noventa horas en blanco...! —murmuraba—. ¿Qué atrocidades habré cometido en esas noventa horas? ¿Dónde fui, qué hice, con quién hablé, dónde estuve?

Nadie podía responderle a estas preguntas, naturalmente. Nadie a excepción de un espantoso presentimiento que le gritaba en el oído temibles posibilidades. Lo que para el buen farmacéutico era pura suposición era ya para Paul terrorífica certeza. La absurda

escena de su despertar cobraba ante sus ojos, absortos, relieves anonadantes. Lanner aseguraba conocerle y sabía de la existencia de unos documentos importantes y de la cartera que los contenía. Había hablado de ciertos negocios. ¿Habría Paul negociado con aquellos papeles sagrados, de los que respondía con su vida? ¿Qué hizo de ellos? Y en cuanto a María Hellmer, ¿sería realmente su esposa? Según avanzaba en sus ideas, Paul temblaba de espanto. Comprendió que durante aquellas noventa horas había vivido, luchado... debió ir de un lado a otro, tratar con sólo Dios sabía qué gentes. Pudo haber odiado y amado... ¡María era quizá su mujer! ¡Y no podía recordarlo!

El farmacéutico y su mujer hablaban entre sí, pero Paul no entendía lo que estaban diciendo. Recordó la conversación habida poco antes con el Cuartel General Británico y con la División Novena.

—¡Estoy sentenciado a muerte! —se dijo—. ¿Qué atrocidad habré cometido?

Su primer impulso fue abalanzarse sobre la cabina telefónica y llamar a la División Novena. Pero se contuvo. Nadie le creería. A menos que volviera con los documentos entregados por Petiot sería echado. ¿Echado? No, lo que ocurriría era que le llevarían a dar un paseo... el último. Su cadáver aparecería flotando en el Danubio. Había que recuperar los documentos. ¿Pero era posible? ¿Dónde estarían los papeles en este momento? ¡Sólo Dios lo sabía! Dios, y María Hellmer.

—María Hellmer —murmuró cerrando los ojos y evocando a la hermosa joven—. Si ella es mi mujer, cabe en lo posible que lo sepa. Y, aunque no fuera realmente mi mujer, ella parece atada a mí por algo que ocurrió en estas noventa horas que no recuerdo.

Sacudió la cabeza y miró a su alrededor. Fue como si saliera de un profundo abismo a la superficie de la vida y de los acontecimientos. Un hombre estaba ante el mostrador y pedía algo al farmacéutico que estaba tras la caja de registro.

El hombre era alto y vestía un sobretodo gris. Al guardarse en el bolsillo el específico que el farmacéutico le envolvió en un papel, se volvió y lanzó una mirada superficial sobre Paul. Éste sintió un estremecimiento. Los ojos verdes del individuo, pese a querer aparentar indiferencia, había relampagueado al fijarse en su cara.

Salió mascullando un saludo.

—Es un hombre de la División Novena... —se dijo Paul.

Y entonces cayó en la cuenta de que, tras su llamada a la División Novena no se había movido de esta tienda. Si el S. S., andaba buscándole para liquidarle era lógico que hubieran enviado a alguien para interrogar al farmacéutico. Habrían localizado el lugar desde el que se efectuó la llamada y...

Paul se puso en pie, dio las gracias al matrimonio por sus auxilios y salió a la calle. Miró a derecha e izquierda. La calle estaba casi desierta y había un automóvil con luces y faros apagados a unos cincuenta metros de distancia, arrimado al bordillo de la acera.

Paul echó a andar calle abajo. No llevaba abrigo ni sombrero, pero la noche era cálida y no sentía frío. Con el rabillo del ojo miró hacia atrás. El automóvil habíase puesto en movimiento. Paul se detuvo junto a una farola inútil y apagada, simulando estar registrando sus bolsillos. Oyó el suave rumor del coche y tensó los músculos. Un sexto sentido le avisó de un peligro inmediato. Se arrojó de bruces al suelo, tras la columna de hierro de la farola. Al mismo tiempo, una ametralladora tableteó y una granizada de balas rasgó el aire a pocos centímetros de su cabeza.

El coche pasó rugiendo y se perdió calle abajo a toda velocidad. Alguien lanzó un grito. Un policía militar británico ayudó a Paul a levantarse.

—No ha sido nada —dijo Paul, todavía pálido. Y huyendo a las preguntas del soldado y de la gente, que se reunía rápidamente a su alrededor, abrióse paso entre el círculo de curiosos y echó a andar rápidamente en la misma dirección que lo hiciera el coche.

Tomó por una calleja estrecha que le vino al puso y se detuvo para respirar. No le cabía ahora ninguna duda. El S. S., le buscaba con la declarada intención de quitarle de en medio. Tales métodos expeditivos no solían ser utilizados por el «Intelligence Service» sin una poderosa razón. Aun en los casos más extremos, el Servicio Secreto británico daba una oportunidad al traidor para que se justificara. Si ahora estaban empeñados en matar a Paul, Paul debía tener la completa seguridad de que ya le habían dado aquella oportunidad... y su caso era asunto zanjado.

—¡Un traidor! —exclamó—. ¡Están firmemente seguros de que

soy un traidor!

Siguió deambulando por las calles, chocando con los transeúntes y sin saber a dónde iba. De vez en cuando deteníase ante un escaparate para mirar los objetos y artículos en ellos expuestos, mas sin verlos y sólo atento a sus íntimas reflexiones.

—Algo hice en estas noventa horas borradas de mi memoria —pensó—. Algo muy grande y atroz. ¡He de saber qué fue ello... y sólo María o Lanner pueden decírmelo! ¡He de volver a encontrar a María!

Se encaminó con pasos firmes hacia la calle Holf. Tuvo que preguntar algunas veces, y cuando se detuvo ante la casa de ladrillos rojos, de donde escapara dos horas antes, estaba sudoroso y con los nervios excitados. Desde un portal oscuro espionó la casa, dudando entre llamar a la puerta o buscar una entrada por otra parte. Decidido a probar suerte en las ventanas del sótano se acercó a la que le sirviera para escapar y vio que continuaba abierta.

Una pareja de enamorados se acercaba, enlazadas las manos y mirándose a los ojos. La calle estaba regularmente iluminada y Paul esperó que pasasen. La muchacha le miró y el joven ni se dio cuenta de su presencia. El agente esperó a que estuvieran lejos y entonces se descolgó hasta el mismo cuarto que pocas horas antes ocupara en calidad de prisionero.

Las latas sonaron. Paul esperó con el aliento entrecortado. La puerta de este cuarto, hasta el que llegaba el vago resplandor de la calle, estaba abierta de par en par. No oyendo más ruidos que los de la calle Paul se decidió a proseguir su exploración y entró en la amplia pieza donde el ruin Lanner y sus rufianes le propinaban aquella paliza que laceraba sus carnes y su alma.

El sótano estaba desierto y a oscuras, salvo la apenas perceptible claridad que entraba por las altas ventanas de empolvados cristales. Encontró el interruptor de la luz y lo hizo girar. La solitaria bombilla pendiente del techo iluminó crudamente el fugaz y la mirada de Paul escudriñó todos los rincones. En el suelo había manchas de su propia sangre; sobre un cajón algunos objetos que reconoció como suyos; un pañuelo, una cartera, las llaves de sus maletas, una agenda... y algunos papeles.

Antes de recogerlos fue hasta la puerta que debía comunicar con la planta. Estaba igualmente abierta y desde aquí pudo ver un

zaguán, del que llegaba el rumor de algunos pasos ascendiendo una escalera y unas voces que hablaban alemán. Cerró la puerta y subió al zaguán. De éste se asomó a la calle, volvió a entrar y miró la escalera. Olía a estofados baratos y poco selectos y se respiraba la atmósfera peculiar de una casa de vecindad en la que nada hay sospechoso, excepto un sótano polvoriento que podía ser utilizado por cualquiera.

Dejando para más tarde hacer preguntas a los vecinos, Paul bajó al sótano y recogió sus objetos personales, entre los que echó a faltar todo el dinero, su encendedor y sus cigarrillos. En cambio, encontró algunos papeles que no había visto nunca. Uno de ellos era una factura de cierto hotel; el «Schrnelz», extendida a nombre de Juan Fischer. «Una habitación con derecho a baño. Un día de estancia... Viena, nueve de abril de mil novecientos cincuenta y uno».

Tomó otro papel. Era la factura del «Hotel Alserbarch», que pagó momentos antes de encaminarse hacia la cita con Petiot. Otro papel que era otra factura de una tienda de ropas hechas que ascendía a una cantidad equivalente a 16 dólares americanos. Paul se preguntó qué pudo haber comprado él en aquella tienda, dando por supuesto que fuera él quien compró allí. Tomó distraídamente el otro papel y lanzó una exclamación de asombro. Era un certificado de matrimonio.

«Juan Fischer Zerrisch, natural de Innsbruck (Austria), de veintiocho años de edad... casado con María Hellmer Joseftadt, natural de Viena (Austria), de veintidós años de edad... Residencia: Prater sesenta».

—¡Entonces era verdad! —exclamó Paul anonadado—. ¡María es mi mujer... cielos!

Se dejó caer sentado sobre el cajón. Súbitamente sintió una necesidad imperiosa de hacer «algo», de entrar en los arcanos de aquellos cuatro días vividos y olvidados. El certificado llevaba fecha del día anterior: martes diez de abril.

Tomó la agenda. La agenda estaba llena de anotaciones y direcciones fantásticas, puestas allí para dar sensación de pertenecer al hombre de negocios que Paul pretendía ser cuando llegó a Viena bajo el falso nombre de Juan Fischer. Pero al final de todas aquellas direcciones había otras que Paul no recordaba haber visto antes. La

primera le aseguró de que estaba escrita por su propia mano y con fecha posterior a la de la pérdida de su memoria.

Decía:

«José Lanner, anticuario, libros viejos, traductor... calle Rudolf, 15 (zona internacional)».

—Bien —murmuró Paul—. Al menos ya sé dónde está el cubil de esa inmundada rata...

Había otras direcciones: «Salón Austria. Rathhaus (zona internacional)». Y una tercera dirección: «Pensión Aspang. Hege 80. Teléfono 26 28 01».

Rumiando aquellas anotaciones salió del sótano, ascendió los húmedos escalones y subió hasta el entresuelo de la casa. Llamó a la puerta primera. Un hombre en chaleco, con una pipa en una mano y un periódico bajo el brazo, miró al intruso por encima de la montura de sus gafas. Un tufo a verduras hervidas llegaba del interior, donde se veía a una mujer disponiendo la mesa y del que llegaba la música de un aparato de radio.

—Perdone —excusóse Paul—. El sótano... ¿Ocupa alguien llamado Lanner el sótano de esta casa?

—No —repuso el hombre mirando a Paul con desconfianza—. Nadie habita el sótano.

—¿Sabe si alguno de los vecinos se llama así?

—Nadie se llama Lanner en esta finca. ¿Usted, quién es?

—Quería alquilar el sótano —aseguró Paul esquivando responder a la inquisición del hombre.

—Imposible. El sótano es privilegio de los vecinos. Lo utilizamos para dejar en él nuestros trastos. Antes teníamos allí muebles viejos y demás cosas... Bueno; tuvimos que quemar los muebles cuando se acabó el carbón y vender lo demás como chatarra. Consecuencias de la ocupación aliada. A usted qué le parece, ¿tardarán mucho todavía en firmar el tratado de paz y en largarse de Austria?

Paul no estaba dispuesto a meterse en discusiones políticas con el alemán. Se aseguró de que allí nadie conocía a Lanner y todos ignoraban que hubiera sido utilizado el sótano aquel mismo día para tenerlo a él prisionero y salió a la calle.

Preguntó a un policía por la calle Korttsr, donde según la factura del hotel estaba ubicado el «Schmelz». La calle estaba en la zona de ocupación británica y distante como medio kilómetro. Tomó el tranvía que el policía le señalara, pero tuvo que apearse en la más próxima parada con la faz purpúrea. No tenía dinero para, pagar su billete... y decidió ir andando.

Encontró el hotel, entró y fue al mostrador. Pidió una habitación, enseñó sus documentos y firmó en el libro registro.

—Estuve aquí hace tres días —dijo al dueño—. ¿Recuerda?

—Sí, su cara me es conocida. El pago, ya sabe usted, es por adelantado.

Paul giró sobre sus talones y se encaminó hacia la calle bajo la asombrada mueca del dueño del hotel.

—¡Eh! —llamó—. ¿A dónde va usted?

—No tengo dinero —explicó Paul sobre su hombro. Y esperó un momento a que el hombre decidiera. Le vio mover la cabeza con pesimismo y cerrar el libro registro.

Colgó la llave. Paul comprendió que no se le concedía crédito.

—Lo siento —dijo el dueño del hotel.

Paul salió a la calle y anduvo sin rumbo fijo. Sentía cansancio, hambre, sed, sueño y en la cabeza caos de ideas atropelladas.

—Lo mejor será que busque un sitio donde descansar —se dijo con desaliento—. He de aclarar mis ideas... recuperar fuerzas...

En una esquina había un viejo tocando una bandolina. No era el tema «Harry Lime» lo que interpretaba, pero a Paul le pareció una música singularmente triste y nostálgica. Las farolas eran como erguidos centinelas formados en disciplinadas hileras. La gente parecía deambular con un aire de preocupación y ensimismamiento. Paul sintióse muy solo y desamparado en esta Viena desconocida, donde la muerte le acechaba desde cualquier esquina en forma de una ráfaga de ametralladora disparada, por los hombres del S.

S. Sus

errabundos pasos le condujeron a la estación Matzleinsdf.

Anduvo entre vagones de mercancías y de pasajeros. Finalmente se introdujo en un vagón de primera clase y se tumbó en uno de los cómodos y tapizados asientos. Sentía unos deseos absurdos de echarse a llorar. El hambre, el cansancio y el dolor de su cuerpo golpeado le torturaban, y en el alma sentía una desolación infinita

con una desesperación jamás experimentada. Aquella noche fue la más sombría de toda su vida.

CAPÍTULO V

«MUERTO Y ENTERRADO»

Al despertar encontróse ante un hombrecillo astroso y sucio que llevaba una mochila militar colgada a la espalda y un perro de raza indefinida atado a una soga.

—Soy Punch —le dijo aquel hombre—. Y le sonrió amistosamente.

Paul se incorporó del asiento y miró, todavía adormilado, al vagabundo y al perro.

—¿Tú, quién eres?

—Juan. Juan Fischer.

—Bien, camarada. No habrás desayunado.

—Daría mil dólares por un desayuno.

—¿Tienes los mil dólares?

—No.

—Bueno, yo tengo el desayuno. Te he estado mirando un rato mientras dormías. No pareces un vagabundo.

—Ahora no soy ni siquiera eso —refunfuñó Paul apartándose un mechón de broncos cabellos de sobre sus ojos—. Soy un cadáver en uso de licencia.

Punch rió, y al reír mostró una boca infantilmente desdentada.

—Tus ropas son buenas —comentó—. Tienes la cara llena de cardenales. ¿Quiénes fueron, ingleses, rusos, franceses, americanos... o austríacos? Quiero decir, los que te dejaron en ese estado.

Paul púsose en pie y fue a mirar por la ventanilla del vagón. El sol levantábase sobre la zona industrial ocupada por los soviets. Un desagradable vacío en el estómago le recordó que no había cenado y ni siquiera estaba seguro de haber comido.

—¿Dónde está ese desayuno de mil dólares? —preguntó volviéndose hacia Punch.

—Sígueme. Parece que tienes hambre. ¿Eh?

Mientras andaban a lo largo de las vías, Paul escuchó las pintorescas explicaciones de Punch.

—Hoy nos toca desayunar en la zona francesa, almorzar en la rusa y comer en la americana. Mañana desayunar en la inglesa, almorzar en la francesa y comer en la rusa. Así, todos los días, alternando el orden porque hay cuatro zonas de ocupación y me contento con hacer tres comidas al día. Podría hacer cuatro, una por zona, pero mi lema, es no abusar.

—¿No abusar, de qué?

—De los chicos rusos, americanos, ingleses y franchutes. Todos me dan de comer. Son simpáticos y amables, y a mí me gusta echar un párrafo con ellos.

—¿Pero vamos a comer a algún restaurante?

—Vamos a desayunar en el Cuartel de las Fuerzas de Ocupación francesas. ¡No digas que te humilla! A mí me avergüenza menos pedir a los extranjeros que a los compatriotas.

A Paul también lo humilló menos formar cola entre medio centenar de vagabundos, ante una humeante caldera de la cocina militar, y con un pote de hojalata en la mano, que mendigar unos mendrugos por las calles de Viena. Este modo de desayunar le hubiera parecido hasta pintoresco en otras circunstancias, pero no en las actuales.

—¿Qué tal el desayuno? —le preguntó Punch, cuando terminaron con las Sobras de los soldados franceses.

—Magnífico. Le debo mil dólares.

Más tarde, fumando un cigarrillo bajo los árboles reverdecidos de Landstrasse Guertl, Paul puso los papeles que llevaba en los bolsillos sobre sus rodillas y los fue examinando uno por uno. La certificación de sus esponsales con María Hellmer llamábale particularmente la atención.

—Prater sesenta —murmuró entre dientes leyendo el papel.

—Eso está a un paso de aquí —anunció Punch lanzando una bocanada de humo hacia las ramas.

Paul púsose en pie guardando los papeles.

—¿Querrás acompañarme? —preguntó.

—¡Naturalmente! Oye, ¿qué jaleo llevas entre manos? Tienes cara de miedo.

—Te aseguro que jamás he sentido tanto pánico como ahora —refunfuñó Paul echando a andar.

La calle Prater estaba relativamente cerca. El número 60 correspondía a un negocio de artículos de escritorio. Punch se quedó en la puerta mientras Paul inquiría a una joven que le salió al paso mirándole con recelo las ropas, manchadas de sangre en el cuello y en la solapa.

—¿María Hellmer? —murmuró la joven—. No, no vive aquí. Tampoco la conozco ni he hablado con nadie que se llamara así.

—Sin embargo —balbuceó Paul—, tengo la casi completa seguridad de que vive en esta casa.

—Pregunte en los pisos —le sugirió la joven.

Paul salió a la calle, entró en el portal inmediato y recorrió los tres pisos recibiendo la misma negativa. María Hellmer no habitaba allí. Nadie la conocía.

—Alguien me ha mentido —farfulló Paul más tarde bajo la mirada inquisitiva de Punch.

—¿Se puede saber a quién buscas?

—A mi mujer.

—¡Vamos, era eso! ¿Cuánto tiempo llevas casado?

—Dos días...

—¡Atiza! ¿Y ya se te ha fugado la mujer?

Paul lanzó una mirada fulminante sobre el hombrecillo.

—Ella declaró habitar aquí —dijo agriamente—. Así consta, cuanto menos, en el certificado de matrimonio. La he perdido accidentalmente...

—¿Accidentalmente? —Punch se encogió de hombros.

—En fin —refunfuñó Paul—, tengo algunas cosas que hacer en otras partes.

—Yo ninguna, en ninguna parte. Te acompaño.

Paul echó a andar y sacó la agenda.

—Parece que conoces bien la ciudad —dijo a su acompañante, que estaba luchando con su astroso perro—. ¿Sabes por dónde queda la calle Rudolf?

—¿La calle Rudolf... la calle Rudolf?... —murmuró Punch rascándose el duro cráneo—. Eso debe estar en la parte vieja, por

detrás de la catedral de San Esteban. Tuve mi puesto en la puerta de la catedral por algún tiempo y creo que esa calle está por allí.

—Pues andando.

—Espera —avisó Punch—. Eso queda bastante lejos. Tomaremos un tranvía.

Tomaron el tranvía, y Punch causó la desesperación del cobrador contando por centavos las monedas que iba sacando del nudo de un pañuelo, que el público miró con aprensión.

Media hora más tarde, la pareja se detenía ante una librería de viejo, sobre cuya muestra descolorida campeaba el nombre de José Lanner.

—Puede que haya jaleo ahí dentro —advirtió Paul—. No es necesario que entres.

—Entraré —sonrió Punch—. Si hay jaleo me gustará verlo.

Debía ser muy temprano para los clientes de la librería. Sólo un viejo de lengua barba estaba allí rebuscando entre las pilas de novelas que soportaban una larga y robusta mesa que ocupaba el centro del local. Al fondo había una puerta, y ante esta puerta un mostrador.

En cuanto Paul y su amigo entraron en la tienda, un joven pálido y de cabellos estoposos, color zanahoria, que se hallaba tras el mostrador, pareció dar un respingo y desapareció apresuradamente en la trastienda.

—Ése parece haberse asustado —anunció Punch.

Paul acababa de pensar lo mismo. Se precipitó hacia el fondo de la tienda, saltó ágilmente el mostrador apoyándose con una sola mano y entró en una habitación. El joven flaco del rostro pálido estaba marcando un número en el teléfono. Al ver a Paul dejó caer el tubo y alzó las manos, espantado.

—¡Por favor, señor Fisher,...! ¡No me pegue yo...!

Paul le dio un empujón y tomó el colgante tubo que se balanceaba al extremo del hilo telefónico.

—¿Quién llama? —preguntó, una voz por el auricular.

—¿Qué número es ése? —preguntó Paul conteniendo la respiración.

—¿Quién llama? —Volvieron a preguntarle.

—¿Qué número es ése? —insistió Paul. Y oyó colgar el aparato al otro extremo de la línea...

Furioso por su fracaso, Paul colgó a su vez el tubo y se volvió hacia el pelirrojo.

—¿Con quién te disponías a hablar? —le preguntó.

—Era... mi novia... ¡Se lo aseguro, iba a llamar a mi novia!

—¿Qué número?

—El

75-38-20

—respondió el joven sin vacilar.

Punch entró en la trastienda.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó.

—No dejes salir a éste —le ordenó Paul. Y marcó el número

75-38-20.

Una voz femenina, casi infantil, le respondió.

—¿No acabo de llamarle? —preguntó Paul—. ¿Por qué ha colgado?

—Nadie ha llamado —repuso la lejana mujer—. ¿Es Jacob...?

Paul colgó el tubo y se volvió hacia el pelirrojo.

—No era tu novia —aseguró entre dientes—. ¿Con quién te disponías a hablar?

El joven estaba amarillo. Retrocedió al avanzar Paul, hasta que sus espaldas se apoyaron en un estante de libros y no pudo continuar huyendo. La mano del agente cayó sobre la garganta inverosímilmente larga del aterrorizado joven, quien profirió un chillido de ratón.

—¿Te llamas Jacob? —interrogó Paul.

—Síííí...

—¿No es verdad que ibas a avisar a Lanner de mi llegada?

—¡No, se lo juro...!

Paul dio una bofetada a Jacob. El joven se echó a llorar. Temblaba de pies a cabeza y sus manos se asieron a la robusta muñeca de Paul, aunque no trató de quitarse la mano que le aferraba la garganta sobre la pronunciada nuez.

—Habla —le conminó Paul—. Habla o te rompo la cara. ¿Dónde está Lanner?

—¡No lo sé...! —sollozó el joven.

La mano izquierda del agente volvió a caer en un revés sobre los exangües labios de Jacob.

—Necesito charlar con Lanner. Tú vas a decirme dónde se

encuentra o... —La garra de Paul apretó más sobre la nuez del muchacho.

—¡Por favor, señor Fischer... le aseguro que no lo sé! —gimió.

—¿Qué número era ese que marcaste en el disco?

Jacob lloró silenciosamente. Paul le soltó, y cuando el infeliz iba a lanzar un suspiro de alivio, las manos abiertas del agente cayeron en dos rápidos y sonoros bofetones sobre su cara. Dos huellas rojizas quedaron sobre la tez descolorida de Jacob. Éste se dejó caer sobre una silla y se cubrió el rostro con las manos. Sus escuálidos hombros agitábanse espasmódicamente.

—No estoy por perder el tiempo contigo —aseguró Paul con voz amenazadora—. ¿Recuerdas cuando me vista la primera vez?

—Sí. Fue... el lunes, eso es, el lunes por la mañana.

—¿Estaba Lanner en la tienda? ¿Recuerdas si yo llevaba algo?

—Sí, señor. Lanner estaba en la trastienda traduciendo unas cartas. Usted entró, preguntó por él y yo le hice pasar aquí. Usted llevaba una cartera en las manos.

Paul palideció.

—¿Recuerdas cómo era esa cartera?

—Grande, de cuero negro y parecía nueva.

—¿Qué ocurrió entonces?

Jacob alzó sus ojos asombrados para mirar a Paul.

—¡Habla! —rugió éste alzando la mano. Jacob alzó las suyas instintivamente para cubrirse y declaró:

—Usted dejó la cartera sobre esa mesa, la abrió y sacó de ella algo parecido a un libro, sólo que estaba escrito a máquina y por una sola cara. Usted dio el libro a Lanner...

—¿Dónde estabas tú entonces?

—¿No lo recuerda? Yo estaba tras el mostrador y miraba hacia aquí. Usted me dijo: «vuelve la nariz hacia otro lado, chaval».

—¿Qué ocurrió?

—Lanner se puso a leer en el libro...

—¿Escuchaste lo que leía?

—A retazos. Un estudiante llegó a vendernos un libro de medicina y me distrajo. De todos modos, mal pude haber entendido nada, porque lo que hablaba Lanner era ruso.

—¡Ruso! —Paul palideció intensamente y buscó apoyo en la estantería repleta de libros.

—¿Pero qué berenjenal es éste, muchachos? —Gruñó Punch—. ¿Para qué preguntas al chico lo que estuviste haciendo? ¿Acaso tú no lo sabes?

Paul miró al atorrante con ojos turbios. Súbitamente se abalanzó sobre Jacob, le echó las manos al cuello, le alzó como una pluma y lo sacudió violentamente.

—¡Habla! —rugió como un poseído—. ¿Qué más ocurrió?

—¡Por favor... señor Fischer... me hace daño!

—¡Te romperé el alma si no vomitas todo cuanto sabes! Yo soy quién está preguntando. ¿Qué ocurrió después?

—Lanner me ordenó que saliera. Así lo hice. Salí a la calle y me entretuve hablando con un parroquiano. Les oía conversar a ustedes, aunque me fue imposible entender nuda. Lanner parecía excitado, usted salió y él detrás, proponiéndole algo.

—¿Qué era ello?

—Lanner hablaba de un negocio a medias. Usted respondió: «Si es un buen negocio para dos será un negocio doblemente bueno para uno solo». Y Lanner le siguió hasta la calle. Entonces llegó Julio...

—¿Es Julio un individuo de mediana edad, ojos árales y cabellos color ceniza?

—Sí, ése es Julio. Se quedó en la puerta y escuchó lo mismo que yo oía. Usted decía: «Gracias por su oferta, pero soy mayorcito y sé andar solo. Adiós».

—¿Y me largué?

—Sí, señor. Entonces Lanner se volvió hacia Julio y le ordenó seguirle.

—O sea, que Julio echó tras de mí.

—Sí.

Paul soltó a Jacob, miró a Punch y resolló con fuerza.

—Bien —dijo, volviéndose hacia Jacob—. Ahora mismo, antes de que tenga que abrirte la cabeza, ¿dónde está Lanner? Él te dio orden de que le avisaras si yo volvía por esta tienda. ¿No es verdad?

—Sí.

—¿Qué número de teléfono era ase?

—El...

77-02-03.

—¿Es el domicilio de Lanner?

—Pudiera ser. No lo sé, no sé donde vive. Sé que ése es su teléfono, pero jamás estuve en su casa.

—Está bien. Voy a comprobarlo. Mientras, búscame todos los periódicos atrasados desde ayer al sábado. Debes tenerlos.

—Sí, señor... sí, sí, señor —tartamudeó Jacob saliendo apresuradamente a la tienda.

Paul hizo una seña a Punch para que le vigilara, marcó en el disco del automático el

77-02-03

y esperó con el tubo pegado al oído.

Oyó el zumbido lejano. Luego, el sonido metálico de un aparato descolgado y una voz que le pareció reconocer.

—¡Hola! ¿Quién llama? —le preguntaron.

—Soy Juan Fischer. Necesito hablar con Lanner.

—¿Eres tú, chico? ¡Bien, yo soy Lanner! ¿Cómo te va?

—Bastante mejor de lo que te irán a ti las cosas el día que te deje de mis manos. ¿Dónde está la chica? —preguntó Paul.

—En lugar seguro. Puedes estar tranquilo —rió Lanner.

—Estoy «muy tranquilo» —recalcó Paul—. Veamos; ¿qué piensas hacer con ella?

—Tenerla conmigo hasta que entres en razón y quieras darme los papeles. Yo no tengo prisa, ¿sabes? La chica es muy bonita y me va gustando cada día más. Si esperas unos días, hasta es posible que no quiera cambiarla por tus sucios papeles.

—¿Sabes cuánto me dan por los «papelitos»? —preguntó Paul, disparando a ciegas.

—¿Cuánto... cuánto? —preguntó ansiosamente Lanner.

Paul se echó a reír, aunque su risa era totalmente forzada.

—Lanner —dijo—, no trates de engañarme. A ti lo único que te interesa son mis documentos. ¿Sabes ya dónde los puse?

—¡No, maldito seas, pero lo sabré más pronto o más tarde! ¡Escúchame, cabeza de adoquín; si mañana a esta misma hora no me has dado el libro aquel, le cortaré el cuello a tu chica!

—No me importa —aseguró Paul.

—¡Mientes, sí te importa! ¿A qué me has llamado ahora entonces? ¡Tú estás loco por ella... pero no volverás a abrazarla!

—No me importa —repitió Paul. Y colgó secamente el auricular.

Al volverse Se encontró con los ojos descoloridos de Jacob.

Tenía en las manos algunos periódicos atrasados. Punch estaba tras el mostrador atendiendo, hecho sonrisas, a una jovencita. Le dio un libro y se guardó el dinero en uno de sus deformados bolsillos.

Paul tomó los periódicos, aseguróse de que eran todos los salidos desde el sábado pasado y abandonó la librería de viejo con Punch y su apollado perro pisándole los talones.

—Que me pelen si sé qué te llevas entre zarpas —masculló el vagabundo rascándose su calvo cráneo—. ¿Quién es ese Lanner?

—El sujeto que tiene prisionera a mi mujer.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Punch, y miró a Paul guiñando un ojo—. ¿De modo que recién casados te la han quitado? ¡Vaya, hombre...! ¿Y eso te preocupa? Yo estuve diez años esperando a que alguien me raptara la mía. Visto que nadie la quería, simulé que me raptaban a mí y me fui de casa. No he vuelto más ni pienso volver... ¡Jay!

Paul sonrió, pese a la plomiza carga que pesaba sobre él.

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

—A la calle Heger. Pensión Aspang.

—¡Córcholis! —gritó Punch—. ¿Y ahora lo dices? ¡Estuvimos en la calle Heger... eso está la zona francesa...!

—Pues vamos allá.

—Bien, de todos modos nos viene de paso para ir a almorzar a los cuarteles de la zona rusa.

Tomaron un tranvía, pero apenas acababan de subir les obligaron a apearse por el otro lado. El aspecto poco decoroso y aseado de Punch ofendió a un cobrador mojigato. Con otro tranvía pasó lo mismo. Entonces se colgaron de la trasera de un camión militar francés que les dejó muy cerca de la estación Aspang, en cuyas inmediaciones estaba ubicada la calle Heger.

—Según se acercaban al número 80, Paul sentíase crecientemente intranquilo.

—¿Qué nueva sorpresa me espera ahí? —Se preguntó.

La sorpresa se la proporcionó a medias el dueño de la pensión.

—¡Hola, señor Fischer! ¿Pero de dónde sale usted? Estaba por avisar a la policía de su desaparición.

Paul miró de hito en hilo aquel rostro grasiento y desconocido. La pensión Aspang, que había tomado su nombre de la estación vecina, era de aspecto limpio y decente. Su dueño tendió unas

llaves a Paul.

—No hemos tocado nada de su habitación —informó—. ¿Y su señora esposa?

Paul miró confuso al hombre. Éste no le dio tiempo a buscar una excusa. Continuó:

—Unos hombres estuvieron aquí preguntando por usted.

—¿Por mí? ¿Podría describírmelos?

El hombre hizo una descripción que dejó a Paul con la mirada absorta. «Un señor alto, delgado, rubio y de ojos claros, azules o tal vez grises. Su acompañante era más joven, moreno, ojos verdes».

—Creo que eran extranjeros. Americanos tal vez —acabó el dueño de la pensión. Y siguió diciendo—: También estuvo aquí un hombrecillo menudo, calvo y vestido de negro con aires de judío.

—Ése era Lanner —se dijo Paul.

—Un chico trajo este paquete para usted.

Paul tomó un paquete que al tacto demostró ser una caja de cartón. En la pulcra envoltura estaba escrita su dirección; «Señor Juan Fischer. Pensión Aspang. Heger 80. Viena, zona francesa. Junto estación Aspang».

El agente aceptó las llaves que el dueño le tendía y echó a andar hacia la escalera. Punch le tocó en un brazo.

—Escucha, muchacho. Me parece que tú o yo estamos locos. ¿Por qué te encontré durmiendo en un vagón de la estación Matzlendsf si estabas alojado en este hotel?

—Lo ignoro —respondió Paul distraídamente.

—¡Ah, muy bien! Eres un bicho bastante raro.

—Sígueme.

—He de ir a almorzar.

—Terminamos en un momento. Luego iremos a almorzar.

—¡Diantre! ¿Pero vas a comer las sobras de los soldados rusos estando hospedado aquí?

—Tal vez encuentre dinero en mi habitación, pero si no es así, tendré que dejar esta pensión e irme contigo a los cuarteles.

Ascendieron las escaleras. Punch tirando de la sogá atada al pescuezo de su calamitoso perro, Paul sintiendo un miedo creciente a la sorpresa que podía depararle esta habitación, que según todas las apariencias había ocupado durante su amnesia y de la que nada recordaba. Un largo corredor con puertas a uno y otro lado se

ofreció ante la pareja. Colgaba un chapita de metal de la llave y gracias a ella encontró su aposento.

Paul abrió con el corazón encogido y entró en una alcoba de regulares dimensiones, en cuyo centro había una cama para dos. El más completo desorden reinaba allí. Los cajones de los muebles estaban fuera de su sitio, y las ropas que contuvieran, muy escasas, esparcidas por el suelo. También había un armario abierto de par en par, y frente a él tres maletas abiertas y vaciadas en el suelo. La cama estaba deshecha y el colchón lleno de agujeros, con la lana esparcida a vellones y las sábanas tiradas de cualquier forma.

Punch dejó escapar un largo silbido de asombro.

—Ve abajo y dile al dueño que suba —le ordenó Paul por encima del hombro. El viejo se fue tirando de su perro.

Paul anduvo por la habitación sin tocar nada. Se asomó al cuarto de baño. El botiquín tampoco había escapado al furioso registro de que parecía haber sido víctima la habitación, y la bañera estaba bastante apartada de la pared y de su sitio ordinario. Cuando Paul salió a la alcoba entraba el dueño de la pensión con las manos en la cabeza.

—¡Cielo santo! ¿Pero qué es esto? ¡Ay, mi mejor, colchón!

—Alguien estuvo aquí registrando esto —apuntó Paul—. ¿Cuándo se limpió este cuarto por última vez? ¿Fue antes de que aquellos hombres vinieran preguntando por mí?

—Sí, desde luego... hace dos días, antes de que vinieran preguntando por usted. ¡Señor mío! ¿Pero, qué buscaban aquí?

—Algo que tal vez no encontraron —murmuró Paul pensando en los documentos de Petiot, Y encarándose con el dueño de la pensión, le preguntó:

—¿Le hice a usted entrega de algo para que me lo guardara durante mi ausencia?

—Sí. Abajo lo tengo. Es un sobre con cinco mil dólares. ¿Cree que querían robarle ese dinero?

—¿No le di también una cartera de cuero bastante voluminosa?

—¡Cielos, no, señor! —exclamó el hombre atónito.

—¿Ni me vio usted con ella?

—Nunca. Vino usted con su maleta, solo. Antes de ayer volvió usted acompañado de una muchacha, que inscribió en el registro como su esposa. Traían dos maletas más... esa que ve ahí. ¿No es

verdad?

Paul asintió por pura fórmula. Inspeccionó la habitación. Al alzar entre sus dedos algunas prendas de mujer, halló debajo su pistola automática; es decir, la misma que le dio el Mayor Newman cuando se encaminaban hacia la cita con Petiot. Se la echó en un bolsillo, y puesto que tenía cinco mil dólares de fondos, ordenó al dueño que les prepararan el almuerzo. El hombre salió lamentándose.

—¿De modo que tienes cinco mil dólares? —refunfuñó Punch.

—Los llevaba conmigo cuando llegué a Viena. Creía que los había perdido, pero por fortuna fui lo bastante precavido para darlo a guardar al hotelero.

Punch movió la cabeza con pesimismo, lanzó un suspiro y se abanicó con los periódicos viejos. Paul abrió la caja. Dentro había dos trajes confeccionados a la medida y la correspondiente factura, que era igual a la de los vestidos de mujer.

—Bien —murmuró—, esto, al menos, me viene de perillas.

Empezó a cambiarse de ropa, mudándose también la camisa y la corbata. Punch le miraba hacer y se rascaba el duro cráneo con las enlutadas uñas.

Los periódicos viejos cayeron al suelo, y al inclinarse para alzarlos, lanzó una exclamación de asombro. Paul también miró atónito la primera plana, donde había una fotografía de él bajo grandes titulares que rezaban:

«DOBLE CRIMEN EN LA ZONA NORTEAMERICANA»

Inclinándose, Paul tomó el periódico y leyó en voz alta el pie de su propia fotografía:

«Juan Fischer, industrial austríaco que fue encontrado muerto en el interior de un automóvil que se estrelló violentamente contra un edificio de la Lerchenfelder. Parece ser que el automóvil pertenecía al Mayor A. D. Newman, oficial británico que apareció algunas manzanas, más abajo, muerto por varias puñaladas en el corazón».

Paul se dejó caer sobre el destrozado colchón.

—¡De modo —refunfuñó Punch—, que decías verdad! ¡Estás muerto, amigo... muerto y enterrado!

CAPÍTULO VI

PUNCH DETECTIVE

—¡Tonterías! —dijo Paul agitando el periódico—. No era mi cuerpo el que encontraron en el coche incendiado y los que han dado esta información lo saben perfectamente. Me estoy preguntando por qué publicaron mi fotografía, y creo que lo sé. Quisieron poner obstáculos en mi camino, hacerme imposible la estancia en Austria... y lo extraño es que el dueño de este hotel me admitiera sin llamarle la atención mi nombre.

—Tal vez no lea los periódicos —apuntó Punch—, incluso es muy posible que sea analfabeto...

Paul le lanzó una mirada asoladora.

—Yo tampoco leo los periódicos —siguió diciendo Punch, dando un puntapié a su perro, que estaba arañando la alfombra—. ¿Para qué? A los austríacos nada nos importa lo que hacen ingleses, rusos, americanos y franceses. Lo único que queremos es que se larguen pronto de aquí y nos dejen solos. Desde la ocupación no hay un solo día sin tres o cuatro asesinatos. Políticos, policías, espías, bandidos y raptos, «estraperlistas» y demás calaña, andan a tiros por las diversas zonas de Viena. ¿Qué nos importa a nosotros esos crímenes de gentes que no conocemos o que aborrecemos la mayoría de las veces?

—Esa explicación me satisface más —dijo Paul—. Es posible, en efecto, que el patrón echara un vistazo superficial sobre estos periódicos y ni se fijara en mi nombre.

—¡Pues claro! Y, bien, ¿esperabas encontrar esta noticia en los diarios?

—Buscaba otra cosa. Una información sobre un «taxi» que debió ser abandonado con algunas averías en la zona rusa. Me interesa

sobremanera saber en qué punto fue hallado ese coche. Vamos, ayúdame a buscar por las páginas.

Punch y Paul leyeron todos los titulares. Nada se decía allí de un «taxi» robado ni abandonado.

—Pues hemos de encontrarlo —refunfuñó Paul—. Ese taxi es la única pista que tengo para saber sobre poco o menos en qué barrio me metí y en qué casa me dieron un trastazo en la cabeza. Lanner busca los documentos... hay otros individuos que también los buscan. Yo llevaba la carleta al perder el sentido por primera vez. Si alguien sabe qué hice de ella, ese alguien fue la persona que me golpeó en una habitación de cierta calle de la zona de ocupación rusa. ¿Comprendido?

—¡Nada! —aseguró Punch—. ¿Cómo he de comprender esa sarta de disparates? ¿Qué cartera es ésa, quién es Lanner, dónde está tu mujer, por qué te buscan, qué andas buscando tú? Son demasiadas cosas para un caletre como el mío. Me falta hacer gimnasia mental. Si tú me explicaras el asunto...

—Tendrás que ayudarme sin la explicación. No puedo decir más.

—¡Pues vaya una cosa!

—Punch —dijo Paul gravemente—. Vas a hacer de detective. ¿Te importa?

—Me entusiasma —farfulló Punch con acento nada entusiástico—. Detective es, quizá la única profesión que no he ejercido.

—Te pondrás unas ropas más decentes... más limpias al menos, y te dedicarás a la búsqueda de un taxi amarillo que fue robado a su dueño en la noche del pasado sábado, a pocos metros del lugar donde fue encontrado mí «cadáver». Esa calle es la Lerchenfelder, el periódico lo pone bien claro. Irás a todas las paradas de taxi más cercanas y preguntarás. Los taxistas suelen conocerse unos a otros. Por lo menos, es probable que más de uno esté enterado del robo perpetrado en el automóvil de un compañero.

—¿Y si lo encuentro?

—Si lo encuentras necesito saber dónde se recuperó el taxi. Yo iré, mientras, preguntando en los hospitales y sanatorios. El dueño del coche fue despedido con alguna brusquedad y es posible que quedara descalabrado. Si fue así no dejaré de encontrarle en algún sanatorio con una venda en cabeza... Recuérdalo, era un taxi amarillo.

Punch asintió con la cabeza, aunque nada convencido. Después de almorzar, cosa que hicieron apresuradamente, se encaminaron en busca de una ropería. Paul había tomado algún dinero del que le guardaba el dueño de la pensión, y Punch dejó a su perro atado por una pata a la bañera de la habitación. Adquirieron algunas ropas para el viejo y quedaron de acuerdo en que ambos llamarían al teléfono de la pensión para dar sus informes. Separáronse frente al Palacio de la Opera. Punch marchó en busca de las paradas de taxi que conocía —y las conocía todas—, y Paul se metió en la cabina de un teléfono público, desde el que estuvo efectuando llamadas a todos los hospitales, casas de socorro y sanatorios que encontró en el listín. También llamó a la central de Teléfonos para que le informaran de la ubicación del teléfono

77 02 03,

desde el cual le hablara Lanner aquella mañana.

La pista del chofer del taxi robado la encontró muy pronto en la casa de socorro de la calle Blinden, cruce con la calle Lerchenfelder. En la noche del sábado fue atendido un chofer de taxi que presentaba un corte en la cabeza. Se le había registrado con el nombre de Hans Wietand. Lelebor, 70, 2A.

Apenas acababa de colgar el tubo sonó el teléfono. Era la respuesta de la Central. El teléfono

77 02 03

estaba ubicado en la calle Rudolf número 15.

—Gracias —dijo Paul. Y colgó.

—Así —murmuró—, que resulta que tuve a Lanner a dos pasos de mí esta mañana. Debí figurármelo. Con toda seguridad, ese rufián habita en el piso de arriba de su tienda... y yo creí que estaba muy lejos.

Pensó entonces que, si Lanner estaba observándole desde su ventana cuando él abandonó la librería de lance, seguramente habíale venido siguiendo todo el día.

Así pudo comprobarlo a poco. Un hombre paseaba arriba y abajo de la cabina pública, deteniéndose ante los escaparates y mirando de vez en cuando hacia Paul. El agente no podía asegurar que fuera éste un perseguidor. Salió de la cabina y echó a andar despreocupadamente. Tomó un tranvía y vio con satisfacción que el hombre aquel hacia lo mismo. Era un tipo alto y con la cara picada

de viruela.

—Demasiado identificable para persecutor —pensó Paul. Y meditó una forma de capturarlo.

Se apeó, y el hombre detrás. La ocasión se le ofreció en la estación Aspang. Paul se metió por entre los vagones de mercancías, dobló un almacén y se ocultó tras una pila de cajas. El espía llegó rápidamente y asomó la cabeza por la esquina con precaución. Parecía desorientado y pasó ante el escondite de Paul.

—¡Manos arriba, buen mozo! —gritó Paul saltando a espaldas de su perseguidor y apoyando el cañón de su pistola en los riñones.

—¡Oiga! ¿Qué demonios quiere usted? —preguntó el espía.

—Hemos de charlar despacio. Adelante: y cuidado con lo que se hace con las manos.

Paul cacheó rápidamente a su prisionero y le intervino un revólver de cañón aserrado.

—Ahora ponga las manos en los bolsillos y eche a andar. Yo iré a su lado apuntándole con mi pistola desde el bolsillo. Al menor movimiento lo dejo patas arriba.

El hombre profirió un gruñido y echó a andar. No hablaron en el trayecto desde la estación a la calle Heger. Al entrar en la pensión el dueño de ella avisó a Paul:

—Hay un perro en su habitación, señor Fischer. El perro está aullando y eso es malo para mi clientela. Vea lo que hace con él.

—Yo le haré callar —sonrió Paul empujando a su prisionero hacia la escalera—. ¿No ha recibido una llamada para mí?

—Sí, me olvidaba. Su amigo, el de la ropa sucia y la cabeza calva, ha estado llamando y preguntando si usted había vuelto. Dejó el recado de que «ya lo tenía».

—Bien. Cuando vuelva a llamar dígame que no se retire del aparato y deme un grito para que baje yo...

Paul entró en su habitación, empujó al hombre de la cara picada y cerró a sus espaldas.

—Y bien, amiguito. Ahora vas a decirme quién te mandó seguir mis pasos.

—Yo no lo seguía.

La culata de la pistola de Paul cayó con fuerza sobre la sien del hombre, que retrocedió lanzando un rugido de dolor.

—Ése es mi modo de charlar —avisó Paul—. Tendrás más golpes

si te empeñas en mentirme. Tú me seguías. Lanner te mandó. ¿No es cierto? ¡Habla!

—¿Para qué pregunta si lo sabe? Sí, Lanner me mandó seguirle.

—¿Vive Lanner arriba de su tienda de libros viejos?

—Sí.

—¿Tenéis allí a la chica?

—No sé a qué chica se refiere.

El puño de Paul golpeó en la barbilla del hombre, que cayó contra la pared. Luego, un puñetazo en el estómago le hizo doblarse, y entonces encajó un formidable gancho, que le dejó medio atontado y sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta.

—¡Levántate! —ordenó Paul—. ¿Dónde está la chica?

—No lo sé...

Paul alzó la pierna con rapidez. La puntera de su zapato chocó con la barbilla del hombre, que fue levantado un pie del suelo. Alguien llamó entonces en las maderas desde afuera. Era el dueño de la casa, quien dijo:

—Señor Fischer, su amigo está esperando al teléfono.

—Voy al momento.

Se oyeron los pasos del hotelero por el corredor. Paul ordenó a su prisionero entrar en el cuarto de baño. Allí desató al perro y ató con la misma soga al hombre, dejándole dentro de la bañera. Abrió el grifo del agua fría, y mientras se llenaba la pila, Paul salió diciendo:

—La humedad te hará bien. Hasta puede que te refresque la memoria. Volveré enseguida... y ten preparada una respuesta para entonces.

El agente del S. S. bajó al vestíbulo. Tomó el teléfono. Punch parecía excitado.

—¡Ya lo pesqué! He encontrado la parada del taxi, pero el coche está en reparación. Todavía no averigüé dónde vive el taxista, pero voy a hablar con otro que lo sabe.

—Déjalo. Yo sé ya donde vive —dijo Paul—. Él se llama Hans Wietand y vive en el 70, segunda puerta, de la calle Lelebor. Vete a su casa, habla con él y pregúntale en qué calle de la zona rusa fue recogido su automóvil. No le hables de mí, dale cualquier excusa y acude aquí enseguida.

Punch tardó una hora larga en volver. Entró, acarició a su perro y se dejó caer sobre la cama.

—¡Uf! —suspiró—. La faena de detective tiene sus más y sus menos. Uno se entera de muchas cosas curiosas, pero toda la gente responde a sus preguntas de mala manera.

—En resumen —atajó Paul—. ¿Dónde fue recuperado el taxi de Hans Wietand?

—En Grune Thor, en la zona de ocupación rusa.

—Es cuanto necesitaba saber.

—Oye, Juan —llamó Punch—. ¿Eres tú el tío que lanzó a Hans de su coche y se lo dejó estropeado en Grune Thor?

—Sí.

—Pues, amigo, guárdate de caer en las manos de Hans porque te arranca el cuero cabelludo. Su boca vomita sapos, culebras y demás bichos, contra el hombre que le quitó el coche y le tiró a la calle. Lleva un buen chirlo en la cabeza.

—Tenemos un huésped —dijo Paul. Y llamando a Punch le mostró su prisionero.

El hombre estaba con el agua hasta la barbilla y tiritaba de frío. Sus dientes castañeaban al rogar:

—¡Sáquenme de aquí... no sé nada...! ¡Brrrrrrrrr!

Paul explicó a Punch quién era el sujeto, y acabó diciendo:

—Tú vas a quedarte a su cuidado. Deja que se ablande estando en remojo, a menos que te diga donde está María Hellmer y lo diga con acento de verdad.

—El problema —refunfuñó Punch—, es saber cómo calificarías tú el «acento» de verdad. ¿Dónde vas?

—Voy a la zona rusa.

—El profeta te proteja, hijo. Si vas a la zona rusa puede que no vuelva a verte.

—Volveré pronto... es decir, así lo espero. Coma y bebe, pero no des nada a nuestro huésped.

—¿De beber tampoco? —preguntó Punch con gran seriedad.

Paul salió a la calle, detuvo a un taxi que pasaba y se hizo llevar hasta el límite de la zona de ocupación francesa. Para pasar a la zona rusa, Paul tuvo que ascender los cuatro pisos de un edificio «fronterizo» y efectuar una arriesgada excursión por los tejados de las casas hasta llegar a una terraza, descender por otra escalera a la

calle y buscar el lugar donde abandonó el taxi en la noche del sábado.

Encontró sin dificultad la calle Grune Thor, pero él había corrido un buen rato por los tejados antes de descolgarse a cierto jardín que recordaba confusamente. Las calles, claro está, ofrecían una fisonomía completamente distinta a la que Paul recordaba. De noche, un barrio desconocido que sólo se ha recorrido una vez acuciado por unos perseguidores que tiran a matar, presenta un aspecto mucho más sombrío que unas calles llenas de gente y de luz natural. Vagabundeo dando vueltas alrededor de la manzana de casas donde estaba aquella que le sirvió para trepar hasta las azoteas, y desesperaba encontrar el jardín cuando se dio de manos en boca con una plazoleta en medio de la cual había una fuente con unos chiquillos jugando a su alrededor.

A partir de aquí ya todo fue más fácil. Andando despacio junto a los portales. Paul midió con los ojos la distancia que le separaba de la esquina donde viera aparecer a dos policías algunas noches antes. Se detuvo ante una puerta, que tenía la ventana entreabierta al alcance de cualquiera situado en la calle.

—Aquí es —se dijo—. Por esa ventana entré la noche del sábado. ¿Quién vivirá en esta casa?

Llamó a la puerta. Ésta se abrió, y un hombre, de regular estatura; ancho de hombros Y de cabellos grises, le lanzó una mirada de estupefacción.

—¡Ah! —exclamó. ¿De modo que eres tú? Pasa...

Paul entró. El hombre lanzó un resoplido, cerró la puerta de un puntapié y echó sus fuertes manos a la garganta de Paul.

—¡Maldito del demonio! —rugió zarandeándole—. ¿De modo que has tenido la desfachatez de volver? ¡Bien... pues peor para ti!

Un puño de cíclope cayó con fuerza sobre la oreja de Paul. Las manos le soltaron y el joven fue dando traspiés hasta el pie de una escalera. Se volvió con rapidez.

—¿Dónde está ella? —preguntó el hombre con voz de trueno.

—¿Ella... quién? —balbuceó Paul.

—Mi hija. ¿Dónde has dejado a María? ¿Qué hiciste con ella?

Paul alzó las manos y esquivó un demoledor puñetazo, que le rozó el caballete de la nariz arrancándole un pedazo de piel. Alejó de sí a su contrincante disparándole a su vez un puñetazo en el

pecho.

El hombre retrocedió, resolló con fuerza por la nariz y se lanzó como un ariete contra el agente secreto.

—¡Escuche...! —propuso Paul.

El hombre cayó sobre él, rompió su guardia y le atenazó por la garganta. Paul alzó la rodilla y descargó un golpe en la ingle de su atacante.

—¡Ah, maldito traidor! —rugió éste.

Paul descargó un demoledor gancho bajo la cuadrada barbilla del hombre que retrocedió y cayó de espaldas al suelo. Alguien gritó desde arriba de la escalera.

—¡Papá!

Paul miró hacia arriba y se encontró con la seductora perspectiva de un par de torneadas rodillas, que formaban parte, de unas primorosas piernas, las que, a su vez, sustentaban las armónicas formas de una muchacha rubia, que bajaba corriendo la escalera. En un principio Paul creyó estar ante María Hellmer, mas pronto se dio cuenta de que no era su «esposa». Esta muchacha era algo más alta, y con toda seguridad contaba un par de años más.

—¡Juan! —exclamó la joven viendo a Paul—. ¿Pero qué estáis haciendo?

CAPÍTULO VII

SE LEVANTA UNA PUNTA DEL TELÓN

Paul no tuvo tiempo de responder. Mientras miraba atónito a la hermosa joven, el que parecía ser su suegro habíase puesto en pie y volvía al ataque con la furia impetuosa de un león. Le lanzó un directo el agente, pero el hombre lo esquivó y consiguió colocar su enorme puño a través, de la guardia de Paul. El joven sintió como si acabara de cocearle una mula y se tambaleó. Un segundo puñetazo sobre el corazón le hizo palidecer, y un tercero lo tumbó en el suelo.

No cabía duda de que el hombre sabía pelear. Se arrojó sobre Paul y sentóse a horcajadas sobre su estómago, Paul levantó las piernas, atrapó con una tijera la cabeza de su suegro y le hizo dar una voltereta. La muchacha chilló y acabó de bajar las escaleras.

Paul, entrenado, largamente en la escuela de lucha libre, asió el brazo de su contrincante, lo puso sobre su hombro y, levantándolo en vilo, lo tiró de espaldas contra el suelo donde se produjo un ruido sordo. Paul tomó entonces asiento sobre el estómago de su suegro, miró a la aterrorizada muchacha y dijo:

—Bien, ahora podemos hablar tranquilamente.

—¡Granuja! —pronunció entrecortadamente el vencido.

—¿Quién es usted? —preguntó Paul a la muchacha.

—Ol... Olga... ¿A qué viene esto?

—Viene a cuenta de que tengo que aclarar algunos puntos nebulosos de mi memoria.

El hombre hizo un esfuerzo por levantarse. La mano abierta de Paul cayó de canto sobre el cuello hercúleo de su víctima, que quedó medio atontado y respirando con dificultad.

—¡Levántate! —chilló Olga—. ¡Deja a mi padre!

—Despacio —aconsejó Paul sin moverse—. En primer lugar, ¿es usted hermana de María Hellmer?

—¡Oh, qué desfachatez...! ¿Y me lo preguntas?

—Lo pregunto, claro está. ¿Es o no es?

—Sí, y bien lo sabes.

—Entonces, este señor es mi respetable suegro. ¿No es cierto?

—¡Sinvergüenza... seductor de muchachas...! —rugió el hombre haciendo otro esfuerzo por sacudirse el peso de Paul.

El joven se puso en pie y fue a apoyarse en la columna de la escalera. Olga retrocedió un paso.

—No voy a hacerle nada —aseguró Paul—. Sólo quiero que entre usted y su padre aporten alguna luz sobre mis movimientos de los cuatro días últimos. Yo entré en esta casa el sábado. Venía huyendo de la policía, me colé por una ventana abierta y entonces recibí un golpe en la cabeza. ¿Quién me pegó?

—Yo fui —declaró el padre de Olga, poniéndose en pie con el auxilio de una silla—. Y volveré a darte otro así...

—¿Por qué me golpeó? Perdí la memoria entonces y la recobré ayer tarde en las circunstancias más fantásticas de mi vida. Había desaparecido cierta cartera mía, unos hombres me interrogaban y llegó una muchacha llamada María, a la que nunca había visto hasta entonces y que parece ser mi legítima esposa.

—¡Quiero verlo! —gritó el hombre avanzando hacia Paul.

—Estese quieto donde está —le recomendó Paul— o le romperé la cabeza. ¿Qué es lo que quiere ver?

—Eso. Demuéstrame que te has casado con mi hija María.

Paul sacó de su bolsillo el certificado de matrimonio y lo tendió a su suegro. Éste lo tomó con brusquedad y lo leyó. Olga fue también a leerlo sobre el hombro de su padre. El contenido del papel pareció satisfacer especialmente al hombre, pues exhaló un suspiro de alivio y se guardó el papel en un bolsillo.

—Bien —dijo—. Parece que es verdad. ¿Dónde has dejado a María?

—No lo sé, pero espero saberlo hoy mismo y rescatarla. Por lo pronto necesito saber algo urgentemente. Cuando usted me golpeó yo llevaba una cartera de cuero negro nueva. ¿Dónde está?

—¿Es verdad, entonces, que perdiste la memoria con el golpe que te di? —preguntó el padre de María mirando al joven con

recelo.

—Sí. ¿Dónde está esa cartera?

—¿No recuerdas nada desde el sábado por la noche?

—No. ¿Qué hizo de mi cartera? —insistió Paul.

—Parece que vamos a tener que hablar despacio —gruñó el hombre—. Bien; escucha. Olga tiene un novio ruso. Aborrezco a los rusos. Estuve en la campaña de Rusia, fui prisionero y guardo de esos dos años muy mala memoria. Ésta, Olga, parece emperrada en el teniente ruso...

—¡Es un buen muchacho! —chilló Olga—. ¡Y me quiere! ¡Yo también le quiero y me casaré con él!

—¡Cállate! —rugió su padre alzando el puño, ante el que retrocedió la muchacha, asustada. Luego, volviéndose hacia Paul prosiguió:

—Yo no tengo nada contra el chico. Parece honrado y es simpático, pero es ruso.

—¡Es un hombre estupendo! —gritó Olga.

Sin hacerle caso su padre continuó:

—No me opondría a que se casara si el matrimonio soviético fuera algo decente y respetable. Ese muchacho quiere llevarse a mi hija según sus leyes, lo que quiere decir que puede dejarla abandonada cuando le dé la gana. En Rusia, basta que una de las partes manifieste ante la oficina que les casó su voluntad de divorciarse para que le sea concedida la separación sin más impedimentos. ¡Y por eso no paso!

Olga, abrió la boca para decir algo, pero su padre la atajó con un ademán.

—Como conozco a mi hija y conozco la forma de ser de los rusos —prosiguió diciendo—, he decidido tener a Olga incomunicada. El oficial charlaba con ella por la ventana. Les espí una noche y supe que Olga pretendía fugarse con su novio. La noche elegida fue la del sábado. Así, puse a Olga en la habitación de María y esperé con un garrote tras la ventana abierta. Llegó alguien. Un hombre saltó por la ventana y yo le di un bastonazo. Resultó que no era el ruso, sino que eras tú...

—¡Vaya! —Gruñó Paul acariciándose la nuca, como si todavía te doliera el garrotazo.

—Encendí las luces y vi que me había equivocado. Entonces

entraron María y Olga. Tú estabas sin sentido y nos llevamos un susto mayúsculo creyendo que te había matado.

—¿Y la cartera? —preguntó Paul.

—Eso fue lo chocante. La cartera fue a parar bajo una butaca y no la vimos hasta unas horas más tarde. Entonces, tú te habías marchado ya.

—Explíqueme eso —rogó Paul.

—Recobraste el sentido al cabo de tres horas y asegurabas no recordar nada de tu pasado... ¡ni siquiera tu nombre! Bueno, sacamos los papeles de tus bolsillos y supimos que le llamabas Juan Fisher y no sé qué más. Tú, y nosotros, creímos que ése era tu nombre y que procedías de otra zona de Viena, de la americana. Por la calle andaba la policía soviética buscando a alguien. Decidimos sacarte inmediatamente de la zona rusa y yo mismo te acompañé por las cloacas hasta la americana. Entre tus papeles había una factura del hotel... Alserbarch. Tú, manifestaste que te dirigías a ese hotel para inquirir sobre tu propia personalidad.

—¿Pero qué ocurrió con mi cartera? —preguntó Paul exasperado.

—Al volver a casa María y Olga habían encontrado la cartera. Estaba cerrada con llave y tenía unos sellos de lacre con una contraseña muy rara. Pensamos en devolvértela. María fue el domingo a la zona americana y te buscó en el hotel Alserbarch.

—¿Llevaba ella la cartera?

—No. Los americanos, como los rusos, registran a todos los que pasan de una zona a otra. La cartera podía contener algo que nos comprometiera. Fue María para decirte que vinieras tú mismo a recogerla.

—¿Y vine?

—Sí... por la noche. María regresó entonces contigo. Estuvisteis todo el domingo juntos, comiendo en la zona internacional y asistiendo a una sesión de cine... Bien, parecíais muy contentos.

—María me confesó que estaba enamorándose de ti —añadió Olga.

—Tú te llevaste la cartera —prosiguió el padre—. Volviste aquí el lunes por la tarde.

—¿Con la cartera?

—Sin ella. María se fue contigo y regresó muy tarde. Volvió a la

zona americana el martes. A mí, exceptuando aquella historia de que habías perdido la memoria, me pareciste sincero y un buen muchacho. Llevabas ropa buena y bien cortada y más de cinco mil dólares en los bolsillos cuando te registramos aquí. Tus documentos decían que eras industrial, me pareciste un buen partido para María y no me opuse a que ella volviera a verte. Le recomendé que fuera precavida, de todos modos, y que no se confiara demasiado. Yo comprendí que ella te quería y que si se lo proponías cometería todas las insensateces que tú quisieras. María me prometió ser prudente y no tomar una decisión importante sin mi consejo. En esta confianza la dejé marchar. No volvió a casa el martes por la noche, ni tampoco el miércoles. Me figuré que finalmente la habías seducido y engañado, temí lo peor y, desde luego, estaba seguro que se había ido contigo sin haberos casado como Dios manda. Me alegra saber que estáis casados, pero ¿dónde está ella ahora?

Paul se apoyó de espaldas en la columna de la escalera y cerró los ojos. Sentía una mortal desesperación. El misterio de la personalidad de María, cómo la conoció y llegó a casarse con ella, estaba resuelto, pero el paradero de los documentos de Petiot y que él debía de llevar a Londres seguía ignoto.

—Señor —dijo con voz grave—, todo este asunto tan embrollado gira alrededor de aquella maldita cartera de cuero. ¡Necesito encontrarla!

El señor Hellmer abrió los brazos y alzó los hombros en ademán de impotencia. Paul le miró. Miró también a la silenciosa Olga con mirada turbia de lágrimas de desesperación y, lanzando un resoplido, se encaminó resueltamente hacia la puerta.

—¡Eh, muchacho! —llamó el señor Hellmer—. ¿A dónde vas?

Paul cerró la puerta a sus espaldas sin responder.

CAPÍTULO VIII

PAUL SALDA UNA CUENTA

En el momento de entrar en su habitación de la pensión Aspang, Paul sentía el ánimo deprimido y unos deseos imperiosos de romperle el alma a alguien.

Su propósito era apretarle la garganta al prisionero hasta que confesara dónde tenía Lanner a María Hellmer. Pero apenas entró pudo asegurarse de que no iba a ser necesario llegar a grandes extremos.

Las ropas seguían en desorden sobre la cama, y por todo el suelo de la habitación había huellas húmedas de las patas del perro de Punch. Punch en persona se asomó a la puerta del cuarto de baño. Llevaba los pantalones arremangados y parecía muy apurado.

—Entra —le dijo—. Este tipo está diciendo cosas, pero no llego a distinguir si lo dice con «acento» de verdad o de mentira.

Paul entró en el cuarto de baño. Todo el suelo estaba inundado, y cierta cantidad de barro indicaba las idas y venidas de Punch y de su perro sarnoso. El prisionero estaba metido en la bañera con agua hasta el cuello. El grifo del agua fría continuaba abierto y el infeliz prisionero castañeteaba los dientes y murmuraba con los ojos cerrados:

—La chica está en un almacén de Wahringer... la chica está en un almacén de Wahringer... la chica está en un almacén de Wahringer...

—¿Te parece que su «acento» es de verdad? —preguntó Punch.

El hombre del baño abrió los ojos y los fijó, llenos de lágrimas, en Paul. Tenía morada la cura y los labios negros. Tiritaba de tal forma que daba lástima verlo.

—¡Por favor... señor! —gimió castañeteando los dientes—.

¡Sáqueme de aquí... este baño me será fatal... padezco de una bronquitis crónica y pescaré una pul... pul... pulmonía...!

—¿Dónde está la chica?

—En un almacén de Wahringer... Lanner la tiene allí.

—¿Por qué?

—Ese almacén... es... lo utilizamos... para guardar las mercancías. Lanner trafica en... muchas cosas... contrabando... ¡Sáqueme de aquí!

—Creo que dice la verdad —dijo Paul volviéndose hacia Punch—. Vamos a sacar a este tipejo. Él nos acompañará a Wahringer y, ¡le arrancaremos ojos si nos ha mentido!

El prisionero dijo que sí, sacudiendo la cabeza. Evidentemente, para él lo primero y principal era que le sacaran del baño. Se le sacó y le llevaron a la alcoba, donde Paul le cortó las cuerdas.

—Punch —dijo al vagabundo—. Mientras éste se pone ropa seca, vete abajo y llama a la parada de taxis de la estación. Que venga un coche a buscarnos.

Punch se fue abajo. El prisionero se desnudó, secóse el tembloroso cuerpo con un par de sábanas de la cama y Paul le señaló con el ceño fruncido las ropas esparcidas. El hombre, todavía temblando, se las puso. Luego vistió el traje que se quitara horas antes Paul. Para entonces ya había vuelto Punch. Un taxi se detuvo ante la pensión y llamó con la bocina. Paul entregó al viejo la pistola intervenida, al hombre de la cara picada y, empujando por delante a éste, llegaron a la calle y subieron al taxi.

Detuviéronse un momento para comprar una botella de «whisky», pues el prisionero parecía que jamás, mientras viviera, dejaría, de temblar, e incluso que no iba a vivir mucho.

El taxi les dejó en las afueras de Viena, en la zona de ocupación americana. La iluminación era muy escasa en aquellas soledades, y sólo una bombilla colgada de la esquina de un almacén alumbraba los montones de escombros. Se veían las sombras alargadas de los cipreses de un cementerio sobre una tapia blanca. El lugar estaba tranquilo. El hombre de Lanner les llevó hasta la puerta trasera de un almacén.

—Atiende —le dijo Paul tocándole en un hombro—. Ahora puede ocurrir que nos hayas engañado y no haya nadie ahí dentro. Puede que des un grito avisando a Lanner, pero en una cualquiera

de las dos formas te quedarás aquí difunto, con un cargador en el estómago. ¿Comprendido?

El hombre parecía entonado con la media botella de «*whisky*» ingerida y asintió. Tomó un pedazo de ladrillo y golpeó en la puerta de una forma, especial, haciendo una corta pausa, y repitiendo la llamada. Hubo un silencio denso, durante el que nadie habló. Finalmente, se oyeron ruidos dentro y una voz preguntó en alemán:

—¿Quién va?

—Soy yo... Makart.

Sonaron cerrojos. Paul dejó caer la culata de su pistola sobre la nuca de Makart.

—Gracias —murmuró entre dientes mientras el hombre se derrumbaba en el suelo sin sentido.

La puerta se entreabrió. Antes que acabara de abrirse por completo, Paul cargó sobre ella con el brazo doblado sobre el costado y cayó dentro con la fuerza de una bala de cañón. En el almacén había luz, y Julio miró a Paul y a Punch lanzando una exclamación de asombro.

—¡Hola, amiguito! —Gruñó Paul. Y disparó un certero directo contra la mandíbula del bandido.

Sonó un crujido. Julio salió proyectado de espaldas y quedó medio atontado junto a una caja. Antes de que pudiera comprender lo que ocurría, la garra del agente le atenazó el cuello y se lo apretó. Julio sacó un palmo de lengua y profirió un gorgorito extraño.

—¡Habla! —susurró Paul acercando su faz a la sofocada de Julio—. ¡Habla o te estrangulo! ¿Dónde está la chica?

Los ojos saltones de Julio señalaron hacia el interior, atestado de cajones que habían dejado un corredor por el centro del tinglado. La mano abierta de Paul cayó de canto sobre el cuello de Julio. El «gangster» se desplomó al suelo sin proferir un gemido.

—¡Demonio! —exclamó Punch acariciándose el cuello—. ¿Dónde aprendiste a pegar tan duro, muchacho?

Por toda respuesta, Paul echó a andar por entre las pilas de cajas. Ésta era la parte trasera del almacén. Los cajones sólo ocupaban un tercio del local. El resto estaba desierto. Una bombilla de gran voltaje pendía de los cuchillos que soportaban las planchas del techo. Frente a Paul, al otro lado del espacio polvoriento, donde

sólo había algunas diseminadas filas de sacos vacíos, estaba la amplia puerta cochera principal. Junto a esta puerta se veía un cuarto que debió ser utilizado como oficina. Tenía un ancho ventanal apaisado que caía sobre el almacén, pero estaba cubierto con una especie de cortina de sacos. La puerta estaba entreabierta y por ella salía un rayo de luz.

Con silenciosos pasos, Paul se acercó a la puerta, empuñó la pistola y entró de un salto. Pedro, el gigantesco rufián que golpeará en el pecho a María la noche anterior lanzó una exclamación de sorpresa y se puso en pie. La silla que ocupaba frente a una mesa, sobre la que había algunos naipes esparcidos y una botella con un par de vasos, cayó al suelo produciendo un seco ruido. En el fondo del cuarto se veía un camastro, y en él alguien que rebulló y se incorporó a medias lanzando un grito de alegría.

—¡Juan!

Pedro inició un movimiento de abalanzarse sobre Paul.



Pedro inició un movimiento de abalanzarse sobre Paul.

—¡Quieto! —le avisó el agente—. ¡Estoy apenas aguantándome las ganas de darle al gatillo!

Pedro quedó inmóvil con las manos pendientes a sus costados. Punch entró empuñando su revólver de cañón aserrado y señaló a María, que estaba haciendo esfuerzos por saltar al suelo:

—¿Es esa tu mujer, Juan? —preguntó.

—Sí. Desátala.

Paul y Pedro se miraron de hito en hito.

—He venido por la chica —informó Paul—. Y a cobrar una deuda. ¿Dónde está esa rata de Lanner?

—Búscalo si te interesa —gruñó Pedro.

Punch cruzó la habitación, se metió el revólver en un bolsillo y empezó a desatar a María. Pedro estaba en mangas de camisa. Por la abertura del bolsillo trasero de su pantalón asomaba la culata de una pistola. Paul alargó la mano para desarmarlo. Entonces, Pedro, salió de su inmovilidad para lanzar un certero y fulminante manotazo sobre la mano de Paul que empuñaba la pistola, cogiéndole en seguida el mismo brazo y alzándoselo para llevar a cabo una hábil «llave».

Paul la interceptó. Su rodilla golpeó en el bajo vientre del gigante y éste dio un gruñido de dolor. El puño de Paul cayó sobre la oreja del hombre, que retrocedió dos pasos llevándose la mano a la pistola. No tuvo tiempo de empuñarla. Paul cayó sobre él como una furia y sus puños golpearon sobre el vientre, el corazón y la cara del rufián. Pedro se cubrió el rostro con las manos, y entonces el puño derecho del agente cayó sobre el plexo solar del bandido, quien rugió de rabia y rompió su guardia. Apenas había bajado los fuertes y velludos brazos, un puñetazo en plena boca le tiró contra la pared.

Paul oyó a María que gritaba algo, pero no la escuchó. Con los dientes apretados golpeaba con rapidez y terrible eficacia todos los puntos vulnerables y más dolorosos de su enemigo. Pedro intentó llegar a un cuerpo a cuerpo, pero los puños del agente lo mantuvieron a distancia.

Baja la cabeza, rugiendo como una fiera, el gigante embistió como un toro. Paul se apartó y su mano abierta cayó de canto sobre el hercúleo cuello del asombrado bandido.

—¿Es esto lo que querías? —preguntó Paul, al tiempo que dejaba caer un puñetazo demoledor sobre la nuca de Pedro.

Pedro cayó al suelo, se revolvió y puso de rodillas. Paul le dio una terrible patada en la cara. El gigante cayó de espaldas y su dura cabeza resonó sobre el piso lúgubramente. Pedro no perdió el sentido. Ante él, a través del velo ennegecedor de la sangre que le

manaba de las cejas partidas, veía a aquel maldito hombre que le esperaba con los puños cerrados para golpearle otra vez. Pero no podía comprender cómo sintiéndose él tan débil, veía al mismo tiempo tan desesperadamente firme e inconmovible a este joven de cintura estrecha que le miraba con pupilas centelleantes.

Pedro lanzó un resoplido, sacudió su enorme cabezota e hizo un último esfuerzo por ponerse en pie. Una silla, esgrimida con fuerza por Paul, cayó entonces sobre su cráneo, donde se desmenuzó en cien pedazos. Pedro quedó exánime sobre el piso.

—¡Juan! —gritó María arrojándose entre los brazos de Paul.

El joven se dejó besar por aquellos sedosos y perfumados labios que tenían la virtud de azorarlo. No encontraba palabras con qué empezar aquella penosa explicación: «perdone, señorita, yo no me llamo realmente Juan, y si me casé con usted, nuestro matrimonio es ilegal».

Separó suavemente de sí los torneados brazos que se le enroscaban al cuello. Los enormes y hermosos ojos de la muchacha le miraron amorosos a través de sus lágrimas.

—¿Por qué me miras así, Juan? ¿Qué te ocurre? —preguntó ella con una voz tan dulce que Paul sintióse estremecer por algo extraño y profundo de su alma.

—Luego se lo explicaré, señorita —balbuceó confuso.

—¿Luego? ¿Y me hablas así... y me llamas señorita? ¿Qué significa esto, Juan? ¿Por qué me parece que no eres el mismo?

—Tal vez no sea el mismo —murmuró Paul.

La roja boca de la muchacha se abrió en una redonda «O» de bordes carmíneos. Sus ojos se dilataron de espanto. En este momento, una voz meliflua sonó a espaldas de Paul:

—¡Veamos, señores, levanten todos las manos hacia el techo y no se muevan!

Era la voz de Lanner. Paul la reconoció en el acto. Todavía empuñaba la pistola. Su reacción fue tan instantánea y rápida que no dio tiempo a Lanner para salirle al paso. Se volvió con la agilidad de un gato, dejóse caer de rodillas y disparó cuando sus ojos apenas acaban de ver al sujeto. Proezas así solo habíalas visto Punch en el «cine», y puntería tan certera como la de su reciente amigo en ninguna parte. Fue un disparo rápido y certero como de un consumado

«gun-man».

El balazo disparado por Paul dio a Lanner en el hombro derecho, a dónde el escuchimizado hombrecillo se llevó la mano soltando la pistola y lanzando un grito de asombro.

Tras Lanner estaba Julio. La automática de Paul detonó dos veces. Las dos balas pasaron rozando el costado de Lanner y fueron a clavarse en mitad del pecho de Julio, quien lanzó un grito terrible y cayó de bruces al suelo levantando cierta cantidad de polvo.

También María gritó, y hasta Punch soltó uno de sus intraducibles tacos. Luego, un silencio, pesado y denso siguió al estruendo de los tres veloces disparos.

—Ése es mi modo de contestar a ciertas órdenes —dijo Paul con voz extrañamente ronca—. Pasa, Lanner, tengo que charlar contigo.

Lanner, entre cuyos dedos chorreaba la sangre, parpadeó indeciso.

—¡Entra! —ordenó Paul.

Lanner apresuróse a obedecer. Se situó cerca de Paul, y desde allí echó una mirada horrorizada a Julio, que estaba estremeciéndose en las últimas convulsiones de la agonía.

—¡Le has matado! —gimió.

—Siéntate —ordenó Paul.

Lanner se dejó caer pesadamente en la única silla que quedaba en pie. María miraba a Paul con horror, temblando de pies a cabeza. Paul interrogó a Lanner:

—¿Fui a verte en tu tienda de libros el lunes por la mañana?

—Sí... ¡cielos! ¿Es que no lo sabes?

—Ahora lo sé. Yo llevaba entonces una cartera de cuero. Era grande, nueva, negra... tenía sólidas cerraduras y unos sellos de lacre.

—Sí —afirmó Lanner humedeciéndose los resecos labios—. Pero los lacres estaban rotos.

—¿Te enseñé yo unos documentos que llevaba en ella?

—Sí. Estaban escritos en ruso. Tú no sabías ruso y viniste a pedirme que te los tradujera. Lo hice. A las primeras palabras comprendí que era algo de mucha importancia. Eran unos informes muy minuciosos sobre los ensayos soviéticos en el campo de experimentación de... los rayos cósmicos. Entonces... ¿pero a qué viene esto? ¡Te estoy contando algo que tú sabes perfectamente!

—Continúa —rugió Paul, demudado y con la frente perlada de sudor—. ¿Qué hablamos tú y yo?

—Comprendí que aquello valía dinero si sabía manejarse el asunto... y tú debiste comprenderlo también, pues te ofrecí ir a medias en el negocio y te negaste en redondo. Tampoco quisiste vendérmelos.

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró Paul con horror—. ¿Quieres decir que demostré intenciones de negociarlos por mi propia cuenta?

—Sí. Te hice seguir por Julio, y aunque lograste despistarlo, más arde supimos dónde te alojabas.

—Ya sé. Registrasteis mi habitación de la pensión Aspang.

—Cuando nosotros fuimos, alguien se nos había adelantado. Tu habitación estaba revuelta. Si guardabas en ella los documentos, alguien los encontró y se los llevó. Por eso atrapamos a la chica y te hice acudir al sótano aquél.

—¿Cuándo fue eso?

—El miércoles. Todo el día te seguimos los pasos. Estuviste en la zona internacional, en el salón Austria conferenciando con unos caballeros...

—¿Con quién?

—No lo sé. Unos tipos que parecían americanos. Supuse que estabas negociando la venta de los documentos y quise anticiparme robándote a la chica para obligarte a que me los dieras a mí.

—¿Dónde la cogisteis?

—¿A ella? La dejaste en la calle, dentro de un taxi, mientras estabas dentro del salón Austria. Entonces nos la llevamos, te llamé por teléfono desde el mismo local, y mientras Julio y Fred se iban con la chica te indiqué dónde podrías encontrarla... si venías con los papeles. Viniste... pero sin los documentos. Esta mañana destaqué a Makart en la pensión Aspang por si volvías allá. Volviste, y Makart te siguió. Le he encontrado ahí afuera con el cráneo abierto.

Paul se volvió hacia María. Pensó que ella continuaba siendo, entre todos, la única persona seguramente capaz de aportar alguna luz sobre este malhadado asunto. La joven le devolvió la mirada, pero en la suya iba envuelto un sentimiento, de estupor y desconcierto. Podría decirse que María examinaba a Paul como si

acabara de verle por primera vez.

—Juan... —murmuró la joven—. ¿Es... verdad que perdiste la memoria?

—Sí. La recuperé ayer tarde... en aquel sótano.

—¡Dios mío! —gimió la muchacha cubriéndose el rostro con las manos.

En este momento, los cristales de la ventana que daba al almacén se vinieron abajo con estrépito. Fue una buena añagaza, pues mientras Paul miraba hacia la cortina de sacos, un hombre se plantó de un salto ante la puerta y encañonó a todos con una siniestra ametralladora.

—¡Quietos! —avisó—. Al primero que pestañeo lo convierto en un colador.

Nadie se movió. Paul, aunque todavía empuñaba la automática, no osó disparar por temor a la ráfaga de ametralladora que podía barrerles a todos en un instante. Lanner giró sobre su asiento y miró hacia el intruso con la boca abierta. María lanzó una exclamación de susto, y Punch, situado entre la ventana y la puerta, dejó caer su brazo armado. El hombre de la «metralleta» entró, y otro quedó apoyado en el quicio de la puerta con una pistola ametralladora en la mano.

Eran dos tipos morenos. El de la «metralleta» algo más alto, de facciones anchas y mirada centelleante. El otro, más bajo y más recio, de pómulos prominentes y ojos ligeramente oblicuos.

—Suelta ese «cacharro», amiguito —conminó a Paul el más alto—. Ya sabemos que eres un tipo peligroso, pues acabamos de ver cómo tumbabas a ese que está ahí fuera.

Paul dejó caer la pistola a sus pies. Punch hizo otro tanto con un suspiro de pesar.

—Lo hemos oído todo —prosiguió el hombre de la «metralleta». Y venimos a por esos papeles.

—Va a ser algo difícilillo que se los lleve —dijo Paul, entornando los ojos para que no pudieran leer en ellos lo que pensaba.

—No hay nada demasiado difícil para la
N. K. W. D.

—sonrió el hombre moreno—. Entra Slobodskoy, y recoge esas pistolas. Ten cuidado con las malas jugadas...

Paul sintió un ahogo de rabia en la garganta. Si la N. K. W. D., le atrapaba jamás podría recuperar los preciosos documentos de Petiot. Y si se recuperaban, serían los rusos quienes se los llevarían. Miró con ojos entornados a su alrededor buscando algo que le sirviera de inspiración. Slobodskoy se inclinó para recoger el revólver de Punch.

—Tú —le dijo el ruso—. ¡Abre bien los ojos, que vea yo dónde miras y qué estás pensando!

Punch hizo entonces algo inesperado. Mientras Slobodskoy cogía el revólver, alzó la mano hacia el marco de la puerta, dio vuelta al interruptor y empujó con la rodilla al ruso.

La luz se apagó. La «metralleta» lanzó una larga lengua de fuego en la oscuridad, y un rosario de broncas detonaciones retumbaron en los estrechos espacios del cuarto.

CAPÍTULO IX

«89 HORAS ESCRITAS»

Paul se dejó caer en el suelo. Las balas chocaron contra la pared y su mano cayó sobre su propia automática con providencial prontitud. Desde el suelo disparó contra los fogonazos de la ametralladora, que estaba girando hacia donde quedó María.

Se oyó una maldición en un extraño idioma y el rumor de un cuerpo que caía a tierra. Paul esperó, cambiando rápidamente de posición por si volvía a disparar la «metralleta». Pero nada ocurrió.

Un rectángulo de luz proyectábase en el suelo, entrando por la puerta y procedente de la bombilla del almacén. Al acostumbrarse las pupilas a esta luz, Paul distinguió confusamente un bulto inmóvil junto a la mesa y, más preciso, otro que permanecía acurrucado bajo el dintel. De junto a la puerta llegaba un jadeo de lucha, golpes, maldiciones y, luego, la voz de Punch diciendo:

—Enciende, la luz, Juan. A éste lo tengo bien cogido...

Paul fue hasta el marco de la puerta y dio vuelta al conmutador. La luz se encendió y pudo ver a Lanner tendido junto a la mesa. El ruso se retorció en el suelo apretándose el vientre con ambas manos. En cuanto a Punch, estaba sentado a horcajadas sobre el segundo ruso, que pataleaba y manoteaba pugnado en vano por sacudirse aquel liviano y molesto peso de encima.

La culata del revólver de Punch cayó sobre la cabeza del ruso. El hombre quedó inmóvil, relajando sus músculos.

María, que al parecer también se arrojó al suelo con el apagón de la luz, incorporábase mirando con horror al cadáver de Lanner que yacía junto a la mesa, en mitad de un charco de sangre, con la cabeza volada por la ráfaga de ametralladora. El gigantesco Pedro se ponía en pie ayudándose con una de las sillas volcadas, y miraba

la escena coa visible asombro.

El ruso de la ametralladora estaba ovillado en el suelo y lanzaba juramentos en su idioma nativo mientras se oprimía el vientre con ambas manos.

La «metralleta» estaba junto a él. Paul la recogió.

—Salgamos de aquí —dijo a María y a Punch.

Saltando sobre el cadáver de Julio salieron al almacén y corrieron hacia la puertecilla trasera. Allí encontraron al descalabrado Makart, que estaba apoyado en la pared palpándose un descomunal chirlo en la cabeza. Al ver al trío retrocedió gritando:

—¡Basta... yo no quiero más jarana!

—Haces bien en salirte de este jaleo —le dijo Punch al pasar junto a él—. ¡Yo pudiera!

Unos metros más allá, al doblar la esquina, se encontraron con un automóvil negro. El taxi estaba algo más lejos con los faros apagados. Suponiendo que el coche negro pertenecía a los rusos, Paul disparó contra los neumáticos con la «metralleta».

Viéndoles llegar, el taxista encendió los faros y puso el motor en marcha, de modo que apenas María y Paul habían ocupado el asiento posterior, y Punch el baquet junto al mecánico, el coche arrancó, hizo un viraje y salió a toda velocidad de allí. María fue lanzada en brazos de Paul, quien la sujetó enlazándola por la cintura. Al separarla suavemente de sí, Paul advirtió que ella estaba llorando.

—¡Juan! —gimió la muchacha—. ¡Juan! ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy muy seguro de saberlo —murmuró Paul apartándose un mechón de cabellos brancos que le caían sobre la frente—. Ansiaba encontrarla, precisamente por eso y por... En fin; estuve esta tarde en casa de usted y supe lo ocurrido entre nosotros sobre poco más o menos. Su padre me golpeó en la cabeza y perdí la memoria.

Los ojos pardos de la muchacha estaban fijos en los labios de Paul, como si de ellos esperara oír una espantosa sentencia.

—Nunca acabé de creer completamente que hubieras perdido la memoria —dijo.

—Por mi desgracia y también por la suya, así fue.

—Pero... —gimió la muchacha retorciéndose las manos—.

¿Significa esto que me has olvidado al recobrar la memoria y ya no me quieres?

—Hay más —aseguró Paul con voz lúgubre—. No sólo no guardo de nuestro matrimonio el más insignificante recuerdo, sino que... que ese matrimonio no es válido. Mi nombre no es Juan Fischer.

María mirábale aterrada, como resistiéndose a creer lo que estaba escuchando. Súbitamente estalló en un violento sollozo y se cubrió el rostro con las manos.

—Soy hombre de honor —masculló Paul—. Me casaré con usted de nuevo con mi verdadera personalidad. Es cuanto se puede hacer.

—¡Dios mío! ¿Cómo puedo ser tan desgraciada? Me casé contigo porque te amo, Juan. ¿Crees que darme esa reparación puede hacerme feliz si no va incluida en ella tu cariño? ¡Oh... no, no puedo consentirlo! ¡Dime que no me amas... dímelo tú, Juan, que tantas veces juraste quererme!

La joven se aferró al brazo del agente. Éste sintió las afiladas uñas de la muchacha clavarse en la carne y tragó saliva con dificultad. Jamás habíase visto en semejante aprieto.

—Tranquílcese, María —rogó—. Si pude cambiar de personalidad no es posible que cambiara al mismo tiempo de alma y si mi alma era de usted, si yo dije amarla y era verdad, con el tiempo volveré a quererla como la quise... Nos casaremos. Tiene usted que consentir en casarse conmigo. Yo la tomé por esposa creyendo firmemente que era Juan Fischer y usted me aceptó por esposo en calidad de Juan Fischer. Nadie, excepto la fatalidad, tuvo la culpa de este accidente.

Ella redobló sus sollozos con una desesperación que clavó agujas en el corazón de Paul. Asió con las suyas las frías y trémulas manos de la muchacha y las apartó del hermosísimo rostro.

—María —murmuró roncamente—. No debe tomarlo así. Crea que ha salido usted ganando de todos modos, pues mientras mi identidad de Juan Fischer era inestable y fantástica, la mía verdadera se asienta sobre los sólidos cimientos de una profesión y un nombre con raíces. Bástele saber por ahora que soy hombre honrado, con una posición definida. ¿Acaso nunca sintió preocupación sobre mi pasado?

—Sí —balbuceó la muchacha—. ¡Pero te quiero tanto y te he

amado con locura tal que creí a pies juntillas cuánto me contaste! He confiado ciegamente en ti, te lo he dado todo, mi vida y mi alma. Juan ¡dime que me querrás... dime que los sentimientos del alma son inmutables como siempre creí!

—La querré —aseguró Paul con firmeza—. Casi podría decir que he empezado a quererla ya... María; con una envoltura u otra, con el nombre de Juan o cualquier otro, tengo en el pecho el mismo corazón y en el ánimo el mismo espíritu que la quiso. El alma es inmutable en sus afectos y odios. Si la quise antes, volveré a quererla por lo mismo de antes. Ante Dios es usted mi mujer... y lo es también en mi conciencia. ¿Puede tranquilizarla esto algo?

María se arrojó sollozando entre los brazos de Paul, que la cercaron con dulzura.

—¿Se casará conmigo? —preguntó Paul.

—Sí... ¡Oh, sí... me casaría contigo mil veces todos los días!

—Desgraciadamente, no podré cumplir esta promesa hasta que solucione algo que es de suma importancia para usted y para mí. Puesto que su destino está atado al mío y mi suerte ha de ser su suerte, no me importa decirle que estoy sentenciado.

—¡Juan! ¿Es aquella cartera negra lo que te preocupa? No he dejado de oír hablar de ella desde que te conocí... incluso te conocí por ella. Ahora que dices haber recobrado la memoria ¿sabes ya cómo fue a parar a tus manos?

—Esa cartera me fue confiada por mi Gobierno. Respondía con mi vida de su seguridad y debía entregarla en cierto lugar. Parece que en estas horribles noventa horas de amnesia traicioné la confianza de mi Gobierno y manejé los papeles que contenía incurriendo con ello en la cólera de mi gente.

—¿Qué gente es ésa, Juan? ¿Cuál es tu patria?

—Será mejor que no sepa por ahora mi nacionalidad, mi profesión ni siquiera mi nombre. Cuando solucione este asunto, si es posible solucionarlo todavía, no tendré inconveniente en decirle mi nombre... y nos casaremos.

—¡Gracias, Dios mío! —suspiró María alzando sus hermosos ojos hacia el techo del automóvil—. Siempre intuí que el contenido de esa cartera era muy peligroso para ti. Quería que te deshicieras de ella, pero tú confiabas en vender los documentos por muchos millones y salir luego de Austria. Bien; ahora no tienes más que

devolverlos a tu Gobierno y explicarles lo ocurrido. Únicamente yo penetré en los secretos que contenían esas páginas.

—¿Usted?

—Soy profesora de idiomas, te lo dije cuando estuvimos juntos el domingo y viniste a mí para que te tradujera el escrito ruso.

Paul miró a la joven con pupilas turbias. Ella le apretó la mano y le preguntó anhelante:

—¿Tardaremos mucho en salir de Viena, Juan? ¿Cuándo vas a devolver la cartera?

Se miraron a los ojos. Ella con pupilas brillantes de lágrimas y esperanza. Él con ojos extraviados de horror y el corazón encogido en el pecho. Era tanto su pánico que no se atrevía a formular la terrible pregunta. Temía la respuesta de María, pero por fuerza había de preguntar para salir de sus espantosas dudas.

—¿Tengo yo esa cartera? —preguntó con un soplo de voz.

María le miró asombrada. Súbitamente su rostro se cubrió de una palidez mortal.

—Sí... —balbuceó—. ¿Es... que no la tienes ya?

—¡Dios Santo! —gimió Paul con los cabellos erizados de horror y las pupilas dilatadas—. ¡Dios Todopoderoso! ¡Si yo tenía esa cartera debí ponerla en alguna parte...! ¡Y LO HE OLVIDADO CON TODO LO DEMÁS!

—¡Juan! —gritó María—. ¿Dónde la escondiste?

—¿Dónde? —repitió Paul como un eco. Y hundiendo la cara entre sus manos yertas hizo esfuerzos para no echarse a llorar como un niño.

El automóvil rodaba por las anchas calles de Viena. Las luces de las farolas y de los portales iluminados, entrando por las ventanillas, chisporroteaban sobre los lustrosos cabellos de Paul en rápidas sucesiones de luz y sombra. María le miraba angustiada, con dos lágrimas temblando en sus rizadas pestañas y los gordezuelos labios entreabiertos. Su mano, blanca e ingrátida, se cernió sobre los cabellos brancos de Paul para acariciarlos, pero el joven alzó entonces con brusquedad la cabeza y la mano se retiró como una blanca paloma asustada. Los ojos oscuros de Paul centellearon al clavarse en los pardos y brillantes de la muchacha.

—¡Hemos de encontrarla! —dijo Paul con súbita energía—. ¡He de encontrar esa maldita cartera con sus papeles! ¡Necesito saber

todo cuanto hice desde el momento que su padre de usted me golpeó en la cabeza! ¡Cuénteme... hable... diga todo lo que sepa de estas noventa horas de pesadilla!

—El sábado, mi padre me contó sus preocupaciones sobre Olga...

—¡Salte eso! —le atajó Paul con brusquedad—. Estuve hablando con su padre y sé que me pegó confundíndome con otro. Cuando yo recobré el sentido, ¿qué dije y qué pasó?

—Nos miraste con asombro, no recordabas nada y nosotros no podíamos creer en tu historia... Sacaste todo lo que llevabas en los bolsillos. Tus papeles decían que te llamabas Juan Fischer. «Bien —dijiste— si estos documentos donde va mi fotografía dicen que me llamo así, debo entender que éste es mi verdadero nombre». Fue entonces cuando oímos a la policía soviética que te buscaba por la calle. Mi padre te acompañó por las cloacas hasta dejarte fuera de la zona rusa.

—Y entonces usted y su hermana encontraron mi cartera. ¿No?

—Sí. Asomaba a medias bajo una butaca. Estaba cerrada con llave y tenía unos lacres. Como habías leído ante nosotras una factura del hotel Alserbarch y te proponías ir allí con la esperanza de encontrar tu equipaje, el domingo fui a buscarte al hotel «Alserbarch»... Estuvimos paseando por Viena... comimos en un restaurante... me dijiste que en el hotel «Alserbarch» te conocían por Juan Fischer, pero que te habías llevado tus maletas horas antes... Te hablé de la cartera, y por la noche fuimos a mi casa, tomaste la cartera y te marchaste...

—¿Cuándo volvió a verme?

—El lunes volviste a mi casa... querías que te acompañara para traducirte unos papeles rusos. Fui contigo, me referiste que habías descubierto que te seguían en el hotel «Alserbarch» y que después de despistar a tus seguidores habías cambiado de hotel. Me llevaste a tu nuevo alojamiento...

—Al hotel «Schmelz». Seguramente me di cuenta de que me seguía Julio, uno de los secuaces de Lanner —murmuró Paul.

—En el «Schmelz» me llevaste a tu habitación y pediste que te tradujera unos papeles mecanografiados que sacaste de aquella cartera... era la misma que Olga y yo hallamos bajo una butaca de mi casa, solamente que ya tenía rotos los lacres. Los papeles estaban

escritos en ruso y yo empecé a traducir. Según lo hacía, tú te entusiasmas. Dijiste: «esto bien vale algunos millones de dólares. No en vano quería Lanner comprármelo o partir el negocio», pues, según me referiste, habías estado aquella misma mañana en casa de un traductor llamado Lanner y este quiso adquirir aquellos papeles rusos.

—¿Los documentos hablaban sobre los experimentos en los rayos cósmicos?

—Sí. No pude acabar el trabajo aquella noche y quedamos de acuerdo en que yo volvería al día siguiente. Me llamaste por teléfono al Ayuntamiento el martes por la mañana. Habías cambiado nuevamente de alojamiento y fui a reunirme contigo en la pensión «Aspang». Allí continué traduciendo... Estabas tan excitado que me diste un beso. Me pediste que; me casara contigo, asegurándome que en cuanto estuvieran vendidos aquellos documentos, podríamos marcharnos a América... Bien; nos casamos aquella misma tarde. Estabas tremendamente animado. Inmediatamente después de la ceremonia...

—¿Por qué puso en la declaración de residencia un domicilio falso? —le interrumpió Paul—. Fui a buscarla a la calle Prater. El número sesenta correspondía a una tienda donde nadie la conocía. Aquello me desconcertó...

—Puse un domicilio al azar porque, de lo contrario, los rusos hubieran venido por mí para devolverme a mi zona. Inventé una residencia y...

—Entendido, continúe —la atajó Paul—. ¿Qué hicimos el martes?

—Te pusiste en comunicación con los americanos por teléfono. Te desanimaron bastante. Ellos no creían tu historia y empezaron a hacer preguntas sobre cómo, dónde y cuándo habías conseguido los documentos. Acabaron diciendo que meditarían sobre tu proposición. Aquella noche tú y yo cavilamos largamente sobre la procedencia de la cartera. A la mañana siguiente, miércoles, hablaste también por teléfono con el cuartel general británico y les hiciste la misma propuesta. Respondieron que no negociaban con traidores... y que encontrarían la forma de conseguir esos documentos sin tener que pagar por ellos un centavo. «Puesto que los documentos son rusos —pensaste entonces—, a los soviets ha de

interesarles tanto recuperarlos como a los otros adquirirlos...».

—¿Y hablé con ellos? —gimió Paul.

—Sí. Los rusos se interesaron inmediatamente por el asunto y quisieron tratarlo contigo directamente.

—¡Cielos! —exclamó Paul con espanto—. ¿Cómo pude cometer tantas atrocidades en tan poco tiempo? Prosiga... por favor...

—Los rusos —continuó María—, no dijeron que sí ni que no a la elevada suma que pedías. Te citaron en el salón «Austria» a la hora del almuerzo. Como yo hablo ruso me encomendaste las negociaciones.

—¿Qué hice yo mientras tanto?

—Me acompañaste al salón «Austria», en la zona internacional. Cuando salí ya no estabas allí. Fui a la pensión «Aspang» y tuve que aguardarte un buen rato hasta que volviste. Para entonces ya te habías desembarazado de la cartera. Te pregunté dónde la habías puesto y respondiste: «Donde nadie podrá encontrarla. Alguien te ha seguido los pasos». Y, en efecto, desde la ventana vimos a un hombre que estaba en la calle mirando hacia nosotros.

—¿No hice ninguna insinuación del lugar donde dejé la cartera?

—No, ni yo volví a preguntarte. Te di noticias de la marcha de las negociaciones. Los rusos, para asegurarse de la fidelidad de los informes, me hicieron repetir algunos párrafos de los que me vinieron a la memoria. Tomaron notas y me propusieron que volviera por el salón «Austria» el día siguiente a la misma hora. Después del almuerzo hablaste por teléfono con los americanos. Parecían más animados y te propusieron una cita. Tú diste como punto de reunión el mismo salón «Austria». Fuimos allá y yo esperé en la calle, dentro de un taxi. Un automóvil llegó, se detuvo junto al taxi. Entró un hombre amenazándome con una pistola. Otro encañonó al chofer y le obligaron a emprender la marcha. En una calle solitaria transbordamos al automóvil que había venido siguiéndonos y me llevaron al sótano que ya conoces. Cuando nos volvimos a encontrar me mirabas de un modo muy extraño. Lanner te pegó... me pegaron a mí... Después me pusieron en un coche y me llevaron a ese almacén que acabamos de dejar. Entendí que te habías escapado de Lanner y estuve rezando todo el tiempo para que acudieras a rescatarme...

Paul asintió con un movimiento de cabeza. Punch, sentado junto

al chofer, volvió la cara y le sonrió con su boca desdentada. Luego, volvió a mirar hacia adelante.

El cerebro de Paul trabajaba activamente. Ya tenía todos los cabos atados, Sabía en qué empleó aquellas noventa horas blancas. Los pocos detalles que faltaban eran fácil de adivinar. Acudió, a la celada de Lanner, le golpearon en la cabeza y recobró la memoria. Quedaba así una hora sin llenar... todavía en blanco. ¿Qué hizo durante aquella hora, mientras María conversaba con los rusos? ¿A dónde fue en aquel tiempo? ¿Dónde escondió la cartera?

Se golpeó la frente con los puños, bajo la mirada compasiva de la muchacha. Había escrito en las páginas de 89 horas... ¿pero y en la hora que faltaba? ¿Qué hizo durante aquella hora?

—¡Si pudiera recordar dónde fui! —murmuró—. ¡Si pudiera recordarlo! ¿Dónde puede ocultarse una cartera como aquélla?

El taxi se detuvo entonces. Estaban ante la pensión «Aspang». Se apearon. Paul pagó al taxista y entró en la pensión con María y Punch.

—¡Ah! —exclamó el dueño, que descabezaba un sueñecito sobre el mostrador—. ¿De modo que ya está de vuelta la señora?

—Necesitamos otra habitación, a ser posible contigua a la que tenemos ahora —dijo Paul.

—Hay una libre. ¿Es para el... «señor»? —preguntó el hombre señalando a Punch.

—En efecto, y le agradecería que me devolviera el dinero que me guarda... Es posible que abandonemos la casa con alguna precipitación, así que descuenta lo que le adeudo.

Así se hizo. Paul se guardó el dinero en un bolsillo y ascendió la escalera con María, mientras Punch quedaba abajo firmando en el libro registro.

—Usted puede ocupar la misma habitación que teníamos —dijo Paul—. Punch y yo dormiremos en la contigua. Creo que necesito tiempo para calmar mis nervios y recordar algo... si es que llego a recordar alguna vez.

Abrió la puerta y cedió el paso a María. Él entró en pos, al mismo tiempo que hacía girar el interruptor de la luz. De detrás de la puerta salió alguien que apoyó el cañón de una pistola en sus riñones, mientras una voz ronca anunciaba:

—¡Cuidado con hacer tonterías, le estoy apuntando con una

pistola!

Paul alzó las manos y se volvió lentamente para mirar a la cara, del hombre.

—¡Mayor Newman! —exclamó atónito.

—En persona —sonrió el Mayor siniestramente—. Vamos, échese dos pasos atrás, amigo, no quiero tenerle tan cerca.

CAPÍTULO X

SOLAMENTE UNA LLAVE

Paul obedeció. María fue a asirse de su brazo y apoyó su cuerpo en el del joven. Paul advirtió el temblor del fragante cuerpo femenino.

—Celebro verle vivo, Mayor Newman —dijo entornando los párpados—. Creí que había muerto.

—Estoy tan muerto como usted, granuja. Sus compinches me dejaron por muerto con una buena puñalada en un costado... Me he levantado de la cama solamente para venir a hacerle esta visita de cumplido.

—¿Cree que le traicioné?

—¡Se necesita desfachatez! —rugió el Mayor—. ¡Después de haber estado proponiéndonos la venta de los papeles que le confiamos! No he venido a responder preguntas, sino a hacérselas. Abajo tengo un coche. Usted y su amiga van a acompañarme hasta el cuartel, donde tengo preparado todo lo necesario para hacerle abrir la boca si se empeña en...

La puerta se abrió entonces. Paul, que estaba frente a ella, esperó que fuera Punch. Pero no era Punch, sino un hombre joven, alto y de ojos penetrantes... el mismo que vio en la farmacia inmediatamente después de escapar de manos de Lanner.

El hombre empuñaba una negra «German Luger». Entró, cerró la puerta y quedó apoyado de espaldas en ella.

—Escuche, Mayor —dijo Paul humedeciéndose los resecos labios con la lengua—. He de explicarle algo. Todo se debe a una espantosa confusión. Puedo justificarme, perdí la memoria al recibir un golpe y...

—¿Dónde están los documentos de Petiot? —le atajó el Mayor.

—Yo los tengo escondidos... pero no recuerdo dónde.

El Mayor le miró haciendo una mueca.

—No creo una sola palabra —aseguró—. Venga conmigo; si ha perdido la memoria nosotros encontraremos la forma de hacerle recordar... aunque usted no quiera.

Paul miró al Mayor, luego al hombre de la siniestra «German Luger». Al fijar sus ojos en el círculo de aquel cañón que le apuntaba, Paul advirtió que el pomo del tirador de la puerta giraba lentamente. ¿Sería Punch quien lo movía desde fuera?

Sí, era Punch. La puerta se abrió tan súbitamente y con tal violencia que el agente del S. S., que se apoyaba en ella fue lanzado de bruces al suelo. Al quedar abierta la puerta, Punch se precipitó como una bala de cañón en el cuarto y cayó con todo su peso sobre el sorprendido agente. El Mayor se volvió con rapidez alzando su pistola para disparar contra el vagabundo, pero Paul saltó por detrás sobre su espalda. Ambos rodaron a su vez por la alfombra.

Se escuchó un golpe sordo. Punch acababa de descargar un golpe con la culata de su revólver de cañón aserrado sobre la frente de su víctima. Se puso en pie de un salto y corrió en ayuda de Paul, que estaba forcejeando con el Mayor por la posesión de la automática. Levantó su revólver para asestarle el golpe de gracia.

—¡Espera, Punch... no le pegues! —le gritó Paul.

En la faz del Mayor había una mueca de dolor. Su herida debió abrirsele durante la lucha. Lanzó un gemido y dejó que Paul le arrebatara el arma.

—Lo siento, jefe —murmuró Paul poniéndose en pie—, pero voy a tener que inmovilizarle mientras busco los papeles de Petiot.

—¡Le pesara! —rugió el Mayor tratando de incorporarse con una mano apoyada sobre el costado herido—. ¡Está usted empujado en un juego demasiado peligroso, amigo! Puede esconderse bajo siete leguas de tierra; nuestra organización le encontrara y saldaré la cuenta de los traidores.

—No soy un traidor —aseguró Paul, mientras arrancaba los cordones de una cortina—. No lo soy y sólo necesito algún tiempo para demostrarlo. Por inverosímil que le parezca mi historia, lo cierto es que perdí la memoria.

—¡Embustero! —chilló el Mayor—. ¡Usted y yo éramos los únicos enterados de que Petiot estaba en Viena y se proponía

entregarnos unos documentos importantes! ¡Sólo usted pudo avisar a la

N. K. W. D.,

para que me apuñalaran y substituyeran engañando así a Petiot!

—Yo fui el más sorprendido de todos —anunció Paul acercándose al Mayor con los cordones en la mano—. Prueba de eso es que mate al que le substituía en el coche y me apresuré a escapar.

—¡Fue Petiot quien le mató!

—Vamos, Punch, ayúdame a poner al señor sobre una silla y le amarraremos.

El Mayor se resistió a que te alzarán del suelo.

—Estese quieto —aconsejó Punch cariñosamente—, o tendré que darle un cachete.

—¡Granujas... bandoleros...! —bramó el Mayor.

Entre Paul y el vagabundo le pusieron sobre una silla. Le amarraron mientras el Mayor soltaba, un torrente de maldiciones y anatemas.

—¡Me las pagará usted, amigo... he de verle balanceándose al extremo de una cuerda...!

—¡Cállese de una vez! —rugió Paul introduciéndole un pañuelo en la boca, con lo cual el Mayor enmudeció instantáneamente.

—Ahora enfardemos al otro —dijo Paul.

Ataron convenientemente al desvanecido agente. María les miraba aterrorizada. Paul le hizo señal de que le siguiera y se despidió del Mayor:

—Volveremos a vernos pronto. Traeré esa maldita cartera y se la arrojaré a la cara. Adiós.

Paul, María y Punch salieron al corredor. El primero dio vuelta a la llave y se la echó en un bolsillo. Mientras andaban por el corredor dijo al vagabundo.

—Gracias por tu providencial ayuda, Punch. Llegaste muy a tiempo... supongo que verías subir a ese caballero joven que has dejado K. O., arriba...

—Nadie subió mientras yo estaba abajo —aseguró Punch—. El perro estaba en la calle cuando llegamos, y también había un «auto» parado en la esquina con las luces y los faros apagados. Supuse que alguien había dejado salir a mi chucho, pero podía ser el dueño de

la pensión y no dije nada. Cuando me quedé firmando en el libro registro, vi que acababan de alojarse dos señores en la pensión. El dueño me dijo que iba a mandar arreglar ti cuarto... luego él no había entrado allí dejando escapar a mi perro. Subí, anduve de puntillas por el corredor y escuché lo que hablabais dentro de tu cuarto.

—¡Ah! —exclamó Paul lanzando sobre Punch una extraña mirada—. ¡De modo que hay un «auto» en la calle! ¿Viste si había alguien dentro?

—Estaba demasiado lejos para distinguir a nadie, pero supongo que habrá alguien al cuidado de él.

Habían llegado al arranque de la escalera. Desde aquí se veía el vestíbulo y a la gente que discutía en él.

—¡La policía francesa! —exclamó Punch.

Iniciaron un movimiento de retroceso, pero los dos policías militares franceses les habían visto ya. Con ellos estaba el chofer del taxi que les trajo desde el almacén de Wahringer, quien señaló hacia la escalera diciendo.

—¡Eh, vengan ustedes para acá! —gritó uno de los dos policías adelantándose hasta el pie de la escalera—. ¡Bajen enseguida!

Paul lanzó una rápida mirada a María y a Punch.

—Vamos —les dijo—. Bajemos y estad preparados para salir corriendo si las cosas se ponen feas.

El grupo descendió las escaleras. Abajo les esperaban, los dos miembros de la policía militar, el chófer del taxi y el dueño de la pensión. También estaba allí el perro de Punch, que se lanzó a hacer grandes demostraciones de cariño dando brincos alrededor de su amo. Punch lo tomó en brazos y se puso a acariciarlo mientras escuchaba lo que hablaban los demás.

—¿De modo —dijo uno de los policías—, que ustedes armaron un jaleo de padre y muy señor mío en la zona americana y luego huyeron hasta aquí?

—No pueden detenernos por armar jaleo en otra zona de Viena —dijo Paul—. Lo que ocurra en la zona americana es asunto de los americanos...

—Muy bien —dijo el francés enseñándole a Paul el fusil ametrallador que quitaran al agente ruso de la
N. K. W. D.

—. ¿Es de ustedes este juguete? El chofer del taxi lo encontró en el asiento de atrás. Parece que se les olvidó a ustedes. ¿Pueden explicarnos con qué fines llevan una ametralladora encima?

—Esa ametralladora no es nuestra... no la vimos jamás —aseguró Paul con extraordinaria sangre fría.

—¿Quiere decir que no la dejaron ustedes en el taxi? —chilló el francés esgrimiendo la ametralladora ante la nariz de Paul.

—Permítame que la examine... a ver... —murmuró Paul tomándola.

El policía francés se la cedió, pero dándose cuenta al momento de su torpeza, quiso arrebatársela de nuevo. Paul dio un salto, atrás, poniéndose fuera de su alcance, y empuñó la «metralleta» encañonando a los dos asombrados policías, al conductor del taxi y al dueño de la pensión.

—¡Atrás! —gritó amenazador—. Al primero que se mueva le acribillo.

Los policías, el taxista y el hotelero levantaron las manos hacia el techo cuánto les fue posible, y retrocedieron hasta el mostrador.

—Punch —llamó Paul sobre su hombro—. Asómate a la calle y dime qué ves.

Punch fue a la calle, volvió a cerrar las puertas vidrieras y dijo:

—No se ve un alma. Allá en la esquina está todavía el automóvil negro, y delante la puerta hay un «jeep»... el de estos amigos... y también está el taxi de este soplón —dijo Punch señalando al chofer.

—Muy bien. Toma la ametralladora, Punch, y mantón a raya a estos señores mientras yo pongo en marcha el «jeep». Cuando oigáis arrancar el motor saldrá María, y en cuando haga sonar el claxon, sales tú.

—Muy bien —dijo Punch tomando la «metralleta» de manos de Paul—. Ve andando, camarada.

Paul salió a la calle. Con el rabillo del ojo vio al automóvil negro detenido en la más próxima esquina. Saltó al asiento del «jeep» y puso el motor en marcha. En este momento el coche negro encendió sus faros y toda la calle quedó plenamente iluminada. María apareció en la puerta.

—¡Corra... dese prisa! —gritó Paul pulsando el botón del claxon. Éste profirió un formidable rugido. Entonces el automóvil negro se

puso en movimiento hacia la puerta de la pensión Aspang. Punch apareció corriendo por el portal y Paul pisó el acelerador.

Una ráfaga de, ametralladora pasó gruñendo sobre las cabezas de Paul y de María. Punch saltó al cochecillo cuando éste empezaba a arrancar y cayó de cabeza dentro. El «jeep» partió como una centella calle adelante. Por el espejillo, Paul vio al coche negro, lanzando rayos y truenos por una ventanilla, y la bien iluminada puerta de la pensión Aspang, donde acababan de aparecer los policías franceses disparando sus pistolas contra el «jeep» que huía.

Unos cuantos proyectiles de grueso calibre pasaron zumbando como abejorros muy cerca del oído de Paul. Punch se incorporó poniéndose de rodillas sobre el asiento de atrás. Alzó la ametralladora, pero en este instante Paul tomó una calle lateral a todo gas. El «jeep» levantó las ruedas de la izquierda y Punch casi fue despedido a la calle por la violencia del viraje.

—¡Eh, amigo! —chilló—. ¡Avísame cuando tengáis que hacer una pirueta!

—¡Dispara contra los neumáticos de ese coche! —le gritó Paul sin volver la cabeza.

Punch volvió a tomar su posición en el asiento trasero, apoyó el cañón de la ametralladora sobre el toldo plegado y disparó una ráfaga contra el coche perseguidor, que en este momento tomaba la curva a una velocidad suicida.

Falló. El aire frío de la noche cortaba como un cuchillo los rostros de Paul y de María. La joven, con los ojos desorbitados de espanto, miraba sucesivamente a la calle barrida por la luz de los faros, al perfil inmovible de Paul y al coche perseguidor. El viento que desplazaban en su veloz marcha daba en la nuca de Punch y ponía enhiestos sus ralos y canos cabellos. El vagabundo mojó el pulgar de su mano derecha con la lengua, humedeció el punto de mira de la ametralladora y tomó puntería entre los dos faros del coche persecutor, que semejaban las pupilas encendidas de un monstruo espantable corriendo en pos del diminuto «jeep» y ganándole distancia por momentos.

—¡Ahora sí que os voy a dar! —gritó Punch apretando el disparador.

Tableteó velozmente la «metralleta». Uno de, los faros del automóvil negro se apagó súbitamente, se oyó una formidable

explosión y la máquina dio un brinco de costado precipitándose contra una pared.

—¡Le di! —chilló Punch alzando triunfalmente la «metralleta».

El coche negro, en efecto, se clavó como un ariete en un escaparate y quedó muy pronto lejos.

Paul aminoró la marcha. María le asió del brazo.

—¡Juan...! ¿A dónde vamos?

—No sé. A cualquier parte... a dónde pueda tener una hora al menos de tranquilidad para estrujar mi cerebro y recordar algo... Vamos a abandonar este coche y a buscar un hotel.

—En la parte vieja de la ciudad hay muchos cuchitriles aptos para refugiarse —dijo Punch sobre el hombro de Paul.

Paul echó los frenos ante un solar.

—Dejaremos el coche aquí —dijo—. Veo allá una línea de tranvías.

Echaron pie a tierra, dejando la ametralladora en el «jeep», y corrieron para alcanzar a un tranvía. Lo tomaron en marcha. Punch se dejó caer en un asiento del casi desierto vehículo y lanzó un bufido de cansancio.

—Muchacho —dijo a Paul—, debieras haberme avisado todo esto. ¿Crees que tengo edad para seguirte en tus trotes arriba y abajo?

La presencia del cobrador impidió responder a Paul. Permanecieron silenciosos mientras el tranvía traqueteaba a lo largo de las calles de Viena. Echaron pie a tierra en el casco de la ciudad. Paul tomó del brazo a María y la hizo caminar aprisa. Punch les seguía a cierta distancia, resoplando, con fuerza y dando carreritas de vez en cuando para alcanzarles. De sus pulmones salía un estertor de cansancio y hacía muecas secándose el sudor de la frente.

Paul les llevó por un dédalo de obscuras callejas. En dos o tres ocasiones pasaron ante muestras luminosas anunciando hospedajes, pero el agente parecía no verlos. Andaba... andaba...

—Juan —dijo María con el aliento entrecortado—. ¿A dónde nos... nos... llevas...?

Súbitamente Paul se detuvo en seco. Estaba ante una casa de sucio aspecto y zaguán oscuro. Sobre el portal adivinábase más que se veía, una muestra medio borrosa en la que decía

pretenciosamente. HOTEL.

—Entremos —dijo Paul— descansaremos y mañana tal vez vea las cosas con más claridad.

Entraron. En el zaguán había una pareja estrechamente abrazada, que se separó al oír ruido de pasos y voces. Por una escalera estrecha y maloliente subieron al primer piso. Paul tiró del mugriento cordón de una campanilla mientras María le miraba hacer asombrada.

—No debe ser esta puerta la de la pensión —dijo—. No veo ningún aviso.

—Es aquí —aseguró Paul volviendo a hacer sonar la campanilla con nerviosa impaciencia.

—¡Juan! —exclamó María asiendo con fuerza el brazo de Paul.

—¿Qué ocurre?

—¡Juan! ¿Cómo sabías que en esta calle había un hotel? ¿Cómo estás tan seguro que es esta puerta y no otra la de la pensión?

Paul la miró con la boca abierta de asombro. En este momento les alcanzó Punch, que venía subiendo las escaleras dando tropicónes y mascullando maldiciones.

—¿Estuviste aquí antes? —preguntó María, anhelante.

—No...

La puerta se abrió lanzando sobre ellos y sobre la lóbrega escalera un rayo de luz. Paul, deslumbrado, parpadeó ante la ancha y grasienta faz de un hombre corpulento y macizo.

—¡Ah! —exclamó el hombre aquel—. ¿Es usted? Pase, señor Fischer; iba a acostarme ya...

Paul, María y Punch, entraron en un pequeño recibidor cuya pintura se había caído a grandes costras por efecto de la humedad. En un rincón había un deteriorado velador y junto a éste un viejo sillón que dejaba asomar por los desgarrones el extremo retorcido de sus muelles. De ese saloncillo partía un estrecho y profundo corredor con puertas a derecha e izquierda. El dueño de la pensión sacó una llave del cajón del velador y se la dio al asombrado Paul.

—Ya estaba preguntándome para qué vino a alquilarme la única habitación que tengo con cuarto de baño si no pensaba utilizarla —dijo el hombre gordo. Y señalando a María y a Punch, preguntó:

—¿Van a meterse todos en el mismo cuarto?

—No... no... —balbuceó Paul, dando vueltas entre sus dedos a

la llave que acababa de recibir—. ¿Tiene alguna otra habitación libre?

—Sí. Casualmente tengo una al lado de la suya.

El hombre sacó otra llave del cajón de su velador y guió al trío a lo largo del pasillo. La habitación de Paul era la última del corredor y la otra que acababan de comprometer, la penúltima. Paul pagó por adelantado sin rechistar. El dueño les dejó y se fue, haciendo retemblar el piso con sus recios pasos. Paul miró a su alrededor mientras Punch cerraba la puerta y echaba la llave.

—No recuerdo... —murmuró Paul—. No recuerdo haber estado nunca aquí.

—¡Pues estuviste! —insistió María.

Paul temblaba de pies a cabeza. Su cerebro trabajaba rápidamente.

—¡La cartera! —exclamó excitado—. ¡La cartera debe estar en esta habitación! ¡Seguramente vine aquí mientras usted hablaba con los rusos en el salón Austria; alquilé este cuarto y escondí en él la cartera... sí, eso debí hacer!

Empezaron un furioso registro. Todo fue revuelto de arriba abajo con prisa febril. Después de un primero y superficial registro, empezaron otro más prolijo. Abrieron todos los cajones y los armarios, deshicieron el colchón, descolgaron los cuadros, apartaron los muebles de la pared, examinaron palmo a palmo el suelo de la habitación y el del cuarto de baño. Nada, la cartera con los preciosos documentos no estaba allí. De pie en el centro de la habitación, teniendo a su alrededor montones de lana, de sábanas y de cajones, Paul se oprimía la frente con ambas manos.

—No comprendo... —murmuró—. Si no escondí aquí la cartera, ¿para qué vine a alquilar una habitación que no pensaba ocupar? No es lógico nada de lo que ocurre... yo, vine aquí por algo... ¿por qué?

—¡Recuerda, Juan... haz un esfuerzo por recordar...! —gimió María—. ¡Hemos de encontrar esa cartera o te matarán...!

Paul paseó arriba y abajo como una fiera enjaulada, dando puntapiés a todo cuanto le obstruía el paso y mesándose los cabellos, con mortal desesperación. Su chasco era espantoso. Al entrar aquí estaba seguro de hallar la malhadada cartera. Ahora, después de haber consumido sus últimas energías en la afanosa

búsqueda, sentíase roto, vencido, atrozmente desalentado...

Súbitamente, una idea extraña taladró el velo de su desesperanza. Se detuvo en su furioso paso, lanzó una mirada al cuarto de baño y se encaminó hacia él. María y Punch le siguieron con el aliento en suspenso. Paul habíase detenido en mitad del cuarto de baño y miraba a su alrededor. De pronto se encaminó al inodoro, subió sobre la tapa y metió la mano en el depósito de agua.

—¡No irás, a encontrar la cartera ahí dentro! —Gruñó Punch.

El depósito estaba lleno de agua. La mano de Paul tocó el fondo. ¡Vacío! Inesperadamente lanzó una exclamación y sacó velozmente la mano. Saltó al suelo y tendió el puño cerrado hacia María y Punch. Abrió la mano. En la palma mostró una pequeña llave de acero de extraña forma y dientes muy complicados.

—¡Una llave! —exclamó María con desaliento.

—Una llave —gruñó Punch guiñando sus ojillos vivaces.

—Una llave —murmuró Paul desesperado—. ¡Todo lo que tenemos es una llave! Una llave... que tiene un número. El trescientos veinte.

CAPÍTULO XI

¿DÓNDE ESTÁ LA CERRADURA?

Paul paseaba arriba y abajo de la habitación en desorden. Con el cabello revuelto, el cuello desabrochado y la corbata pendiendo flácida, era la viva estampa de la desesperación. Cada diez pasos abría la mano, miraba aquella llave y murmuraba: «¡Trescientos veinte!».

María, hundida en el único y desvencijado sillón, le seguía con los ojos en sus idas y venidas. Punch fumaba tumbado sobre la cama y parecía absorto en la contemplación de las azules espirales de humo que, manando de su pitillo, iban a desvanecerse en el techo.

—Yo alquilé esta habitación exclusivamente para ocultar la llave —decía Paul—. Ahora el problema está en encontrar la cerradura para esta llavecita.

—Pudiera ser la llave de otro departamento, que alquilarías a su vez para esconder la llave de otra habitación... ¡Sabe Dios las habitaciones que tendrás comprometidas en Viena y las llaves que habrás escondido unas en pos de otras!

—No —negó Paul—. En una hora de tiempo no pude hacer tantas cosas... Punch, ¿si tú tuvieras que esconder una cartera tan importante como la mía, dónde la pondrías?

—La metería en una cámara acorazada con cuatrocientas llaves, enterraría la cámara a doce millas de profundidad, construiría encima una fortaleza erizada de cañones y la rodearía con un cuerpo de ejército armado de ametralladoras y gases asfixiantes. Luego...

—¡Eso es! —gritó Paul con pupilas iluminadas—. ¡Ya sé dónde está esa maldita cerradura! ¡En la cámara acorazada de un Banco!

Punch dio tal sobresalto que cayó de la cama al suelo. María saltó en pie de un brinco y asió por la solapa a Paul.

—¿Lo recuerdas ya? —preguntó alborozada—. ¿Estás seguro?

—No, pero lo deduzco y sé que no me engaño. Una llave tan complicada como ésta y con el número trescientos veinte, sólo puede pertenecer a la caja particular de la cámara acorazada de un Banco. Punch, ¿sabes si en Viena es costumbre tener cajas particulares en el sótano de algún Banco?

—No lo sé, pero es muy posible.

—Bien, vayamos a descansar un rato hasta que amanezca. Usted quédese en esta habitación, María. Punch y yo dormiremos en la contigua. Buenas noches. En cuanto abran los Bancos haremos averiguaciones.

Cuando la Banca Holfburg abrió sus puertas en la mañana del viernes, día 13 de abril, tres personas esperaban ansiosamente a que las sólidas rejas les dejaran paso. La cámara acorazada, ubicada en los sótanos, se habría, como muchas americanas, por un sistema de relojería. Hasta las nueve y media en punto, en que la gigantesca puerta acorazada se abrió por sí sola de acuerdo con la hora de un reloj eléctrico, Paul, María y Punch estuvieron lanzando recelosas miradas hacia la puerta, donde montaba guardia la policía austríaca, e impacientes ojeadas a la esfera del reloj eléctrico.

Apenas quedó expedito el paso, Paul se precipitó en la cámara blindada y buscó la casilla 320. Al introducir el llavín en la cerradura, el corazón le latía desacompañadamente, pese a saber que no había en Viena otro establecimiento con este sistema de cajas particulares dadas a la custodia de un Banco. La llave entró suavemente en la cerradura, giró y la puertecilla se abrió sin dificultad. Al lanzar una mirada a su interior, el corazón de Paul saltó gozoso. ¡Allí estaba la gran cartera negra de Petiot!

Paul la tomó con manos temblorosas de emoción. Los lacres estaban rotos y los papeles dentro. Cerró la caja y salió del subterráneo. María y Punch se adelantaron hacia él.

—¡¡ESTÁ!! —dijeron a dúo.

—Sí —suspiró Paul—. Salgamos ahora de aquí. Si me encontraran con estos papeles encima jamás creerían que mi intención era devolverlos. He de llevarlos personalmente al Mayor Newman... antes que una bala más certera que todas las otras me

mate en el camino.

Salieron a la calle, detuvieron un taxi y Paul dio la dirección del Cuartel General de Ocupación británico. María, rota la violenta tensión a que estuviera sometida durante tantas horas, rompió a llorar apoyando su rubia cabecita en el ancho hombro de Paul. El agente sentía una relajación espantosa de nervios y fumaba incesantemente. Punch, sentado en una de las banquetas extensibles frente a él, miraba pensativamente por la ventanilla. Se metió una mano en el bolsillo interior de la chaqueta y la sacó empuñando su revólver de cañón aserrado. Le sopló al cañón, se rascó con él detrás de la oreja y luego apuntó negligentemente a Paul, al tiempo que decía la cosa más extraña del mundo:

—Lo siento, muchacho. Me he divertido mucho siguiéndote a todas partes y simpatizo contigo... pero vas a tener que darme esa dichosa cartera con los papeles que tiene dentro.

María alzó bruscamente la cabeza y miró estupefacta a Punch. Los ojillos del vagabundo brillaban extraordinariamente. Paul se echó a reír y arrojó el cigarrillo por la ventanilla a la calle.

—No digas tonterías, Punch —dijo—. ¿A qué viene esto?

—Viene a cuento de que tú eres un agente del «Intelligence Service» británico... y yo un inspector de la «Central Intelligence Agency»... o sea; de la

C. I. A.,

norteamericana.

—¡Increíble, Punch... increíble...! —rió Paul de buena gana.

—Te seguimos los pasos desde que estuviste negociando estos papeles con el coronel Salisbury. Yo estaba a la puerta del salón Austria y vi cómo los compinches de Lanner se llevaban a María. Fue una lástima que para entonces ya hubieras escondido esta cartera. No tuve más remedio que disfrazarme de vagabundo y acompañarte a todos los sitios sin separarme de ti y metiéndome de lío en lío contigo. Fueron nuestros hombres los que registraron tu habitación de la pensión Aspang.

Paul abrió los ojos exageradamente.

—¡Pero qué listo eres, Punch!

—Bastante más de lo que creéis los del S. S., británico. También

la

C. I. A.,

sabe hacer sus cosas con detalle. ¡Chófer, ponga proa al Cuartel General de Ocupación Norteamericano! —gritó Punch al mecánico sobre su hombro.

—¡Chófer! —gritó—. ¡No haga caso y siga camino del Cuartel General de Ocupación Británico!

Paul lanzó una carcajada.

—¡Al Norteamericano he dicho! —bramó Punch—. ¡Le pegaré un tiro en la cabeza al que me lleve la contraria!

—Prueba a hacerlo —rió Paul, burlón—. Tienes el revólver descargado... Punch, los hombres de la

C. I. A.,

pecáis repetidamente de excesivamente listos.

—No vengas con camelos —gruñó Punch humedeciéndose los labios con cierta intranquilidad—. Jamás sospechaste que yo pudiera pertenecer al Servicio de Inteligencia americano.

Paul sacó su automática del bolsillo y apuntó con ella a Punch.

—Mira al tambor de tu revólver, Punch —le dijo cariñosamente—. Te quité las balas esta noche... mientras dormías.

Punch lanzó una maldición y abrió el tambor de su revólver. Alzó el brazo para arrojarlo a Paul a la cara, rojo de furia, pero el cañón de la pistola del joven agente británico se apoyó amenazador sobre su pecho.

—¡No cometas más tonterías, Punch! —avisó gravemente—. Me dolería tener que matarte... y debes comprender que después de los riesgos que he pasado por esta condenada cartera, no voy a dejármela arrebatar así como así. Te mandaré «al otro barrio» sin contemplaciones.

Punch dejó caer los brazos con desesperación y miró a Paul con pupilas enturbiadas por el fracaso.

—Te tomaste demasiado interés por mis asuntos —dijo Paul—, y demostraste una excesiva agilidad mental sacando deducciones... y librándome de mis compañeros del S. S., británico con tan maravillosa oportunidad. Tu labor ha sido muy buena, Punch. Parecías un auténtico vagabundo con tus andrajos, tu léxico y tu perro tiñoso... pero demasiado listo, Punch... demasiado listo...

—Bien —rezongó Punch con voz amarga—. Tú has ganado, Juan. ¿Y ahora?

—Ahora vas a apearte y a seguir tu camino. ¡Chófer... deténgase

un momento! El amigo se apea aquí.

El taxi se detuvo. Paul abrió la portezuela sin quitar ojo a Punch y le invitó a apearse con un ademán. Punch bajó a la acera visiblemente humillado. Cerró la portezuela y metió su mano por la ventanilla.

—Es la primera vez, en treinta años, que el viejo Orde Marshall se confiesa totalmente derrotado en buena lid —aseguró—. Ésta es mi mano, la de un amigo. ¿Cuál es tu nombre verdadero, hijo?

—No puedo decírselo —sonrió Paul estrechando la mano del agente de la

C. I. A.

—. Mi paso por Austria ha de quedar totalmente borrado, pero confío en que algún día nos veamos por ahí...

—No es fácil. Éste es mi último servicio. Sigue adelante, Juan. Eres joven, fuerte y quizás el hombre más listo que conozco... tú llegarás muy lejos. Adiós, María. Adiós, Juan... Buena suerte.

—Adiós, Punch —dijo Paul con gravedad. Y dirigiéndose al conductor, ordenó—: ¡Al Cuartel General de Ocupación británico!

Punch quedó atrás mirando tristemente al automóvil que se alejaba. Paul apretó la manila de María Hellmer y sonrió.

El Mayor A. D. Newman miró la voluminosa cartera que tenía sobre su escritorio y luego a María Hellmer y a Paul, que le contemplaban desde el otro lado de la mesa.

—Bien —suspiró el Mayor—. Ya todo está aclarado. La suerte nos juega a veces muy malas pasadas.

—Sí —murmuró Paul—. Pero todavía no he comprendido por qué apareció en los periódicos la noticia de que usted y yo estábamos muertos.

—Después que me dieron la puñalada y supe lo ocurrido, pensé dos cosas; que usted era un traidor y había planeado cuidadosamente el golpe... o que era leal y no tenía la menor culpa en lo ocurrido. Si usted era un traidor y había simulado ser perseguido por la

N. K. W. D.,

hasta la zona rusa, era porque se proponía volver más tarde con cara de inocente y una historia mejor o peor urdida. Si, por el contrario, era leal y su fuga verdadera, los rusos le buscarían hasta encontrarle. Por eso los periódicos dijeron que usted estaba muerto,

porque si los rusos le creían muerto pensarían que era Petiot quien salió vivo de mi coche... y buscarían a Petiot sin preocuparse de usted.

—Pero usted, ¿por qué se simuló muerto también?

—Porque si usted era un embustero y su fuga una farsa, al saberme muerto volvería al seno del S. S., inglés exculpándose. Tenga en cuenta que yo era el único, a más de usted, que sabía que Petiot iba a entregarnos unos valiosos documentos. Sin mi testimonio, usted podría encontrar un modo u otro de convencer a nuestros jefes de que no tuvo la menor parte de culpa en el extravío de esos papeles.

—Todo está perfectamente claro —murmuró Paul—. Sin embargo, cuando yo llamé por teléfono, el miércoles...

—Cuando usted llamó ya sabíamos que usted no era aliado de la N. K. W. D.,
Creímos que se había separado de ellos y obraba por su cuenta. No olvide que el martes estuvo haciéndonos proposiciones para que le compráramos los documentos. Di orden de eliminarle... Bien; usted esquivó todas mis celadas y está vivo, por fortuna. Ahora usted y esta señorita van a salir inmediatamente de Austria.

—¿Mi... esposa también? —preguntó Paul lleno de gozo.

—¡Pues claro! ¿Cree que podemos dejarla en Viena sabiendo ella del contenido de estos papeles más que usted y más que yo? Saldrán ahora mismo, antes que la
N. K. W. D.,
nos agüe la fiesta.

Unos minutos más tarde, mirando sobre sus rodillas la preciada cartera y en un rápido automóvil fuertemente escoltado que les llevaba al aeródromo militar, el Mayor A. D. Newman decía:

—¡Demonio de hombre! Parece increíble y, sin embargo, nos ha tenido usted en jaque al S. S., británico, a la
N. K. W. D.,
rusa, a la
C. I. A.,

norteamericana a toda la pandilla de asesinos de Lanner... ¡y hasta a la policía militar francesa, hombre! Nos ha llevado a todos locos, y pese a llevar detrás tanta gente dispuesta a quitarle la vida y los papeles... usted conservó los papeles y la vida.

El automóvil cruzó entre dos centinelas armados, entró en el aeródromo y se detuvo bajo las alas de un gigantesco «Stirling» que llevaba en el fuselaje la escarapela de la

R. A. F.,

y tenía los motores en marcha. María, Paul y el Mayor se apearon. Éste acompañó a la pareja hasta la escalerilla de acceso al aparato, le entregó la cartera a Paul y les estrechó las manos.

—¡Adiós y feliz viaje! —gritó para hacerse oír del estruendo de los motores.

Los dos jóvenes ascendieron al avión, que trepidaba como una bestia impaciente de partir. Un oficial de la

R. A. F.,

cerró la escotilla y llevó a María y a Paul hasta la cabina de los pilotos. Los poderosos motores rugieron aumentando la vibración del aparato, que se lanzó corriendo sobre la pista de cemento y despegó.

El Mayor Newman, rodeado de su grupo de valientes agentes, quedó atrás agitando una mano. El avión se inclinó sobre un ala, viró y puso proa al Este. Frente a los cristales, María y Paul contemplaban la tierra que iba quedando a sus espaldas.

—Juan —llamó la muchacha, poniendo su manita sobre el brazo de Paul—. ¿Puedes decirme ya cuál es tu verdadero nombre?

—Te llamarás la señora Baldwin —sonrió Paul—. Mi nombre es Paul Baldwin Ryder...

—Paul Baldwin Ryder —silabeó ella, como degustando cada letra—. ¡Me gusta! —aseguró con las hermosas pupilas llenas de luz y de amor—. Pero me costará algo acostumbrarme al cambio...

—María —susurró Paul enlazándola por la cintura—. Ahora que la tormenta quedó atrás... ¿sabes que te estoy queriendo ya... mucho?

Ella lanzó un grito de alegría y se colgó de su cuello. Paul besó los labios trémulos que se le ofrecían como fruta madura. La Viena de las zonas, de las intrigas, del mercado negro, del «Tercer Hombre» y el tema «Harry Lime», iba quedando muy lejos, empequeñecida por la distancia.



Tres hombres se habían dado cita en la nevada cumbre del Junfrau con una sola idea dominando sus pensamientos: Exterminarse unos a otros.

Allí, quizá por primera vez en la historia, un americano y un ruso se aliaron... ¡para cazar a tiros a un agente del «F. B. I.» Aquellos

TRES HOMBRES EN LA NIEVE

lleaban la muerte en sus ojos y en sus manos...

TRES HOMBRES EN LA NIEVE

es el sugestivo título que para su última novela ha escogido el popularísimo escritor

A. ROLCEST

cuyo relato comienza en el Berlín misterioso de la zona oriental y termina en las desérticas montañas de los Alpes suizos.

¡Si quiere vivir unas horas de emoción inolvidable, adquiera y lea

TRES HOMBRES EN LA NIEVE

próximo número de la celeberrima Colección

SERVICIO SECRETO

Últimas novedades de
EDITORIAL BRIGUERA



**COLECCION
PIMPINELA**

- Núm. 329 - M.^a Esperanza Neira
- TU DESTINO SOY YO
- Núm. 330 - Matilde Redón
- UN RAYO DE SOL
- Núm. 331 - Mercedes Muntó
- CON MADERA DE TRIUNFADOR

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
ROSAURO**

- Núm. 169 - Lia Ramos
- LUCHA DE ESTIRPES
- Núm. 170 - María del Pilar de Molina
- EL CAMINO SOÑADO
- Núm. 171 - Agatha Mar
- ¡QUE ENCANTO DE FAMILIA!

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
BISONTE**

- Núm. 270 - Raf. Segre
- EL PECOSO
- Núm. 271 - Rogers Kirby
- EL TERROR DE OKLAHOMA
- Núm. 272 - Orlan Carr
- SUCEDIÓ EN KANSAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
SERVICIO SECRETO**

- Núm. 134 - Francis Rod
- INTRIGA EN LA INDIA
- Núm. 135 - George H. White
- 90 HORAS EN BLANCO
- Núm. 136 - A. Rolcast
- TRES HOMBRES EN LA NIEVE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
MADREPERLA**

- Núm. 225 - Desabel
- TRAS LA TORMENTA
- Núm. 226 - Trini de Figueroa
- PARENTESIS DE INQUIETUD
- Núm. 227 - Matilde Redón
- TRECE DIAMANTES

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
AMÁPOLA**

- Núm. 55 - M.^a Pilar Carr
- UN NOVIÓ PARA MARYSE
- Núm. 56 - L. Masola
- AMOR DE CARIDAD
- Núm. 57 - Desabel
- UNA SIRENA A BORDO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
DETECTIVE**

- Núm. 13 - Vic Peterson
- EL CASO DE LAS NOCTAMBULAS
- Núm. 14 - Karl Madusa
- ESPÍAS ATÓMICOS
- Núm. 15 - Arnold Briggs
- LOS GORRIONES DEL TÁMESIS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



**COLECCION
ALONDRA**

- Núm. 8 - Isabel Salvella
- EL FORASTERO
- Núm. 9 - María Martí
- SU IDEAL EN UN MARCO
- Núm. 10 - Mayte Lor
- Y LA LLEGENDA SIGUE

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volumenes recientemente aparecidos

Volumenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.

